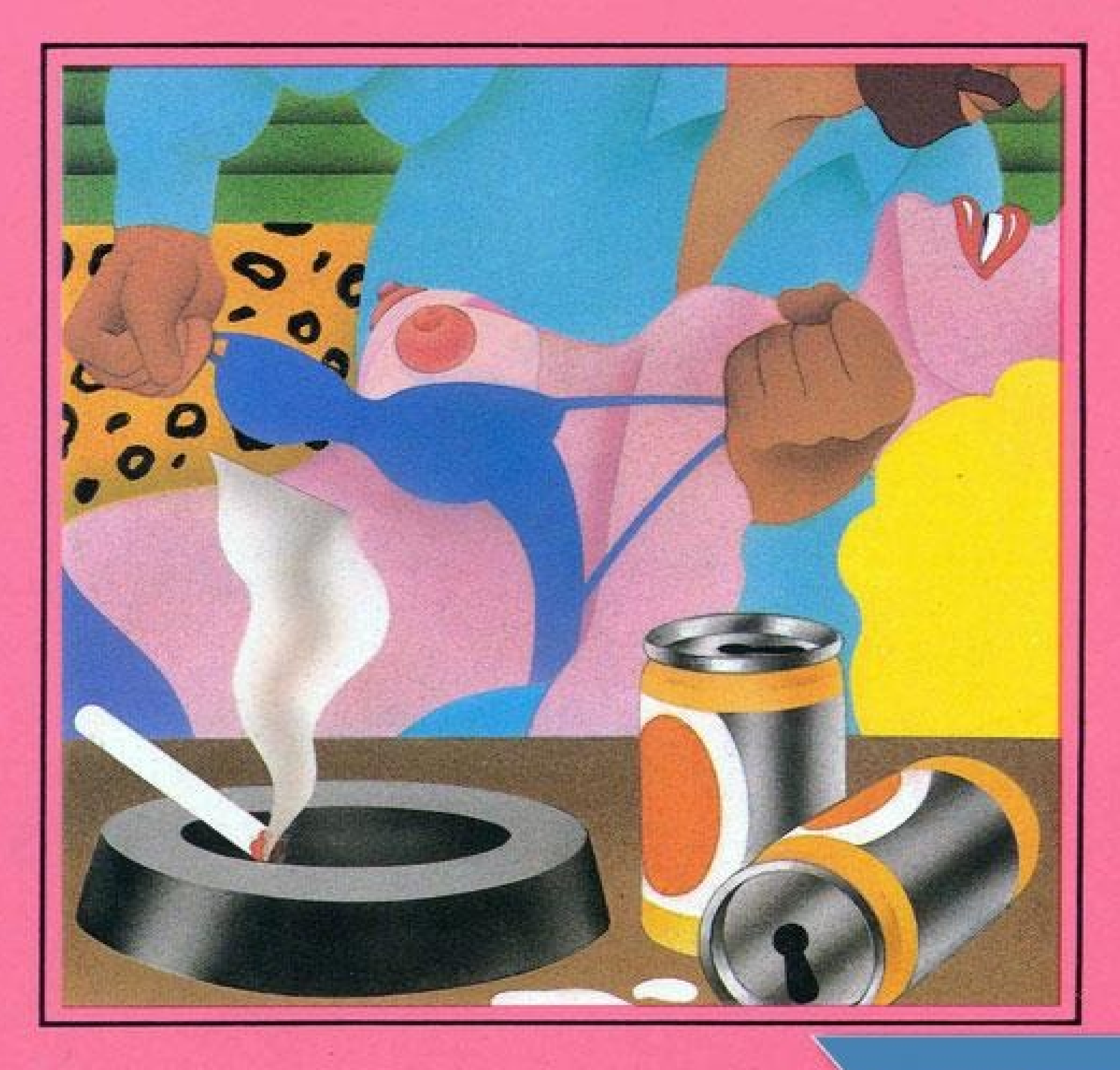
Charles Bukowski

Escritos de un viejo indecente



Con sus relatos, reunidos en este volumen, escritos en total libertad para la revista underground *Open City*, **Charles Bukowski** se convirtió de inmediato en una celebridad «una leyenda viviente» (*New York Review of Books*), cuya fama fue aumentando vertiginosamente con la publicación de sus otros libros de relatos y poemas: «el sucesor de Miller y Burroughs», comentó *Le Nouvel Observateur*. Con su brutalidad, su salvaje y tierno sentido del humor, su tremenda sinceridad, Bukowski borracho, enloquecido, atrapado en una sociedad cuyos presuntos valores le asquean consigue, con su estilo descarnado y escueto, conectar inmediatamente con el lector.

Lectulandia

Charles Bukowski

Escritos de un viejo indecente

ePub r1.0
GONZALEZ 10.12.14

Título original: *Notes of a Dirty Old Man*
Charles Bukowski, 1969
Traducción: J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

PRÓLOGO

Hace más de un año que empezó John Bryan con su periódico «underground» OPEN CITY en la habitación delantera de una pequeña casa de dos pisos de alquiler. El periódico se trasladó luego a un apartamento de enfrente, luego al distrito comercial de la Avenida Melrose. Pero cuelga una sombra. Una sombra, inmensa, lúgubre. El tiraje aumenta pero la publicidad no llega como debería. Al otro extremo, en la parte mejor de la ciudad está el L. A. Free Press, ya asentado. Que se lleva los anuncios. Bryan creó su propio enemigo trabajando primero para el L. A. Free Press y pasando su tiraje de 16.000 a más del triple. Es como organizar el Ejército Nacional y unirse luego a los revolucionarios. Por supuesto, la batalla no es simplemente OPEN CITY contra FREE PRESS. Si has leído OPEN CITY, sabrás que la batalla es más amplia que eso. OPEN CITY incluye a los grandes tipos, los primeros, y hay algunos muy *grandes* que bajan por el centro de la calle, AHORA, y son unos verdaderos mierdas, además. Es más divertido y más peligroso trabajar para OPEN CITY, que quizás sea el periodicucho más vivo de los Estados Unidos. Pero diversión y peligro no ponen margarina en la tostada ni alimentan al gato. Y renuncias a la tostada y acabas comiéndote el gato.

Bryan es el tipo de idealista y romántico loco. Se fue, o le echaron, se fue y le echaron (corrieron muchos cuentos sobre eso) de su trabajo en el Herald Examiner por oponerse a que le borraran la polla y los huevos al Niño Jesús. Esto en la portada del número de Navidad. «Ni siquiera es mi Dios, es el suyo», me dijo.

Así pues, este extraño romántico idealista, creó OPEN CITY. «¿Qué te parece si nos haces una columna semanal?» preguntó despreocupadamente, rascándose la barba pelirroja. En fin, la verdad, pensando en otras columnas y otros columnistas, me parecía un latazo imponente. Pero empecé, no con una columna sino con una crítica de *Papá Hemingway*, de A. E. Hotchner. Luego, un día, después de las carreras, me senté y escribí el título, ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE, abrí una cerveza, y el texto se hizo solo. No hubo la tensión ni el cuidadoso esculpido con un trocito de cuchilla roma, que hacía falta para escribir algo para *The Atlantic Monthly*. No había necesidad en este caso de soltar simplemente un periodismo liso y descuidado. No parecía haber presión alguna. Bastaba sentarse junto a la ventana, darle a la cerveza y dejar que saliese. Lo que quisiese salir que saliera. Y Bryan nunca

fue problema. Yo le entregaba el trabajo (en los primeros tiempos) y él le echaba una ojeada y decía, «vale, de acuerdo». Al cabo de un tiempo, simplemente le entregaba los papeles y él los leía; luego se limitaba a meterlos en el cajón y decía, «De acuerdo. ¿Qué se cuenta?». Ahora ni siquiera dice «De acuerdo». Me limito a entregarle el papel y eso es todo. Esto me ha ayudado a escribir. Piénsalo: libertad absoluta para escribir lo que te dé la gana. Lo he pasado bien haciéndolo, y a veces ha resultado también cosa seria; pero tuve la sensación firme, según pasaban las semanas, de que lo que escribía era mejor cada vez. Este libro es una selección de unos catorce meses de columnas.

En cuanto a acción, no tiene comparación posible con la poesía. Si te aceptan un poema, lo más probable es que salga de dos a cinco años después, y hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que nunca aparezca, o de que versos exactos de él aparezcan *más tarde*, palabra por palabra, en la obra de algún famoso poeta y entonces sabes que el mundo no es gran cosa. Esto, por supuesto, no es culpa de la poesía; se debe sólo a que hay mucho mierda intentando publicarla y escribirla. Pero con los ESCRITOS, me sentaba con una cerveza y le daba a la máquina un viernes o un sábado o un domingo y el miércoles la cosa llegaba a toda la ciudad. Recibí cartas de gente que nunca había leído poesía, ni mía ni de ningún otro. La gente venía a mi casa (vinieron demasiados realmente), y llamaban a la puerta y me decían que ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE les conectaba. Un vagabundo de la carretera se trae a un gitano y a su mujer y hablamos, fantaseamos y bebimos hasta medianoche. Una telefonista de Newburgh, N. Y., me envía dinero. Quiere que deje de beber cerveza y coma bien. Me dijeron que un loco que se hace llamar «Rey Arturo» y vive en la calle de los borrachos de Hollywood quiere ayudarme a escribir mi columna. También llamó a mi puerta un médico: «Leí su columna y creo que puedo ayudarle. Yo era psiquiatra». Le eché.

Espero que esta selección te sirva. Si quieres mandarme dinero, vale. O si quieres odiarme, también vale. Si yo fuese el herrero del pueblo no andarías en broma conmigo, pero sólo soy un viejo con algunas historias sucias. Que escribe para un periódico que, como yo, podría morir mañana por la mañana.

Todo resulta muy extraño. Piénsalo: si no le hubiesen borrado la polla y los huevos al Niño Jesús, no estarías leyendo esto. En fin, que te diviertas.

CHARLES BUKOWSKI

1969

algún hijoputa había acaparado todo el dinero, todos decían estar sin blanca, se acababa el juego, yo estaba allí sentado con mi compadre Elf, Elf estuvo jodido de pequeño, encogido todo, se pasó años tumbado en la cama apretando esas pelotas de goma, haciendo extraños ejercios, y cuando un buen día salió de aquella cama, era más ancho que alto, una risueña bestia musculosa que quería ser escritor pero escribía demasiado pareado a Thomas Wolfe y, Dreiser aparte, T. Wolfe fue el peor escritor norteamericano de todos los tiempos, y bueno, le arreé detrás de la oreja y la botella cayó de la mesa (él había dicho algo con lo que yo no estaba de acuerdo) cuando fue a levantarse yo tenía la botella agarrada, un escocés magnífico, y le aticé en la mandíbula y parte del cuello allí debajo y abajo se fue otra vez, y yo me sentía el amo del mundo, yo estudiaba a Dostoievski y escuchaba a Mahler en la oscuridad, y, bueno, tuve tiempo para beber de la botella, posarla, amagar con la derecha y empalmarle la izquierda justo debajo del cinturón, cayó contra el aparador, como un fardo, se rompió el espejo, hizo ruidos como de película, relampagueó y se hizo añicos y luego Elf me atizó en la frente, arriba, y caí hada atrás sobre una silla y la silla se aplastó como paja, mobiliario barato, y luego me vi yo en el suelo… (tengo manos pequeñas y no tenía muchas ganas de pelea y no le había dejado fuera de combate) y aquel papanatas de tres al cuarto vengativo se me vino encima y recibí más o menos uno por cada tres que aticé, no muy buenos, pero él quería seguir y el mobiliario se desmoronaba por todas partes, con muchísimo ruido y yo estaba deseando que alguien parase aquel maldito asunto: la casera, la policía, Dios, cualquiera, pero aquello siguió y siguió y siguió, y luego ya no me acuerdo.

cuando desperté, el sol estaba alto y yo *bajo* la cama. salí de allí debajo y descubrí que podía aguantar de pie. tenía un gran corte debajo de la barbilla, los nudillos raspados, había tenido resacas peores, y había sitios peores para despertar, ¿como la cárcel? quizás, miré a mi alrededor *había* sido real todo roto, apestando, tirado, derramado (lámparas, sillas, aparador, cama, ceniceros), increíblemente macabro, no había nada delicado allí, no, todo era feo y muerto, bebí un poco de agua y luego pasé al retrete, aún seguía allí: billetes de diez, de veinte, de cinco, el dinero, yo lo había ido metiendo allí cuando entraba a mear durante la partida, y recordé que la pelea había empezado por el DINERO, recogí los billetes, los metí en la cartera, coloqué mi

maleta de cartón en la cama inclinada y empecé a meter allí mis andrajos: camisas de faena, zapatones con agujeros en las suelas, calcetines sucios endurecidos, arrugados pantalones con perneras que querían reír, un relato sobre un tipo que agarraba ladillas en el Palacio de la Opera de San Francisco y un sobado diccionario de los Drugstores Thrifty: «Palingenesia: Recapitulación de estudios ancestrales de la vida y la historia».

el reloj funcionaba, el viejo despertador, Dios le bendiga, cuántas veces lo había mirado en mañanas de resaca a las siete y media y había dicho ¿que se joda el trabajo? ¡que se joda el trabajo! en fin, marcaba las cuatro de la tarde, estaba a punto de colocarlo en la maleta para cerrarla y cuando (claro, ¿por qué no?) alguien llamó a la puerta.

¿SI?

¿SEÑOR BUKOWSKI?

¿SI? ¿SI?

QUIERO ENTRAR A CAMBIAR LAS SÁBANAS.

NO, HOY NO. HOY ESTOY MALO.

OH, CUANTO LO SIENTO. PERO DÉJEME ENTRAR Y CAMBIAR LAS SABANAS, ES UN MOMENTO LUEGO ME IRÉ.

NO, NO, ESTOY DEMASIADO ENFERMO, DEMASIADO. NO QUIERO QUE ME VEA USTED TAL COMO ESTOY.

Y la cosa siguió y siguió, ella quería cambiar las sábanas, yo decía, no. ella decía, quiero cambiar las sábanas, y dale y dale, aquella casera, aquel pedazo de carne, todo carne, todo gritaba en ella CARNE CARNE CARNE, yo sólo llevaba allí dos semanas, abajo había un bar. venía gente a verme, no estaba yo, y ella decía siempre; «está abajo en el bar, siempre está abajo en el bar», y la gente decía: «pero hombre por Dios, ¿qué PATRONA es ésa que tienes?».

pues era una mujer blanca, muy grande, y le gustaban aquellos filipinos, aquellos filipinos hacían trucos, amigo, cosas que un blanco ni soñaría, ni yo siquiera, y han desaparecido ya esos filipinos de sombreros de ala ancha bajos sobre la cara y grandes hombreras, eran los reyes de la moda, los chicos del tacón puntiagudo; tacones de cuero, rostros canallescos, cetrinos… ¿dónde os habéis ido?

bueno, la cosa es que no había nada que beber y yo estuve horas allí sentado, volviéndome loco, estaba muy nervioso, carcomido, hasta los huevos, sentado allí con cuatrocientos cincuenta dólares de buen dinero y sin poder echar una cerveza, estaba esperando la oscuridad, la oscuridad, no la muerte, quería salir, echar otro trago, reuní valor por fin. abrí un poco la puerta, sin soltar la cadena, y allí había uno, un macaquito filipino con un martillo, cuando abrí la puerta, alzó el martillo y sonrió, cuando la cerré sacó los clavos de la boca y fingió clavarlos en la alfombra de la escalera que llevaba al primer piso y a la única puerta de salida, no sé cuánto duró, siempre lo mismo, cada vez que yo abría la puerta él alzaba el martillo y sonreía, *¡macaquito de mierda!* no se movía del primer escalón, empecé a ponerme loco,

sudaba, apestaba; circulitos girando girando girando, luces laterales y relampagueos de luz por el cráneo, si no hacía algo las iba a pasar putas, volví y cogí la maleta, no pesaba nada, andrajos, luego cogí la máquina, una portátil de acero prestada, de la mujer de un antiguo amigo, nunca devuelta, daba una sensación agradable y sólida: gris, lisa, pesada, seria, intrascendente, cerré los ojos y solté la cadena en la puerta, y, maleta en una mano y máquina de escribir robada en la otra, me lancé al fuego de ametralladora, amanecer de mañana de duelo, crujidos de trigo partido, el final de todo.

¡EH! ¿ADÓNDE VAS?

y aquel monito empezó a alzar una rodilla, alzó el martillo, y me bastó con eso (el relampagueo de luz eléctrica sobré martillo), tenía la maleta en la mano izquierda, la máquina portátil de acero en la derecha, él estaba en posición perfecta, agachado junto a mis rodillas y la lancé con gran precisión y cierta cólera, le di con la parte dura lisa y pesada, magníficamente, a un lado de la cabeza, el cráneo, la sien, su ser.

hubo casi como un estruendo de luz como si llorase todo, luego silencio, me vi fuera, de pronto, en la acera, había bajado aquella escalera sin darme cuenta, y quiso la suerte que hubiese allí un taxi.

¡TAXI!

entré.

UNION STATION.

era agradable, el quedo rumor de los neumáticos al aire mañanero.

NO, ESPERE, dije. LLÉVEME A LA ESTACIÓN DE AUTOBUSES.

¿QUÉ LE PASA, AMIGO? preguntó el taxista.

ACABO DE MATAR A MI PADRE.

¿MATÓ A SU PADRE?

NUNCA OYÓ HABLAR DE JESUCRISTO.

CLARO.

ENTONCES VENGA: ESTACIÓN DE AUTOBUSES.

estuve una hora sentado en la estación de autobuses, esperando el de Nueva Orleans. preguntándome si habría matado al tío. subí por fin con máquina y maleta, metí la máquina bien al fondo del portaequipajes de arriba, porque no quería que el chisme me cayera en el coco, fue un viaje largo de mucho sople y cierta relación con una pelirroja de Fort Worth. bajé también en Fort Worth, pero ella vivía con su madre y tuve que coger una habitación y por error me metí en una casa de putas, toda la noche aquellas mujeres gritando cosas como: «¡EH! ni hablar no me metes ESE chisme DENTRO por nada del mundo!» toda la noche los grifos corriendo, abrir y cerrar de puertas.

la pelirroja, era una criatura linda e inocente, o aspiraba a mejor nombre, en fin, dejé la ciudad sin poder llegarle a las bragas, por fin llegué a Nueva Orleans.

pero Elf. ¿recuerdas? el tipo con quien me peleé en mi cuarto, bueno, durante la guerra murió ametrallado, antes de morir se pasó en la cama, según me dijeron,

mucho tiempo, tres o cuatro semanas, y *lo más extraño* es que me había dicho, no, me había *preguntado*, «¿te imaginas que algún IMBÉCIL hijoputa apriete al gatillo de una ametralladora y me parta en dos?».

—bueno, es culpa tuya.

—ya, ya sé que tú no vas a morir frente a ninguna ametralladora.

—puedes estar bien seguro, no moriré así, muchacho, a menos que sea una ametralladora de las del tío Sam.

—¡no me vengas con ese cuento! sé que amas a tu patria, ¡se te ve en la cara! ¡amor, amor de verdad!

fue entonces cuando le pegué la primera vez.

después de eso, ya sabéis el resto de la historia.

cuando llegué a Nueva Orleans, procuré cerciorarme de que no me metía en una casa de putas, aunque toda la ciudad lo parecía.

*

*   *

estábamos sentados en la oficina después de otro de aquellos partidos de siete a uno, y la temporada iba mediada ya y estábamos en cola, a veinticinco partidos del primero y yo sabía que era mi última temporada como entrenador de los Blues. nuestro primer *hitter* había bateado. 234 y nuestro primer meta base se anotaba seis, nuestro primer *pitcher* andaba entre siete y diez con una media de 3,95. el viejo Henderson sacó la botella del cajón de la mesa y bebió su trago, luego me la pasó.

—y para colmo —dijo Henderson— enganché ladillas hace dos semanas.

—vaya, jefe, lo siento.

—no me llamarás jefe mucho más.

—lo sé. pero no hay entrenador de béisbol que pueda sacar a esos borrachos del último puesto —dije yo, atizándome un buen trago.

—y lo peor —dijo Henderson—, es que creo que fue mi mujer quien me las pegó.

yo no sabía si reírme o qué, así que no hice nada.

y entonces hubo una delicadísima llamada en la puerta de la oficina y luego se abrió, y allí apareció ante nosotros un chiflado con alas de papel pegadas a la espalda.

era un chaval de unos dieciocho.

—estoy aquí para ayudar al club —dijo el chaval.

con aquellas grandes alas de papel encima, un loco rematado, llevaba agujeros en la chaqueta, las alas estaban pegadas a la espalda, o fijadas con un esparadrapo, algo así.

—escucha —dijo Henderson—, ¡quieres hacer el favor de largarte! ya ha habido suficiente comedia en el campo, así que seriedad, hoy empezaron a reírse de nosotros nada más salir, ¡venga, *fuera y deprisa*!

el chico se acercó, echó un trago de la botella, se sentó y dijo:

—señor Henderson, yo soy la respuesta a sus oraciones.

—oye, chaval —dijo Henderson—, eres demasiado joven para beber eso.

—soy más viejo de lo que parezco —dijo el chaval.

—¡pues yo tengo algo que te hará un poco más viejo! —Henderson apretó el botoncito que había en la mesa, eso significaba TORO Kronkite. no quiero decir que Toro haya matado nunca a un hombre, pero sería una suerte que pudieses fumar Bull Durham por un ojo del culo de goma después de que él te diese una pasada, el Toro entró arrancando casi una de las bisagras de la puerta al abrirla.

—¿cuál, jefe? —preguntó, meneando sus largos y estúpidos dedos mientras examinaba la habitación.

—el mierda de las alas de papel —dijo Henderson.

el Toro se aproximó.

—no me toques —dijo el mierda de las alas de papel.

el Toro se lanzó hacia él, Y DIOS ME VALGA, aquel mierda empezó a ¡VOLAR! aleteó por la habitación, casi pegado al techo. Henderson y yo nos lanzamos a por la botella, pero el viejo me ganó, el Toro cayó de rodillas:

—¡DIOS DEL CIELO, TEN PIEDAD DE MÍ! ¡UN ÁNGEL! ¡UN ÁNGEL!

—¡no seas imbécil! —dijo el ángel, revoloteando—. no soy ningún ángel, sólo quiero ayudar a los Blues. soy hincha de los Blues de toda la vida.

—de acuerdo, baja, hablemos de negocios —dijo Henderson.

el ángel, o lo que fuese, bajó volando y aterrizó en una silla. el Toro le arrancó los zapatos y los calcetines o lo que fuese y empezó a besarle los pies.

Henderson se agachó furioso y escupió al Toro en la cara:

—¡lárgate, bicho subnormal! ¡si hay algo que odie es el sentimentalismo baboso!

el Toro se limpió la cara y se fue muy quedamente.

Henderson recorrió los cajones de la mesa.

—¡mierda, creí que tenía por aquí en algún sitio contratos!

entretanto, mientras buscaba los impresos de los contratos, encontró otra botella y la abrió. cuando arrancaba el celofán, miró al chico:

—dime, ¿eres capaz de hacer una curva interior? ¿y una externa? ¿qué me dices de un deslizador?

—que me cuelguen si sé —dijo el tipo de las alas—. he estado escondido. lo único que sé es lo que leí en los periódicos y vi en la televisión. pero siempre he sido hincha de los Blues y estoy muy triste por lo mal que os va la temporada.

—¿has estado escondido? *¿dónde?* ¡un tipo con alas no puede esconderse en un ascensor del Bronx! ¿cuál es tu *truco*? ¿cómo lo conseguiste?

—no quiero aburrirle con todos los detalles, señor Henderson.

—por cierto, muchacho, ¿cómo te llamas?

—Jimmy. Jimmy Crispin. J.C. para abreviar.

—oye, chico, ¿qué coño quieres, reírte de *mí*?

—oh *no*, señor Henderson.

—¡entonces choca esas cinco!

las chocaron.

—maldita sea, ¡qué manos tan FRÍAS! ¿cuánto hace que no comes?

—comí unas patatas fritas y una cerveza con pollo hacia las cuatro.

—echa un trago, chaval.

Henderson se volvió a mí.

—Bailey.

—¿sí?

—quiero que esté todo el equipo en ese campo a las diez mañana por la mañana. sin excepciones. creo que hemos conseguido lo mejor desde la bomba atómica. ahora salgamos todos de aquí y vayamos a dormir un poco. ¿tú tienes dónde dormir, muchacho?

—sí, claro —dijo J.C.

y bajó volando las escaleras y allí nos dejó.

teníamos el estadio cerrado. sólo estaba allí el equipo. y con las resacas que arrastraban y el ver a aquel tipo de las alas se creyeron que era un montaje publicitario. o un ensayo de uno. se colocó el equipo en el campo con el muchacho en la base del bateador. deberíais haber estado allí para ver cómo se abrieron aquellos ojos inyectados en sangre cuando el chico se lanzó por la línea de la tercera base y ¡VOLÓ hasta la primera! luego tocó y antes de que el tipo de la tercera base pudiese hacer nada el chico llegó volando a la segunda.

todos se estremecieron bajo aquella luz de diez de la mañana. para jugar con un equipo como los Blues hay que estar bastante loco, pero, de todos modos, aquello era demasiado.

luego cuando el *pitcher* se disponía a lanzar al bate que habíamos puesto, J.C. se lanzó volando a la tercera base ¡como un reactor! ninguno podía verle siquiera las alas, ni aunque hubiesen tenido tiempo para tomarse dos *alkaseltzer* aquella mañana. cuando la pelota llegó a la base del bateador, aquello había bajado volando y había tocado base meta.

descubrimos que el chico podía cubrir *todo* el *outfield*. ¡tenía una velocidad de vuelo tremenda! nos limitamos a meter a los otros dos *outfielders* en el *infield*. teníamos así dos *shortstops* y dos segundas bases. y tan *mal* como estábamos, estábamos en el infierno.

aquella noche era nuestro primer partido de la liga con Jimmy Crispin en el *outfield*.

lo primero que hice cuando llegué fue telefonear a Bugsy Malone.

—Bugsy, ¿cómo van las apuestas a favor de los Blues?

—no hay apuestas. no hay ningún loco capaz de apostar por los Blues ni siquiera diez mil a uno.

—¿qué me das tú?
—¿hablas en serio?
—sí.
—doscientos cincuenta a uno. quieres apostar un dólar, verdad?
—uno de los grandes.
—¡uno de los *grandes*! ¡espera! dentro de dos horas te llamo.
al cabo de una hora cuarenta y cinco minutos, sonó el teléfono.
—vale, de acuerdo. uno de los grandes nunca viene mal, sabes.
—gracias, Bugsy.
—de nada.

nunca olvidaré aquel partido de la primera noche. creyeron que queríamos gastar una broma para animar a la gente pero cuando vieron a Jimmy Crispin elevarse en el cielo y lanzarse luego en picado en un clarísimo jonrón que habría superado la valla izquierda del centro del campo en más de tres metros, entonces el partido se animó. Bugsy había bajado a echar un vistazo y le observé en su palco. cuando J.C. se elevó para agarrar aquella pelota, a Bugsy se le cayó de la boca el puro de cinco dólares.

pero en el reglamento no decía nada de que no pudiese jugar al béisbol un hombre con alas, así que los teníamos bien agarrados por los huevos. y cómo. ganamos el partido como nada. Crispin marcó cuatro veces. ellos no lograron sacar nada de nuestro *infield* y cualquier cosa del *outfield* era un fuera seguro.

y los partidos que siguieron. cómo afluían las multitudes. les volvía locos ver aquel hombre volar por el cielo, pero además estaba el hecho de que habíamos perdido veinticinco partidos y quedaba muy poco y por eso seguían viniendo, a la gente le encanta ver a un hombre salir de la bodega. los Blues lo conseguían. era el mayor milagro de todos los tiempos.

LIFE vino a entrevistar a Jimmy. TIME. LIFE. LOOK. él no les contó nada. «lo único que quiero es que los Blues ganen la liga», dijo.

pero a pesar de todo era matemáticamente difícil y, como el final de un libro de cuentos, llegamos por fin al último partido de la temporada. íbamos empatados con los Bengals para el primer puesto, y jugábamos contra los Bengals, y el ganador lo ganaba todo. no habíamos perdido un solo partido desde que Jimmy se había incorporado al equipo. y yo andaba rondando ya los doscientos cincuenta mil dólares. menudo entrenador era yo. estábamos en la oficina justo antes de aquel último partido nocturno, el viejo Henderson y yo. y oímos ruido en la escalera y luego se derrumbó un tipo por la puerta, borracho. J.C. ya no tenía alas, sólo muñones.

—¡me serraron las jodidas alas, los muy miserables! me metieron a esa mujer en la habitación del hotel. ¡qué mujer! ¡qué tía! ¡y me cargaron la bebida! me eché encima de ella y entonces ellos empezaron a SERRARME LAS ALAS! ¡yo no podía moverme! ¡no podía ni sujetarme los huevos! ¡qué FARSA! y aquel tipo dándole a su puro, y riéndose detrás… ay Dios santo, qué tía tan cojonuda, y ni siquiera pude

correrme… mierda…

—bueno, muchacho, no eres el primero al que jode una mujer. ¿sangras? —preguntó Henderson.

—no, es sólo hueso, materia ósea, pero estoy muy triste, os he dejado en la estacada, amigos, he dejado en la estacada a los Blues, me siento muy mal, muy mal.

¿*ellos* se sentían muy mal? yo perdería 250 de los grandes.

acabé la botella que había en la mesa. J.C. estaba demasiado borracho para jugar, con o sin alas. Henderson dejó caer la cabeza sobre la mesa y empezó a llorar. saqué su luger del cajón de abajo. me la metí en la chaqueta, salí de la torre, bajé a la sección de reserva. ocupé el palco situado inmediatamente detrás del de Bugsy Malone y la hermosa mujer con quien estaba. era el palco de Henderson y Henderson prefería morir bebiendo con un ángel muerto. no necesitaría aquel palco. y el equipo no me necesitaría a mí. telefoneé al banquillo y les dije que le pasaran la cosa al bateador o a cualquier otro.

era nuestro campo, bateaban primero ellos.

—¿dónde está vuestro *center fielder*? no lo veo —dijo Bugsy, encendiendo un puro de cinco pavos.

—nuestro *center fielder* ha vuelto al cielo debido a una de tus sierras Sears-Roebuck de tres dólares y medio.

Bugsy se echó a reír.

—un tipo como yo puede mear en el ojo de una mula y sacar un julepe de menta. por eso estoy donde estoy.

—¿quién es la bella dama? —pregunté.

—ah, ésta es Helena. Helena, éste es Tim Bailey, el peor entrenador de béisbol del mundo.

Helena cruzó aquellas cosas de nailon llamadas piernas y perdoné efectivamente a Crispin.

—encantada de conocerle, señor Bailey.

—lo mismo digo.

empezó el partido. como en los viejos tiempos. a la séptima carrera perdíamos diez cero. Bugsy se sentía como Dios, tocándole las piernas a aquella tía, frotándose con ella, el mundo entero en el bolsillo. se volvió y me pasó un puro de cinco pavos. lo encendí.

—¿ese tipo era realmente un ángel? —me preguntó, medio sonriéndose.

—dijo que le llamáramos J.C, para abreviar, pero la verdad es que no sé.

—parece que el Hombre le ha ganado a Dios casi todas las veces que se han enzarzado —dijo.

—no sé —dije yo—, pero según mi opinión, cortarle las alas a un hombre es como cortarle el pijo.

—puede, pero según la mía, los fuertes son los que mueven las cosas. —o la muerte las para. ¿cuál de las dos cosas?

saqué la luger y la apoyé en su nuca.

—¡Bailey, por amor de Dios! ¡cálmate! ¡te daré la mitad de lo que tengo! ¡no, te lo daré todo, todo lo que tengo, esta tía, todo, todo…! ¡pero quítame esa pistola de la cabeza!

—¡si piensas que matar es algo fuerte, PRUEBA algo fuerte!

apreté el gatillo. fue espantoso. una luger. cáscaras de cráneo y cerebro y sangre por todas partes: por encima de mí, de las piernas de nailon de ella, de su vestido…

se suspendió el partido una hora y nos sacaron de allí: a Bugsy muerto, a su mujer, loca de histeria, y a mí. luego siguieron.

Dios gana al Hombre; el Hombre gana a Dios. madre hacía conservas de fresas mientras todo se desmoronaba.

al día siguiente estaba yo en mi celda y el celador me entregó el periódico:

«LOS BLUES REMONTARON EL PARTIDO EN LA CARRERA CATORCE Y LO GANARON JUNTO CON LA LIGA».

me acerqué a la ventana de la celda, octava planta. hice una bola con el papel y lo metí por las rejas. lo embutí allí y lo empujé entre ellas y cuando caía por el aire lo contemplé, vi cómo se abría, como si tuviera alas, bueno, no quiero exagerar, bajó flotando como suelen hacer los trozos de papel desplegados, hacia el mar, aquellas olas blancas y azules ahí abajo y yo sin poder tocarlos, Dios gana al Hombre siempre, constantemente, sea Dios Lo Que Sea: ametrallador soplapollas o cuadro de Klee, en fin, y, claro, aquellas piernas de nailon rodearán ahora a otro maldito imbécil. Malone me debía doscientos cincuenta de los grandes y no podría pagar. J.C. con alas, J.C. sin alas, J.C. en una cruz, yo no estaba aún muerto del todo, y me alejé de la ventana, me senté en aquel retrete carcelario sin tapa y me puse a cagar, ex entrenador de primera, ex hombre, y a través de los barrotes entraba un viento leve y leve es este modo de dejaros.

*

*   *

hacía calor allí dentro. me acerqué al piano y toqué. no sabía tocar el piano. aporreé las teclas. había gente bailando en el sofá. luego miré debajo del piano y vi una chica allí abajo tumbada con el vestido alzado hasta las caderas. seguí tocando con una mano, y estiré la otra debajo y le di un tiento. la mala música o el tiento la despertaron. salió de debajo del piano, la gente ya no bailaba en el sofá. conseguí llegar hasta allí y dormir quince minutos, llevaba dos días y dos noches sin dormir, hacía calor allí dentro, mucho. al despertar vomité en una taza de café. luego aquello se llenó y tuve que seguir en el sofá. alguien trajo un gran orinal. a tiempo justo. lo solté. amargo. todo era amargo.

me levanté y fui al baño. había dos tipos allí dentro desnudos. uno tenía crema de afeitar y una brocha y estaba enjabonándole la polla y los huevos al otro.

—tengo que echar una cagada —les dije.

—adelante —dijo el enjabonado—, no te molestaremos.

entré y me senté.

el tipo de la brocha le dijo al otro:

—oí que habían echado a Simpson del Club 86.

—KPFK —dijo el otro—, despiden a más gente que Douglas Aircraft, Sears Roebuck y los Drugstores Thrifty juntos. una palabra impropia, una frase que se salga de su línea de ideas precocinadas sobre la humanidad, la política, el arte, etc., y estás listo. el único que está seguro en KPFK es Eliot Mintz… es como un acordeón de juguete: estires como estires, siempre suena lo mismo.

—bueno, adelante —dijo el tipo de la brocha.

—¿adelante qué?

—frótate el pijo hasta que se ponga duro.

solté un cerote grande.

—¡Dios mío! —dijo el de la brocha, que ya no la tenía, la había tirado en el lavabo.

—¿Dios mío, qué? —dijo el otro.

—¡tienes un chisme con el capullo como un mazo!

—tuve un accidente, es por eso.

—me hubiese gustado tener un accidente igual.

solté otro.

—bueno, adelante.

—¿adelante qué?

—échate hacia atrás y métela entre los muslos.

—¿así?

—sí.

—¿y ahora qué?

—baja la barriga. deslízala. hacia adelante y hacia atrás. aprieta las piernas. ¡así! ¡ves! ¡ya no necesitarás mujeres!

—¡oh Harry, esto no es como lo otro! ¿qué me ofreces? ¡esto es una mierda!

—¡es que hace falta PRACTICA! ¡ya verás! ¡ya verás!

me limpié, tiré de la cadena y salí de allí.

fui a la nevera y saqué otra lata de cerveza, saqué dos latas de cerveza, las abrí a las dos y empecé la primera. calculé que debía estar en algún lugar de Hollywood Norte. me senté frente a un tipo de casco metálico rojo y unos sesenta centímetros de barba. había estado brillante un par de noches pero se le estaba agotando la velocidad y perdía pie. pero aún no había llegado a la etapa del sueño, sólo a la etapa triste y hueca. quizás estuviese esperando un porro, pero nadie sacaba nada.

—Big Jack —dije.

—Bukowski, me debes cuarenta dólares —dijo Big Jack.

—oye, Jack, tengo idea de haberte dado veinte dólares la otra noche. creo que te

los di. me acuerdo de aquellos veinte.

—no lo *recuerdas*, ¿verdad Bukowski? porque estabas *borracho*, Bukowski, ¡por eso no puedes recordar!

a Big Jack no le caían nada bien los borrachos.

Maggy, su novia, estaba sentada al lado.

—le diste un billete de veinte, sí, pero porque querías más bebida. salimos y te trajimos material y te dimos el cambio.

—de acuerdo. pero ¿dónde estamos? ¿Hollywood Norte?

—no, Pasadena.

—¿Pasadena? no lo creo.

yo había estado viendo que la gente se metía detrás de la gran cortina. algunos salían a los diez o veinte minutos. otros no salían nunca. el asunto aquel llevaba rodando cuarenta y ocho horas. terminé la segunda cerveza, me levanté, corrí la cortina, me metí allí. estaba muy oscuro dentro pero olía a yerba. y a culo. me quedé quieto hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. había sobre todo tíos. lamiendo culos, exprimiendo. chupando. no era para mí. soy un carca. aquello era como el gimnasio de hombres después de que todos han pasado por las paralelas. el ácido olor a semen. sentí náuseas. un negro de color claro se acercó a mí.

—oye tú eres Charles Bukowski, ¿verdad?

—sí —dije.

—¡vaya! ¡la mayor emoción de mi vida! ¡leí *CRUCIFIX IN A DEADHAND*! ¡te considero el más grande desde Verlaine!

—¿Verlaine?

—¡Sí, Verlaine!

estiró el brazo y me echó mano a los huevos. le aparté la mano.

—¿qué pasa? —preguntó.

—en este momento no, pequeño, busco a una amiga.

—oh, perdón…

se alejó. seguí mirando por allí y me disponía ya a irme cuando vi una mujer medio apoyada en un rincón lejano. tenía las piernas abiertas pero parecía bastante mareada. me acerqué y le eché un vistazo. me bajé los pantalones y los calzoncillos. tenía buena pinta. metí el chisme. metí lo que tenía.

—oooh —dijo ella—. ¡qué bueno! ¡la tienes tan curvada! ¡como un garfio!

—un accidente que tuve de niño. con un triciclo.

—oooh…

cuando ya se ponía bien el asunto algo me EMBISTIÓ entre las nalgas. vi ante mis ojos relampagueos de luces.

—¡eh, qué DEMONIOS!

me saqué aquello. allí me vi de pie con la chorra de aquel tío en la mano.

—¿qué coño pretendes, amigo? —le pregunté.

—oye —dijo él—, esto es como un juego de cartas, si quieres entrar en el juego,

tienes que aceptar las cartas que salgan.

me subí los calzoncillos y los pantalones y salí de allí.

Big Jack y Maggy se habían ido. había un par de personas traspuestas en el suelo. me acerqué a por otra cerveza, la bebí y me largué. la luz del sol me golpeó como un coche patrulla con las luces rojas encendidas. encontré mi trasto metido en el camino de coches de otro, con una multa de aparcamiento encima. pero de todos modos había sitio para salir de allí. todo el mundo sabía hasta dónde tenía que llegar. era agradable.

me paré en la Estación Standard y el tipo me explicó cómo tenía que coger la autopista de Pasadena. logré llegar a casa. sudando. mordiéndome los labios para no dormirme. tenía allí una carta de Arizona, en el buzón, de mi ex mujer.

«… sé que te sientes solo y deprimido. cuando te sientas así, debes ir a El Puente. creo que te gustará esa gente. al menos algunos. puedes ir también a las lecturas de poesía de la Iglesia Unitaria…».

dejé correr el agua en la bañera, buena, calentita. me desvestí, cogí una cerveza, bebí la mitad, puse la lata en el borde y me metí en el agua, cogí el champú y la esponja y empecé a darles a cuerdas y nudos.

*

* *

conocí a Neal C,[1] el chico de Kerouac, poco antes de que bajase a tenderse junto a aquella vía de ferrocarril mexicana para morir. los ojos se clavaban en ti como palillos de dientes y Neal con la cabeza junto al altavoz, se movía, saltaba, miraba insinuante, con su camiseta blanca de manga corta y cantaba como un cuco al compás de la música, *precediéndola* justo un pelo, como si fuese él quien dirigiera el espectáculo. yo, sentado con mi cerveza, le miraba. ya me había liquidado un paquete o dos de seis botellas. Bryan estaba dando instrucciones y material a dos chavales que iban a cubrir aquel espectáculo que siempre prohibían. en fin, no sé exactamente qué pasaba con aquel espectáculo del poeta de San Francisco, cuyo nombre ya no recuerdo. pues bien, nadie se fijaba en Neal C y a Neal C no le preocupaba, o eso hacía ver. cuando la canción acabó, se fueron los dos chavales y Bryan me presentó al fabuloso Neal C.

—¿una cerveza? —le pregunté.

Neal echó mano a una botella, la tiró al aire, la agarró, quitó el tapón y vació el medio cuarto de dos largos tragos.

—toma otra.

—vale.

—yo me consideraba bueno con la cerveza.

—yo soy el muchacho duro de la cárcel. he leído cosas tuyas.

—yo también leí cosas tuyas. aquello de que salías por la ventana del baño y te

escondías desnudo entre los matorrales. buen material.

—oh sí.

seguía dándole a la cerveza. nunca se sentaba. no hacía más que moverse por allí. estaba un poco aturdido por la acción, el relámpago eterno, pero no había odio alguno en él. te agradaba aunque no quisieras, porque Kerouac le había preparado para la admiración de los masones y Neal había picado, seguía picando. pero en fin, Neal era pistonudo y uno podía pensar además que Jack sólo había escrito el libro, él no era la madre de Neal. sólo su destructor, deliberado o no.

Neal bailaba por el local en la Subida Eterna. la cara parecía vieja, dolorida, todo eso. pero su cuerpo era el cuerpo de un muchacho de dieciocho.

—¿quieres probar con él, Bukowski? —preguntó Bryan.

—sí, ¿quieres venir, muchacho? —me preguntó él.

tampoco ahora había odio. sólo seguir el juego.

—no, gracias. en agosto cumpliré cuarenta y ocho. ya no estoy para esos trotes.

no habría podido manejarle.

—¿cuándo viste a Kerouac por última vez? —le pregunté.

creo que dijo que 1962, 1963. en fin, hacía mucho tiempo.

después de darle un rato a la cerveza con Neal, tuve que ir a por más. el trabajo de la oficina estaba casi hecho y Neal paraba en casa de Bryan y Bryan le invitó a cenar. yo dije, «vale», y, como estaba un poco animado, no me di cuenta de lo que iba a pasar.

cuando salimos empezaba a caer una lluvia muy fina. de esa que realmente jode la calle. yo aún no sabía. pensé que iba a conducir Bryan, pero se colocó al volante Neal. en fin, pasé atrás. B. montó delante con Neal. y empezó el viaje. por aquellas calles resbaladizas, y cuando parecía que habíamos doblado ya una esquina, Neal decidía girar a la derecha o a la izquierda. pasábamos junto a los coches aparcados con la línea divisoria a sólo un pelo. sólo como un pelo puede describirse. un leve desvío hacia el otro lado habría sido el final para todos.

cuando salíamos del apuro yo siempre decía algo ridículo, como «¡chúpate ésa!» y Bryan se reía y Neal seguía conduciendo, ni ceñudo ni feliz ni sardónico, sólo allí: haciendo los movimientos. comprendí. era necesario. era su plaza de toros, su pista de carreras. era *santo* y necesario.

lo mejor fue justo al salir de Sunset, rumbo al norte, hacia Carlton. la llovizna era ya más intensa, estropeando al mismo tiempo la visión y las calles. al salir de Sunset, Neal inició su siguiente movimiento, ajedrez a toda pastilla, algo que había que calcular en una décima de segundo. un giro a la izquierda en Carlton nos llevaría a la casa de Bryan. estábamos a una manzana de distancia. había un coche delante y dos aproximándose. podría haber disminuido sin duda la velocidad y seguir después, pero habría perdido su *movimiento*. Neal no podía hacer eso. pasó al de delante, y yo pensé, ya está, bueno, no importa, da igual en realidad piensas eso, eso pensé yo. los dos coches casi pegados, el otro tan cerca que su faros inundaban mi asiento trasero.

creo que en el último segundo, el otro conductor tocó el freno. esto nos concedió el pelillo. Neal debía haberlo calculado. aquel movimiento. pero el asunto no terminó ahí. íbamos ya a mucha velocidad y el otro coche, que se acercaba lentamente del bulevar Hollywood estaba a punto de impedir el giro a la izquierda en Carlton. siempre recordaré el color de aquel coche. tan cerca llegamos a estar. una especie de gris-azulado. un coche viejo, cupé, encogido y duro como una especie de ladrillo de acero rodante. Neal se desvió por la izquierda. me pareció que íbamos a embestir al otro coche por el centro. era inevitable. pero, curiosamente, el movimiento del otro coche hacia adelante y nuestro movimiento hacia la izquierda, coordinaron de modo perfecto. de nuevo el pelillo. Neal aparcó el coche y entramos en casa. Joan sacó la cena.

Neal comió todo lo de su plato y la mayor parte de lo del mío. bebimos un poco de vino. Joan tenía un cuidaniños muy inteligente, un joven homosexual, que creo que se ha ido con una banda de rock o se ha matado o algo así. en fin, el caso es que le di un pellizco en el trasero cuando pasaba junto a mí. le encantaba.

creo que estuve demasiado tiempo bebiendo y hablando con Cassady. el cuidador de niños no hacía más que hablar de Hemingway, me comparaba más o menos con él, hasta que le dije que se callara y fue al piso de arriba a ver cómo estaba Jason. y unos días después me telefoneó Bryan:

—murió Neal, murió Neal.

—hostias, no.

luego Bryan me explicó algo más del asunto. y nada más.

sí, no había duda.

tantos viajes, tantas páginas de Kerouac, tanta cárcel, para morir solo bajo una gélida luna mexicana, solo, ¿comprendes? ¿ves los pequeños cactus miserables? México no es un sitio malo simplemente porque esté oprimido; México es un mal sitio simplemente, ¿ves cómo miran los animales del desierto? las ranas, cornudas y simples, esas serpientes como hendiduras de mentes humanas que reptan, se paran, esperan, mudas bajo una muda luna mexicana, reptiles, rumores de cosas, contemplando a aquel tipo allí en la arena con su camiseta blanca de manga corta.

Neal, había encontrado su movimiento, no hacía daño a nadie, el tipo duro de la cárcel, allí tumbado junto a una vía férrea mexicana.

esa única noche que estuve con él le dije:

—Kerouac ha escrito todos tus otros capítulos, yo he escrito ya tu último.

—adelante —dijo él—, escríbelo.

punto y aparte.

*

* *

los veranos son más largos donde cuelgan los suicidas y las moscas comen tortitas

de barro, es un famoso poeta de la calle de los años cincuenta y sigue vivo aún. y tiro mi botella al canal, estamos en Venice, y Jack está refugiado aquí por una semana, más o menos, tiene que dar una lectura no sé dónde, dentro de unos días, el canal tiene un aspecto extraño, muy extraño.

—poca profundidad para la autodestrucción.

—sí —dice él con voz de película del Bronx— tienes razón.

tiene treinta y siete años y el pelo canoso, nariz aguileña, encorvado, enérgico, desengañado, macho, muy macho, sonrisita judía, quizás no sea judío, no se lo pregunto, los ha conocido a todos, meó en el zapato de Barney Rosset en una fiesta porque no le gustó algo que dijo Barney. Jack conoce a Ginsberg, Creeley, Lamantia, etc., etc., y ahora conoció a Bukowski:

—sí, Bukowski vino a Venice a verme, toda la cara llena de cicatrices, los hombros caídos, parece acabado, apenas habla, y cuando habla dice vulgaridades, no parece que haya escrito todos esos libros de poemas, pero es que ha estado demasiado tiempo en esa oficina de correo, es muy escurridizo, le ha sorbido el espíritu, una vergüenza, pero así son las cosas, de todos modos, sigue siendo un jefe, un verdadero jefe, ¿comprendes?

Jack conoce el asunto por dentro, y es divertido pero real saber que la gente no es gran cosa, que es todo una farsa puñetera y que lo sabes pero resulta divertido oírlo decir, allí sentado al borde de un canal de Venice intentando curar una resaca de calibre extra.

hojea un libro, fotografías de poetas, más que nada, no estoy allí, empecé tarde y viví demasiado en cuartuchos solo bebiendo vino, ellos suponen siempre que un ermitaño está loco, quizás tengan razón, recorre el libro, dios, allí sentado con aquella resaca y el agua allí abajo y Jack mirando el libro aquel, veo manchas claras, narices, orejas, el brillo de las páginas fotográficas, no me importa, pero pienso que necesitamos encontrar algo de qué hablar y a mí me cuesta trabajo hablar y él hace el trabajo, así que así estamos, canal de Venice, toda la miserable tristeza de la vida…

—este tío se volvió loco hace unos dos años.

—este tío me dijo que tenía que chupársela si quería que publicara mi libro.

—¿lo hiciste?

—¿que si lo hice? ¡le eché a cintazos! ¡qué cosas tienes!

me enseña el puño del Bronx.

me echo a reír, es cómodo y es humano, este amigo, todos tenemos miedo a ser maricas, estoy harto de eso. quizás debiésemos volvernos todos maricas y tranquilizarnos, no agarrar el cinturón como Jack. pero, para variar, Jack es bueno, hay demasiada gente con miedo a hablar contra los maricas, intelectualmente, lo mismo que hay demasiada gente que tiene miedo a hablar contra la izquierda, intelectualmente. no me preocupa el rumbo que tome el asunto, sólo sé que hay demasiada gente con miedo.

en fin, Jack es buen tío. he visto últimamente a demasiados intelectuales, estoy

harto ya de esos ingenios insignes que tienen que soltar diamantes cada vez que abren la boca, estoy harto de luchar por cada espacio de aire libre para la mente, por eso estuve apartado de todos tanto tiempo, y ahora, al volver a ver a la gente, descubro que debo volver a mi cueva, hay otras cosas además de la mente: hay insectos, y palmeras y pimenteros de mesa, y yo tendré un pimentero de mesa en mi cueva, para reírme.

la gente siempre te traicionará.

no confíes nunca en la gente.

—todo ese asunto de la poesía lo controlan los maricas y la izquierda —me dice, mirando al canal.

hay en esto una parte de verdad indiscutible y amarga y no sé qué hacer ni qué decir, tengo, desde luego, plena conciencia de que algo va mal en este asunto de la poesía: los libros de los famosos son tan aburridos, incluido Shakespeare, ¿pasaba igual *entonces*?

decidí soltarle a Jack un poco de mierda:

—¿recuerdas la vieja revista de *poesía*? no sé si fue Monroe o Shapiro o qué, en fin, se ha hecho tan mala que ya no la leo, pero recuerdo una cosa que dijo Whitman:

»“para tener grandes poetas necesitamos grandes públicos”, bueno, he pensado siempre que Whitman era un poeta superior a mí, pero esta vez creo que se equivocó, debería haber dicho:

»“para tener grandes públicos necesitamos grandes poetas”.

—sí, eso mismo, estoy de acuerdo —dijo Jack—, me encontré a Creeley en una fiesta hace poco y le pregunté si había leído algo de Bukowski. se quedó congelado, no me contestaba, amigo, ya sabes lo que quiero decir.

—larguémonos de aquí —dije.

fuimos hacia mi coche, tengo, más o menos, un coche, un cacharro, claro. Jack no suelta el libro, aún pasa hojas.

—este tipo anda chupando pollas.

—¿de veras?

—este tipo se casó con una maestra de escuela que le atiza en el culo con una correa, una mujer horrible, no ha escrito ni una palabra desde que se casó, le tiene el alma enganchada ella en su coño-correa.

—¿hablas de Gregory o de Kero?

—¡no, éste es *otro*!

—¡vaya por Dios!

seguimos hacia el coche, soy bastante torpe para las sensaciones, pero puedo SENTIR la energía de este hombre. ENERGÍA, y me doy cuenta de que quizás sea posible que vaya caminando con uno de los pocos inmortales poetas primitivos de nuestra época, y luego tampoco eso importa, después de pensarlo.

entro, el trasto arranca pero el cambio está jodido otra vez. logro llevarlo en primera todo el camino, pero el cabrón se cala en todas las señales, apenas tiene

batería, yo rezo, una arrancada más, que no venga la poli, no más líos por conducir borracho, no más cristos de ningún género en ningún género de cruz, podemos escoger entre Nixon y Humphrey y Cristo y acabar jodidos de todas todas acudamos a quien acudamos. giremos hacia donde giremos, y yo giré a la izquierda, frené ante la dirección a la que íbamos y salimos.

Jack aún seguía con el libro.

—este tipo está bien, se mató él mismo, mató a su padre, a su madre, a su mujer, pero no disparó contra sus tres hijos ni contra el perro, uno de los mejores poetas desde Baudelaire.

—¿sí?

—sí, coño, sí.

salimos del trasto y yo hago la señal de la cruz para que arranque otra vez más aquella mierda.

subimos y Jack llama a la puerta.

—¡PÁJARO! ¡PÁJARO! ¡soy Jack!

se abre la puerta y allí está el Pájaro, miro dos veces, no puedo ver si es hombre o mujer, la cara es esencia destilada de opio de belleza intacta, es un hombre, los movimientos son de hombre, lo sé pero sé también que si se lanza a la calle puede alzarse un infierno y pueden atacarle incluso brutalmente, le matarán porque no ha muerto en absoluto, yo he muerto nueve décimas partes pero mantengo la otra décima como un arma, puedo bajar la calle sin que me diferencien del vendedor de periódicos, aunque los vendedores de periódicos tengan caras más agradables que cualquier presidente de Estados Unidos, pero en fin, ése es otro asunto.

—Pájaro, necesito veinte —dice Jack.

Pájaro saca un bendito billete de veinte, su movimiento es suave, pausado.

—gracias, muchacho.

—de nada, ¿queréis pasar?

—vale.

entramos, nos sentamos, ahí está la estantería de libros, echo un vistazo, no parece tener ni un libro aburrido, descubro allí todos los libros que he admirado, ¿cómo demonios? ¿es un sueño? el chico tiene una cara tan guapa que cada vez que le miro me siento bien, es como un plato de chile y judías, caliente, después de salir de una borrachera muy mala, el primer bocado en semanas, bueno, mierda, yo siempre estoy en guardia.

el Pájaro, y el océano allá abajo, y la batería mal. un cacharro, los polis patrullan sus calles estúpidas y secas, qué mala guerra ésta, qué pesadilla estúpida, sólo este momentáneo espacio fresco entre nosotros, todos vamos a acabar aplastados, nos convertirán en seguida en juguetes rotos, en esos zapatos de tacón alto que bajan corriendo alegremente las escaleras para acabar fuera de ella jodidos para siempre, para siempre, imbéciles y estúpidos, imbéciles e instrumentos, dios maldiga nuestra flaca bravura.

nos sentamos, aparece una botella grande de escocés, echo un buen trago y, bueno, siento náuseas, parpadeo, idiota, cerca ya de los cincuenta y aún intentando jugar al Héroe, héroe tonto del culo en una andanada de vómitos.

entra la mujer del Pájaro, nos presentan, es una mujer líquida de vestido marrón, sólo fluye fluye con ojos risueños, fluye, de veras, fluye.

—¡UAU UAU UAU UAU! —exclamo.

tiene tal aspecto que tengo que cogerla, abrazarla, y apoyármela en la cadera izquierda, hacerla girar, reír, nadie me toma por loco, reímos todos, todos comprendemos, la dejo, nos sentamos.

a Jack le gusta que yo salga a escena, ha estado tirando de mi alma y está cansado, esboza la sonrisa, es un buen tipo, supongo que alguna vez, en una rara existencia, habrás entrado en una habitación llena de gente que te ayuda sólo con mirarla, con escucharla, éste fue uno de esos momentos mágicos, me daba perfecta cuenta, yo ardía como un plato de tamal con pimientos, todo bien. o.k.

soplé otro buen trago para perder la vergüenza, me di cuenta de que era el más débil de los cuatro y que no quería hacer daño, sólo comprender su santidad sencilla, amaba como un perro loco y pajillero metido en una cuadra de perras calientes, sólo que tenía milagros para mostrarme tras el esperma.

el Pájaro me miró.

—¿viste mi composición?

alzó una cosa bastante mierdosa con un pendiente de mujer y otras chorradas más colgando.

(por cierto… me doy cuenta de que cambio de presente a pasado, y si no te gusta… métete un pezón por el escroto. — linotipista: deja esto.)

me lancé a una larga y aburrida perorata, explicando que no me gustaba esto y sí aquello, hablando de mis sufrimientos en las clases de arte.

el Pájaro me arranca el freno.

en realidad la cosa es sólo a jeringa y entonces me sonríe, pero, en fin, yo también conozco el asunto: que quizás, según me han dicho, desde dentro, el único *junky* que puede conseguirlo es Wm. Burroughs, dueño, casi, de la Burroughs Co. y que puede hacerse el duro aunque no sea por dentro más que un blando y gordo cerdo chupaverrugas. eso es lo que yo he oído, y me lo dijeron muy bajito, ¿es cierto? en realidad, cierto o no, Burroughs es un escritor bastante torpe y sin la insistencia de la intelectulidad pop en su influencia literaria, no sería casi nada, como Faulkner no lo es salvo para extremistas sureños muy secos como el señor Corrington y el señor Sí Señor y el señor Come-Mierda.

—muchacho —empiezan a decirme—, estás borracho.

y lo estoy, y lo estoy, y lo estoy.

no hay otra solución más que ponerse a discutir o dormirse.

me hacen un sitio.

bebo demasiado aprisa, siguen hablando, les oigo, suavemente.

duermo, duermo en camaradería, el mar no me ahogará y tampoco ellos, aman mi cuerpo dormido, soy tonto del culo, aman mi cuerpo dormido, ojalá lleguen a lo mismo todos los hijos de Dios.

jesús jesús jesús jesús

¿a quién le importa una batería

muerta?

*
* *

Dios, madre, fue terrible… allí salían de aquellos grandes agujerocoños del suelo haciéndome maniobrar con mi maleta de cartón mientras subía por Times Square.

logré por fin preguntarle a uno dónde estaba el Village y cuando llegué al Village busqué una habitación y cuando abrí la botella de vino y me quité los zapatos descubrí que la habitación tenía un caballete, pero yo no era pintor, sólo un chaval que buscaba fortuna, me senté junto al caballete, a beber vino y mirar por la ventana sucia.

cuando salía a por otra botella de vino vi a aquel joven allí de pie con su albornoz de seda, boina y sandalias, barba medio enferma, hablaba por teléfono allí, en el pasillo.

—oh, sí sí, querida, *tengo que verte*, sí. *¡tengo que verte!* si no me cortaré otra vez las venas… ¡de veras!

tengo que largarme de aquí, pensé, éste no sería capaz de cortarse ni los cordones de los zapatos, qué mierda repugnante, y luego van a sentarse en los cafés, tan tranquilos, con su boina, con todo el atuendo, fingiendo ser Artistas.

allí estuve una semana bebiendo, hasta que se acabó el alquiler, y luego busqué una habitación fuera del Village. por el aspecto y el tamaño la habitación era muy barata, no podía entenderlo, encontré un bar en la esquina y allí me pasaba el día soplando cerveza, se acababa el dinero pero, como siempre, me fastidiaba mucho buscar trabajo, cada momento de borrachera y hambre tenía para mí cierto tipo de contenido placentero, esa noche compré dos botellas de oporto y subí a mi cuarto, me quité la ropa, me metí en la cama en la oscuridad, cogí un vaso, me serví el primer trago, entonces descubrí por qué era tan barata la habitación, pasaba el tren justo por delante de la ventana, y la parada estaba allí, enfrente justo de mi ventana, el tren iluminaba toda la habitación, y yo tenía que ver todo un vagón de caras, caras horribles: putas, orangutanes, cabrones, locos, asesinos… eran todos mis amos, luego, rápidamente, el tren volvía a arrancar y la habitación quedaba a oscuras… hasta el siguiente vagón de rostros, que siempre llegaba demasiado pronto. necesitaba el vino.

los propietarios del edificio eran una pareja judía que llevaban también una sastrería y servicio de limpieza de ropa de la acera de enfrente. decidí que mis harapos necesitaban limpieza. el momento de buscar trabajo atravesaba con pedos y eructos mi loco horizonte. allá me fui borracho con mis andrajos.

—… necesito que me limpien o me laven o hagan algo con esto…

—¡pobre chico! ¡cómo puede andar en ANDRAJOS! esto no me serviría a mí ni para limpiar las ventanas. verá usted una cosa… ¡eh, Sam!

—¿sí?

—muéstrale a este buen muchacho el traje que dejó aquel hombre.

—¡oh sí, mamá, aquel traje tan bueno! ¡no *comprendo* cómo aquel hombre lo dejó!

no quiero repetir todo el diálogo. yo insistí más que nada en que el traje era demasiado pequeño. ellos dijeron que no. yo que si no era demasiado pequeño sí demasiado caro. ellos dijeron siete. yo dije, no tengo ni blanca. ellos dijeron seis. yo, no tengo ni cinco. cuando bajaron a cuatro pedí que me pusieran el traje. lo hicieron. les di los cuatro. volví a mi habitación, me quité el traje y dormí. cuando desperté estaba oscuro (salvo cuando pasaba el tren) y decidí ponerme el traje nuevo y salir y buscarme una chica, una chica guapa, claro, que apoyase a un hombre de mis aún ocultos talentos.

cuando me metí en los pantalones, se abrió toda la bragueta hasta atrás. en fin, me habían timado. hacía algo de frío pero pensé que la chaqueta lo taparía. cuando me metí la chaqueta, la manga izquierda se desprendió por el hombro soltando un repugnante almohadillado gomoso.

ya me habían jodido otra vez.

me libré de lo que quedaba del traje y decidí que tendría que trasladarme de nuevo. encontré otro sitio, muy parecido a un sótano, allí bajando las escaleras entre los cubos de basura de los inquilinos, iba encontrando mi nivel.

la primera noche que salí, después de cerrar los bares descubrí que había perdido la llave. sólo llevaba puesta una camisa californiana blanca y fina. anduve en autobús de un lado a otro para no congelarme. Por fin, el conductor dijo que era final de trayecto o que había terminado el servicio. yo estaba demasiado borracho para recordarlo.

cuando salí aún hacía frío y de pronto me vi allí de pie a la entrada del Yankee Stadium.

oh señor, pensé, aquí es donde mi héroe de la niñez, Lou Gehrig, jugaba y ahora yo voy a morir aquí fuera. bueno, es muy propio.

anduve un rato por allí y luego encontré un café. entré. las camareras eran todas negras de mediana edad pero las tazas de café eran grandes y un bollo y un café costaban muy poco.

me llevé el servicio a una mesa, me senté, comí el bollo muy deprisa, sorbí el café y luego saqué un cigarrillo y lo encendí.

empecé a oír voces:

—¡ALABEMOS AL SEÑOR, HERMANO!

—¡OH, ALABEMOS AL SEÑOR, HERMANO!

miré a mi alrededor. me alababan todas las camareras y parte de los clientes, era muy hermoso. al fin el reconocimiento. al carajo las grandes revistas. siempre triunfaría el genio. sonreí a todos y di una gran chupada.

entonces, una de las camareras me gritó:

—¡NO SE FUMA EN LA CASA DEL SEÑOR, HERMANO!

apagué el cigarrillo. terminé el café. luego salí y miré el letrero del escaparate:

MISIÓN DEL PADRE DIVINO.

encendí otro cigarro y empecé el largo paseo de vuelta a mi casa. cuando llegase allí nadie contestaría al timbre. al fin me tumbé encima de las latas de basura y me puse a dormir. sabía que abajo en la acera me engancharían las ratas. era un joven listo.

tan listo que incluso conseguí un trabajo al día siguiente. y a la noche siguiente, con resaca, temblón, muy triste, estaba trabajando.

me iniciaban dos tipos. llevaban los dos en el trabajo desde que se inventara el metro. íbamos caminando con esas pesadas planchas de cartón bajo el brazo izquierdo y un pequeño instrumento en la mano derecha que parecía un abridor de latas de cerveza.

—en Nueva York todo el mundo tiene esos bichitos verdes encima —decía uno de los tipos.

—¿de veras? —dije yo, sin importarme lo más mínimo de qué color fuesen los bichos.

—los verás en los asientos. los encontramos en los asientos todas las noches.

—sí —dijo el otro viejo.

seguimos andando.

buen Dios, pensé, ¿le pasó esto alguna vez a Cervantes?

—ahora fíjate —dijo uno de los viejos—. cada tarjeta tiene un numerito. sustituimos cada tarjeta con el numerito por otra tarjeta con el mismo numerito.

zas, zas. abrió las tiras con el abrecervezas, metió el nuevo anuncio, sustituyó las tiras, cogió el anuncio viejo y lo metió al fondo del montón de anuncios del brazo izquierdo.

—ahora prueba tú.

probé. las pequeñas tiras no querían ceder. mi abrecervezas no tenía filo. me sentía enfermo, temblaba.

—lo conseguirás —dijo un viejo.

jódete que lo estoy consiguiendo, pensé.

seguimos.

luego salimos de la parte trasera del vagón y allá se fueron pisando los travesaños entre las guías. el espacio que había entre travesaño y travesaño era de más o menos un metro, un cuerpo podía caer fácilmente por allí. y estábamos a unos treinta metros de la calle. los dos viejos se deslizaron sobre los travesaños con su pesada carga de cartón y me esperaron junto al nuevo vagón. había un tren parado al otro lado recogiendo pasaje. estaba bien iluminado todo aquello, pero nada más. las luces del tren me mostraban claramente el vacío de un metro entre travesaño y travesaño.

—¡VAMOS! ¡VAMOS! ¡QUE HAY PRISA!

—¡a la mierda vosotros y las prisas! —grité a los dos viejos.

luego me posé en un travesaño con mi carga de cartón debajo del brazo izquierdo y el abridor de cervezas en la mano derecha. un paso. dos pasos. tres pasos… con

aquella resaca, enfermo.

entonces salió el tren que estaba cargando. quedó todo tan oscuro como en un armario. más oscuro. yo no veía nada. no podía dar el paso siguiente. y no podía dar la vuelta. en fin, me quedé allí.

—¡vamos! ¡venga! ¡hay muchos vagones más!

por fin mis ojos pudieron adaptarse un poco a la oscuridad. empecé a dar de nuevo vacilantes pasos. algunas de las traviesas estaban suaves, gastadas, redondeadas, astilladas. dejé de oír sus gritos. fui dando aquellas angustiosas zancadas una a una, esperando siempre que la próxima me enviase por allá abajo.

llegué hasta el otro vagón y tiré al suelo los anuncios de cartón y el abrecervezas.

—¿pero qué coño pasa?

—¿qué pasa? ¿qué pasa? sabéis lo que os digo: ¡QUE OS VAIS A LA MIERDA!

—¿pero qué te pasa?

—un paso en falso y puede uno matarse. ¿es que sois tan bobos que no os dais cuenta?

—aún no se ha matado nadie.

—tampoco hay nadie que beba como yo. venga, vamos, decidme cómo tengo que hacer para salir de aquí.

—bueno, hay una escalera al fondo a la derecha, pero tendrás que cruzar las vías en vez de seguirlas, y eso significa que tienes que pasar por dos o tres raíles terciarios.

—habla claro, ¿qué es un raíl terciario?

—por donde pasa la corriente. si tocas uno te mueres.

—enséñame el camino.

los viejos me indicaron la escalera. no parecía quedar muy lejos.

—gracias, señores.

—cuidado con el raíl terciario. es dorado. si lo tocas te carboniza.

me lancé a cruzar. sentía que me observaban. cada vez que llegaba a un raíl terciario, procuraba levantar mucho la pierna y exagerar la nota. tenían un aspecto tan suave y apacible a la luz de la luna.

llegué a la escalera. volví a resucitar. al fondo de ella había un bar. oí risas. entré y me senté. había un tipo hablando. contaba que su madre se ocupaba mucho de él, le hizo aprender piano, ir a clases de pintura, y él conseguía sacarle el dinero a su madre, como fuera, para seguir bebiendo, todo el bar reía a carcajadas. yo también empecé a reírme. el tipo era un genio, y lo daba todo por nada. seguí riéndome hasta que el bar se cerró y nos separamos, cada cual siguiendo su camino.

dejé Nueva York poco después, no volví, no volveré. las ciudades están hechas para matar a la gente, y hay ciudades afortunadas y de las otras. sobre todo de las otras. en Nueva York tienes que tener toda la suerte. yo sabía que no tenía tanta. lo siguiente que supe fue que estaba sentado en una linda habitación del este de la ciudad de Kansas oyendo al encargado zurrar a la chica porque no había conseguido

venderme un poco de su culo. era real y pacífico y sano de nuevo. escuchaba los gritos sentado allí en la cama, con el vaso a mano. eché un buen trago, luego me estiré entre las sábanas limpias. el tipo estaba pasándose. oí la cabeza de ella pegando en la pared.

quizás le hiciese un favor al día siguiente, cuando no estuviese tan cansado del viaje en autobús. tenía un buen culo. al menos en él no le estaba pegando y yo estaba fuera de Nueva York, casi vivo.

*

* *

aquéllas eran noches, aquellos tiempos del Olimpic, tenían a un holandés calvo y bajito que hacía los anuncios (¿se llamaba Dan Tobey?), y tenía *estilo*, había visto cosas, puede que incluso en los barcos fluviales cuando era un crío, si era *tan* viejo, quizás Dempsey-Firpo o así. aún puedo verle estirándose para coger aquel cordón y bajando lentamente el micro, y la mayoría de nosotros estábamos borrachos antes de la primera pelea, pero era una borrachera tranquila, fumando puros, sintiendo la luz de la vida, esperando que nos pusiesen allí a dos tipos, cruel pero así eran las cosas, era lo que nos hacían a nosotros y aún seguíamos vivos, y, sí, la mayoría íbamos con una pelirroja teñida o una rubia, hasta yo. se llamaba Jane y habíamos disputado entre nosotros varios combates bastante buenos a diez asaltos, en uno me dejó noqueado, y qué orgulloso me sentía cuando volvía ella del water de señoras y empezaban todos a levantarse y a silbar y a aullar y ella meneaba aquel gran culo mágico y maravilloso embutido en aquella falda ceñida… *era* un culo mágico sí: podía dejar a un hombre tieso y jadeante aullando palabras de amor a un cielo de cemento. Luego ella bajaba y se sentaba a mi lado y yo alzaba la botella como una diadema, se la pasaba, ella echaba su traguito, me la devolvía y yo decía de los tipos de atrás: «esos pijoteros cabrones dando esos chillidos, voy a matarlos». y ella miraba el programa y decía: «¿quién va a ganar la primera?».

yo solía escoger bien (acertaba sobre el noventa por ciento) pero tenía que verlos antes. elegía siempre al tipo que menos se movía, que parecía como si no quisiese pelear, y si uno se santiguaba al sonar la campanilla y el otro no, ya tenía ganador: elegía al que no. pero las cosas solían ir juntas. el que hacía mucha sombra y mucho baile solía ser el que se santiguaba y el que las llevaba.

no había muchos combates malos en aquellos tiempos y si los había era igual que ahora (entre los pesos pesados sobre todo). pero en aquellos tiempos procurábamos que se enterasen: destrozábamos el ring o prendíamos fuego al local, arrancábamos los asientos. sencillamente no podían permitirse darnos demasiados combates malos. los malos eran en el Legión de Hollywood y al Legión de Hollywood no íbamos. hasta los de Hollywood sabían que lo bueno era el Olympic. vino Raft, y los otros, y todas las *starlets*, ocupando todos los asientos de primera fila. los de la galería

soltaban sus gracias y los púgiles luchaban como púgiles y el local se ponía azul de humo de puros, y cómo gritábamos, amigo, y tirábamos dinero y bebíamos nuestro whisky. cuando se terminaba, estaba el autocine, el viejo lecho de amor con nuestras ceñidas y viciosas mujeres. luego te metías en casa y dormías como un ángel borracho.¿quién necesitaba la biblioteca pública? ¿quién necesitaba a Ezra? ¿o a T.S. o a E.E.? ¿o a D.H. o a H.D.? ¿a cualquiera de los Eliot? ¿a cualquiera de los Sitwell?

nunca olvidaré la primera noche que vi al joven Enrique Balanos. por entonces tenía yo por favorito a un chaval de color. solía llevar un borreguito blanco al ring con él antes de la pelea y lo abrazaba, y eso es un poco tonto, pero era duro y bueno y a un tipo duro y bueno le están permitidas ciertas libertades ¿no?, el caso es que él era mi héroe, y debía llamarse algo así como Watson Jones. Watson tenía buena clase y estilo… era rápido, muy rápido y tenía PEGADA y le *gustaba* su trabajo. pero entonces, una noche, sin aviso, alguien metió furtivamente a este joven Balanos contra él, y Balanos ganó, se tomó su tiempo, lentamente fue agotando a Watson, lo dominó y acabó liquidándolo cerca del final. mi héroe. no podía creerlo. si no recuerdo mal, Watson quedó noqueado, lo que significó realmente una noche mala, muy mala. yo con mi botella pedía piedad a gritos, pedía a gritos una victoria que sencillamente no podía venir. Balanos desde luego se lo mereció. tenía el jodido unos brazos que eran como serpientes, y no se *movía*, se deslizaba, resbalaba, se agitaba como una especie de araña maligna, consiguiéndolo siempre, llegando a tiempo siempre. me di cuenta aquella noche de que haría falta alguien muy bueno para derrotarle y que lo mejor que Watson podía hacer era coger su borreguito e irse a casa.

sólo mucho después de aquella noche, bebiendo whisky a mares, peleando con mi mujer y maldiciéndola por estar sentada allí enseñándome toda aquella magnífica pierna, pude admitir que había ganado el mejor.

—Balanos. buenas piernas. no piensa. sólo reacciona. mejor no pensar. esta noche el cuerpo derrotó al alma. suele pasar. adiós Watson, adiós Central Avenue, todo terminó.

destrocé el vaso contra la pared y fui y me agencié una tía. estaba herido. era guapa. nos fuimos a la cama. recuerdo que entraba por la ventana una lluvia fina. dejamos que nos lloviera encima. era bueno. tan bueno que hicimos el amor dos veces y cuando nos pusimos a dormir nos dormimos con las caras mirando a la ventana y por la mañana estaban todas las sábanas mojadas y los dos nos levantamos estornudando y riendo, «¡dios! ¡dios!» qué divertido. y el pobre Watson tumbado en algún sitio, deshecha la cara, contemplando la Verdad Eterna. viendo ante sí los combates de seis asaltos, los de cuatro, y luego vuelta a la fábrica conmigo, asesinando ocho o diez horas al día por una miseria. sin llegar a nada, esperando a Papá Muerte, metiendo a tu inteligencia a patadas en el infierno y metiendo a patadas en el infierno a tu espíritu. estornudábamos «¡Dios!» qué divertido. y ella dijo: «estás todo azul, te has vuelto todo ¡AZUL! ¡Dios, mírate al espejo!» y yo, helado y

moribundo, me miré al espejo y estaba todo ¡AZUL! ¡ridículo! ¡un cráneo y mierda de huesos! empecé a reír, tanto me reí que caí en la alfombra y ella cayó encima y los dos reímos reímos reímos, Dios, reímos hasta que pensé que nos habíamos vuelto locos, y entonces tuve que levantarme, vestirme, peinarme, lavarme los dientes, demasiado enfermo para comer, con arcadas mientras me cepillaba los dientes, y salí y fui andando hacia la fábrica de electricidad de allá arriba, con aquel sol, pero había que agarrarse a lo que fuera.

*

* *

Santa Anita, 22 de marzo, 1968, 3,10 de la tarde. no puedo conseguir el a la par de Quillo'S Babe con Alpen Dance. la cuarta carrera ha terminado y no me he estrenado siquiera, he perdido cuarenta dólares. debería haber ganado Boxer Bob en la segunda con Bianco, uno de los mejores jinetes desconocidos de la pista a 9/5. cualquier otro jinete, por ejemplo Lambert o Pineda o González, y el caballo habría ido a 6/5 o a la par pero tengo un viejo aforismo (me dedico a los aforismos mientras ando hecho un andrajo) que dice que el conocimiento es, si no se aplica, peor que la ignorancia. porque si haces conjeturas y no resulta, puedes muy bien decir, mierda, los dioses están contra mí. pero si *sabes* y no haces, tienes desvanes y pasillos oscuros en la mente por los que bajar y subir y despistarte. eso no es sano, lleva a situaciones desagradables, a beber demasiado y a la máquina de hacer picadillo.

de acuerdo. los apostadores veteranos no se desvanecen sin más. mueren, dura y finalmente, en Quinta Este o vendiendo periódicos enfrente con gorra de marino, fingiendo que es todo una broma, la mente partida en dos, las tripas colgando, pijo sin dulce coño, creo que fue uno de los discípulos preferidos de Freud, que se ha convertido ahora en un filósofo de cierto renombre (mi ex esposa solía leerlo) quien dijo que el juego era una forma de masturbación. qué bonito ser un chico listo y decir cosas. casi todas las frases contienen una verdad secundaria. si yo fuese un chico inteligente y perspicaz, diría por ejemplo: «arreglarse las uñas de los dedos con una lima sucia es una forma de masturbación». y probablemente me diesen una beca, una ayuda, la espada del rey en el hombro y catorce culitos calientes. sólo diré esto, que procede de un pasado de fábricas, bancos de parque, trabajos de mierda, malas mujeres, mal período de Vida: la razón de que el individuo medio siga en el tajo es que están atornillados por el cierre del cerrojo, la cara chiflada del capataz, la mano del casero, el sexo muerto de la amante. impuestos, cáncer, melancolía; ropas que se desmoronan la tercera vez que te la pones, agua que sabe a orina, médicos que tienen consultorios indecentes con trabajo en cadena, hospitales sin corazón, políticos con cráneos llenos de pus… podemos seguir y seguir y sólo conseguiríamos que nos tachasen de amargados y de dementes, pero el mundo nos convierte a todos en locos (y locas) y hasta los santos están dementes. nada se salva. en fin, a la mierda. según

mis cifras, sólo he tenido dos mil quinientos coños, pero he visto doce mil quinientas carreras de caballos, y si he de dar a alguien un consejo, doy éste: dedícate a pintar acuarelas.

lo que intento decirte es que la razón de que estén en los hipódromos la mayoría de los que están es que viven en un calvario, sí y tan desesperados están que prefieren arriesgarse a una angustia aún mayor a aceptar su situación real (¿) en la vida. y los peces gordos no son tan tontos como nos creemos. están sentados en las cumbres observando lo que hacen las hormigas. ¿no crees que Johnson esté orgulloso de su ombligo? ¿y no te das cuenta, al mismo tiempo, de que Johnson es uno de los mayores imbéciles que nos hayan impuesto? estamos enganchados, nos machacan y abofetean estúpidamente. tan estúpidamente que algunos acabamos queriendo a los que nos torturan porque están allí para torturarnos según normas lógicas de tortura. tiene que ser correcto porque es lo único que hay. ¿qué? Santa Anita está ahí. Johnson está ahí. y, de un modo u otro, nosotros los mantenemos ahí. nos construimos nuestros propios hipódromos y aullamos cuando nos arranca los cojones el encargado subnormal que agita la gran cruz de plata (el loro se acabó). que esto explique, pues, por qué algunos, quizás la mayoría, quizás todos nosotros, estamos allí, por ejemplo un día como el 22 de marzo de 1968, de tarde, en Arcadia, California.

fin de la quinta carrera ganada por el caballo doce, Quadrant. el tablero dice 5/2 y yo tengo que ganar como sea. el caballo ganó bien, consiguió pasar a todos los demás en la recta final y entrar solo. he ganado diez y he perdido cuarenta y espero la señal oficial, un 5/2 da entre siete dólares y siete dólares ochenta, así que diez significan de treinta y cinco a treinta y nueve dólares en total. así que pienso que estoy a la par. el caballo estaba el tercero de la lista y no pasó de los 5/2 en toda la apuesta. se encendió en el tablero la cifra oficial:

5:40

allí en el marcador. cinco-cuatro-oooh. lo que queda a medio camino entre 8/5 y 9/5 y no es en absoluto 5/2. a principios de semana, sin previo aviso, el hipódromo dobló el precio de aparcamiento, de 25 centavos a cincuenta. dudo que les hayan doblado los salarios a los empleados del aparcamiento. además ya nos birlan el total de dos dólares en vez de 1,95 por la entrada. ahora, 5,40 dólares. maldita sea. un suave gemido de incredulidad recorrió las gradas y el campo. en mis casi trece mil carreras no había visto nunca caso parecido. el tablero no es infalible. he visto un 9/5 pagar seis dólares, y otras ligeras variantes, pero nunca había visto que un 5/2 pagase cerca de 8/5 ni he visto nunca que un 5/2 bajase de golpe (al final) de 5/2 a cerca de 8/5. habría tenido que haber una cantidad casi increíble de apuestas en el último momento para pasar esto.

el público empezó ¡BUUUU BUUUU! murió. luego empezó otra vez: ¡BUUUUU, BUUUUU, BUUUUU! cada vez que empezaba duraba más. la gente olía a pez podrido y además a codicia.

les habían acuchillado, de nuevo. 5,40 dólares significaba para mí un total de

veintisiete en vez de los posibles treinta y nueve dólares. y no era el único afectado. se sentía a la multitud agitarse, irritada; para muchos de los presentes, cada carrera significaba tener o no tener dinero para el alquiler. comer o no comer, pagar el coche o no pagarlo.

miré hacia la pista y había allí fuera un hombre agitando el programa, señalando el marcador. hablaba evidentemente con un empleado de la pista. luego el hombre agitó el programa hacia la multitud, indicándole que entrasen, que invadiesen la pista. cruzó un hombre saltando la barandilla. la multitud vitoreó. otro encontró la abertura de la puerta de la barandilla. había tres ya. la multitud vitoreaba. la gente iba sintiéndose mejor. salieron más y más, la multitud vitoreaba. se sentían mejor todos. una oportunidad. ¿una oportunidad? algo así. salieron más. debía haber de cuarenta a sesenta y cinco personas por la pista.

el anunciador dijo por el altavoz:

—¡SEÑORAS Y SEÑORES, LES PEDIMOS POR FAVOR QUE DESPEJEN LA PISTA PARA QUE PUEDA EMPEZAR LA SEXTA CARRERA!

la voz no era amable. había diez policías de pista allá abajo con sus uniformes grises de Santa Anita. todos armados. la multiud abucheaba, ¡BUUUUUU!

luego, uno de los de abajo se dio cuenta de que la carrera siguiente era sobre césped. demonios, estaban bloqueando la pista de tierra. la gente avanzó hacia el campo interno de hierba que cierra por dentro la pista de tierra cuando salían los caballos por la entrada. eran ocho caballos dirigidos por el guía, de cazadora roja y gorra negra. la multitud se extendió por la pista.

—POR FAVOR —dijo el anunciador— ¡DESPEJEN LA PISTA! ¡DESPEJEN LA PISTA POR FAVOR! EL MARCADOR NO PUDO REGISTRAR LA ULTIMA BAJADA EN LA APUESTA. ¡EL PRECIO ES CORRECTO!

los caballos avanzaron lentamente hacia la multitud expectante. aquellos caballos parecían muy grandes y nerviosos.

—¿qué coño pasa, Denver? —pregunté a Denver Danny, un tipo que lleva en las carreras mucho más que yo.

—la lectura del marcador es correcta —dijo—. la trampa no está ahí. están registradas todas las apuestas. cuando cerraron las máquinas, el marcador daba 5/2; se encendió de nuevo y entraron las variaciones finales, pero siguió el 5/2. los franceses tienen un dicho: «¿quién va a guardar a los guardias de sí mismos?». como recordarás, Quadrant era ganador seguro en cuanto recorrió un tercio de la recta final. pueden haber pasado muchas cosas. quizás no cerraron las máquinas durante la carrera. en cuanto Quadrant pareció ganador seguro, la dirección pudo dedicarse a meter allí boletos ganadores. otros dicen que pueden tenerse una o dos máquinas abiertas y en uso y cerrar las otras. en realidad no lo sé. lo único que sé es que aquí pasó algo raro y también lo sabe todo el mundo.

los caballos seguían avanzando hacia la gente. el guía y el primer caballo, un monstruo, DESEO DE RICO, con Pierce a la silla, avanzaron hacia la línea de gente

que esperaba. uno de los chicos llamó al policía de pista algo muy sucio y tres de los polis le arrinconaron en la barandilla y le dieron una pasada. la gente se echó encima y le dejaron marchar y corrieron otra vez a sus posiciones frente a los ocupantes de la pista. los caballos seguían avanzando, y se veía claramente que pensaban pasar. era una orden. aquél era el momento: hombres a caballo contra hombres sin nada. dos o tres tipos se tumbaron ante los caballos, delante de la primera fila de gente. esto fue el disparador. la cara del guía se crispó de pronto, se puso tan roja como su cazadora, y agarró al caballo número uno, DESEO DE RICO, por la rienda, espoleó a su caballo y embistió a través de carne humana, a ojos cerrados. el caballo pasó. no sé si le rompió o no la espalda a alguien.

pero el guía se había ganado bien su sueldo. un buen amigo de la dirección. y algunos de los pocos esquiroles de las gradas aplaudieron. pero no había terminado la cosa. unos cuantos agarraron al caballo número uno e intentaron arrancar al jinete de la silla y echarlo al suelo. entonces avanzó la policía. los otros caballos consiguieron pasar, pero la gente retuvo unos minutos al caballo número uno y Pierce estuvo a punto de verse arrancado de la silla. fue la arremetida final de la marea.

estoy seguro de que si hubiesen podido echar abajo a Pierce habrían acabado quemando las gradas y destrozando todo aquello. entretanto, los polis estaban atizando de lo lindo. no sacaron armas pero daba la sensación de que disfrutaban con aquel asunto, sobre todo uno que estuvo un rato pegándole a un viejo en la coronilla, el cuello y por toda la columna vertebral abajo. Pierce consiguió pasar con DESEO DE RICO, un penco de nombre muy apropiado, y el caballo empezó a calentarse para la milla y media en la pista de hierba. los policías se mostraban particularmente violentos y enérgicos y los rebeldes no parecían demasiado interesados en hacerles frente. se había perdido la partida. en consecuencia, se despejó la pista.

el siguiente mensaje que llegó fue:

—¡NO APOSTÉIS NO APOSTÉIS NO APOSTÉIS NO APOSTÉIS!

qué bueno habría sido, ¿eh? ni un dólar para los buitres, aquellos gordos zopencos subnormales vomitados de casas de barrio residencial. demasiado bueno. había ya seis de los grandes en las apuestas mutuas cuando empezaron a gritar «¡no apostéis!» estábamos enganchados, sangrando, cogidos para siempre… nada podíamos hacer sino apostar de nuevo, y otra vez y otra y apechugar con lo que fuese.

había diez polis en la barandilla del campo interior. orgullosos, sudorosos, seguros, se habían ganado un duro jornal. el ganador de la sexta fue Off, que dio nueve a uno y lo pagó. si el marcador hubiese pagado ocho o siete, la pista de Santa Anita no existiría ya.

leí que al día siguiente, sábado, hubo unas cuarenta y cinco mil personas en la pista, más o menos lo normal.

sí, no estuve allí y nadie me echó de menos y corrieron los caballos y yo escribí esto.

marzo 23, las ocho, Los Ángeles, la misma maldita tristeza y ningún sitio a donde

ir.

quizás la próxima vez consigamos agarrar a aquel caballo número uno.

hace falta práctica, un poco de risa y algo de suerte.

*
*   *

este tipo del mono del ejército se me acercó y me dijo, «ahora que ha pasado lo de Kennedy, tendrás algo de qué escribir». se dice escritor, ¿por qué no escribe *él* sobre ese asunto? siempre tengo que recoger sus mierdas y metérselas en un saquito literario. creo que ya tenemos bastantes especialistas en el caso… ésta es la década de eso: la Década de los Especialistas y la Década de los Asesinos. y ninguno de ellos vale un cerote de perro cristalizado. el principal problema de una cosa como el último asesinato es que no sólo perdemos a un hombre de cierto mérito, sino que perdemos también beneficios políticos, espirituales y sociales, y esas cosas *existen*, aunque parezcan tan altisonantes. lo que quiero decir es que en una crisis de asesinato las fuerzas reaccionarias y antihumanas tienden a solidificar sus prejuicios y a utilizar todas las brechas como medios de echar a la Libertad natural del jodido taburete del final de la barra.

no quiero presumir demasiado de estar activamente interesado por la suerte de la humanidad como Camus (ver sus ensayos) porque, en el fondo, la mayor parte de la humanidad me repugna y la única salida *posible* es un concepto totalmente nuevo de la comprensión de la felicidad, la realidad y el flujo de la Educación-Vibración Universal y esto para los niños pequeños que aún no hayan sido asesinados, pero lo serán, os apuesto veinte a uno, porque no se permitirá ninguna idea nueva: sería demasiado destructiva para la pandilla que tiene el poder. no, no soy Camus, pero, queridos, me fastidia ver que los miserables se aprovechan de la Tragedia.

un fragmento de la declaración del gobernador Reagan: «el ciudadano normal, decente, respetuoso de la ley y temeroso de Dios, está tan inquieto y preocupado como tú y como yo por lo sucedido.

»él, y todos nosotros, somos víctimas de una actitud que ha ido asentándose en nuestro país a lo largo de casi una década: una actitud según la cual un hombre puede decidir las leyes que ha de obedecer y las que no, y aplicar la justicia por su mano en pro de una causa, y qué delito no significa castigo necesariamente.

»esta actitud se ha visto alentada por las palabras demagógicas e irresponsables de supuestos dirigentes, unos aún en sus cargos y otros no».

no puedo seguir, Dios mío. es tan terrible, la Imagen-Padre con el cinturón en la mano para zurrarte. ahora el buen gobernador nos quitará los juguetes y nos meterá en la cama sin cenar.

señor señor, *yo* no asesiné a Kennedy, a ninguno de ellos. ni a King, ni a Malcolm X. ni a los demás. pero me parece del todo evidente que a las fuerzas Liberales de Izquierdas las están liquidando una a una; *cualquiera que sea* la razón (la sospecha puede proceder de que trabajó una vez en una tienda de alimentos de régimen y odiaba a los judíos); *cualquiera que sea la razón*, los izquierdistas son asesinados y metidos en sus tumbas mientras que los derechistas ni siquiera se manchan de hierba

la vuelta de los pantalones. ¿no dispararon también además contra Roosevelt y Truman? demócratas. qué extraño.

lo de que los asesinos son enfermos, lo admitiré, y que la Imagen-Padre es también enfermedad, lo admitiré también. me han dicho los temerosos de Dios que he «pecado» porque nací ser humano y en otros tiempos seres humanos le hicieron algo a un tal Jesucristo. yo ni maté a Cristo ni maté a Kennedy, y tampoco los mató el gobernador Reagan. eso nos hace iguales, no le pone a él *por encima*. no veo ninguna razón para perder libertades judiciales o espirituales, por muy pequeñas que sean ya. ¿quién está engañando a quién? si un hombre muere en la cama jodiendo, ¿debemos los demás dejar de copular? si un no ciudadano es un loco, ¿debemos todos los ciudadanos ser tratados como locos? si alguien mató a Dios, ¿quise yo matar a Dios? si alguien quiso matar a Kennedy, ¿quise matar a Kennedy yo? ¿qué hace al gobernador, en concreto, tan justo y a los demás tan pecadores? los escritores de discursos, los no demasiado buenos, además.

un aparte muy curioso: no tenía ninguna razón para cruzar en coche la ciudad el 6 y el 7 de junio y en los distritos negros nueve de cada diez coches llevaban los faros encendidos de día en honor a Kennedy; hacia el norte de la ciudad la proporción descendía hasta el Bulevar Hollywood. y por Sunset entre La Brea y Normandía era uno de cada diez. Kennedy era blanco, amigos. yo soy blanco. mis faros no iban encendidos. sin embargo, pasando entre Exposition y Century, me entraron unos frescos y maravillosos escalofríos que me hicieron sentirme mejor.

pero, como digo, todos, incluido el gobernador, tienen boca, y casi todos sueltan su cuento, engranan sus prejuicios, sacan un beneficio personal de la tragedia. los que agarraron quieren conservar y quieren convencerte de que es malísimo *todo* lo que pueda vaciarles los cajones del oro. yo soy apolítico pero con las artimañas que manejan esos reaccionarios, podría verme jodido y otra vez metido en el juego.

hasta los redactores de deportes entraron en el juego, y, como todo el mundo sabe, los redactores de deportes son lo peor de lo peor en cuanto a escribir y sobre todo en cuanto a pensar. no sé si son peores escribiendo o pensando, pero sea lo que sea lo que quede encima, es una unión que sólo podrá engendrar monstruos ilegítimos y repugnantes. como supongo sabes, la peor forma de humor tiene como instrumento de tortura la exageración extrema. lo mismo la peor forma de pensamiento destinado a proteger el ego y a proteger lo emotivo.

un redactor deportivo de uno de nuestros grandes periódicos no sensacionalistas escribió este fragmento (mientras R. Kennedy estaba en cirugía):

«El Estado Violento de Norteamérica: Una Nación en Cirugía.

»…una vez más Norteamérica la Bella ha recibido un proyectil en la ingle. el país está sometido a una operación quirúrgica. Los Estados Violentos de Norteamérica. Una bala es más poderosa que un millón de votos…

»No es una Democracia, es una Locura. Un país que no se atreve a castigar a sus criminales, a disciplinar a sus niños, a encerrar a sus locos…

»Se elige el presidente de Estados Unidos en una armería, en un catálogo postal…

»Están matando a tiros a la libertad. El "derecho" a asesinar es el derecho supremo de este país. La pereza es una virtud. El patriotismo un pecado. La conservación un anacronismo. Dios tiene más de treinta años. Ser joven es la única religión, como si se tratase de una virtud ganada a pulso. "Decencia" es pies sucios, burlarse del trabajo. "Amor" es algo para lo que se necesita penicilina. "Amor" es darle una flor a un joven desnudo con sabandijas en el pelo mientras tu madre está en casa sentada esperando con el corazón roto. Se "ama" a los extraños, no a los padres.

»Me gusta la gente que tiene visillos en la ventana, no la que vive en cuartuchos. Al próximo tipo que llame al dinero "pasta" deberían pagarle en trigo integral. Estoy harto de que me digan que debo intentar "comprender" el mal. ¿Debe un canario "comprender" a un gato?

»La Constitución no se concibió nunca como escudo de los degenerados. Se empieza quemando la bandera y se acaba quemando Detroit. Se elimina la pena de muerte para todos salvo para los candidatos presidenciales… y los presidentes…

»… los Hombres de Dios se convierten en hombres de la Masa. El Himno Nacional es un grito en la noche. Los norteamericanos no pueden pasear por sus parques, subir en sus autobuses. Tienen que enjaularse.

»"¡Ponte en pie, Norteamérica!" grita la gente, pero se le ignora. Enseña los dientes, dicen. Amenaza con replicar. El león enseña los dientes y los chacales huyen. Un animal acobardado invita al ataque. Pero Norteamérica no escucha.

»…estudiantes neuróticos que apoyan los pies en mesas que serían incapaces de hacer, que destruyen universidades que no sabrían reconstruir.

»…todo empieza con eso, la deificación de los desertores, los vagos, los pusilánimes, insolentes invitados a la mesa liberal de la democracia que la vuelvan sobre sus consternados anfitriones…

»…Quiera Dios que nuestros médicos puedan curar a Bobby Kennedy. ¿Pero quién va a curar a Norteamérica?».

¿necesitáis a este tipo? me lo suponía. demasiado fácil. prosa colorista de pregraduado enfocada sólo desde el punto de vista de la supervivencia de la situación actual. ¿conduce un camión de basura? no te sientas mal, hay trabajos mejores, que se hacen peor.

encerrar a los locos. pero ¿quién *está* loco? todos jugamos nuestro jueguecito, según las posiciones de peones, caballos, torres, rey, reina, ay, qué coño, estoy empezando a hablar como *él*.

y luego tenemos a los comecocos[2], a los pensadores, a los grupos de especialistas, los equipos presidenciales organizados para dictaminar qué nos pasa. quién está loco, quién está alegre, quién está triste, quién tiene razón y quién no. encerrar a los locos cuando cincuenta y nueve de cada sesenta hombres que encuentras en la calle están chiflados, con neurosis industriales y esposas y peleas y no tienen tiempo para pararse un rato y pensar dónde están y por qué, y cuando el

dinero que les ha mantenido en marcha y ciegos tantísimo tiempo, cuando eso ya no sirva, entonces, ¿qué vamos a *hacer*? vamos, muchacho, hay asesinos entre nosotros desde hace mucho. sólo que no era una explosión, era sólo un hombre con la cara como serrín y los ojos como manchas de mierda, hay tantos hombres así y tantas mujeres. Millones.

y pronto tendremos los informes de los equipos de comecocos, que, como los comités de la pobreza que nos decían que algunos hombres se morían de hambre en el piso de abajo, nos contarán que hay también algunos muriéndose de hambre en el de arriba. y luego se olvidará todo hasta el próximo atentado o el próximo suceso trascendental o el próximo incendio urbano, y luego se reunirán otra vez y pronunciarán sus estúpidas y esperadas palabritas, se frotarán las manos y desaparecerán como cerotes retrete abajo. parece, la verdad, que todo les da igual siempre que el gráfico de beneficios se mantenga. y los lindos comecocos, agitando sus ases mágicos, liándonos con palabras, diciendo esto es así porque tu madre tenía un pie deforme y tu padre bebía y una gallina te cagó en la boca cuando tenías tres años y por eso eres homosexual, o tornero. todo menos la verdad: sencillamente que algunos hombres se sienten mal porque la vida es mala para ellos tal como es y que podría mejorarse fácilmente. pero no. los comecocos con sus paparruchas mecánicas que algún día se demostrará que son absolutamente falsas, seguirán diciéndonos que todos estamos locos y se les pagará con creces por hacerlo. lo que pasa sencillamente es que no estamos enfocándolo bien. ¿recuerdas alguna de las canciones?

«cuánta suerte tengo, cuánta,
puedo vivir con lujo
porque tengo el bolsillo lleno de
sueños…».

«es mío el universo
aunque tenga la cartera vacía
porque tengo el bolsillo lleno de
sueños…».

o:
«no más dinero en el banco
no más gente a quien poder dar las gracias
qué le vamos a hacer
oh, qué le vamos a hacer
apaguemos las luces y
a dormir».

lo que no nos *contarán* es que nuestros locos, nuestros asesinos, *salen* de nuestro

modo de vida actual, nuestro buen sistema norteamericano de vivir y morir. ¡Dios, el milagro es que no estamos todos *claramente* locos furiosos; en fin, considerando que hemos sido bastante sombríos hasta aquí, terminemos a la luz de lo fantástico, ya que estamos hablando de locura. recuerdo que estaba yo una vez en Santa Fe hablando, más sencillamente es que no estamos enfocándolo bien. ¿recuerdas alguna de las bien bebiendo, con un amigo mío que era un comecocos de cierto renombre y, entre trago y trago me incliné hacia él y le pregunté:

—dime, Jean, ¿estoy loco? venga, chaval, dímelo de una vez. puedo aguantarlo.

él terminó el trago, lo posó en la mesita y me dijo:

—primero habrás de pagar la consulta.

entonces me di cuenta de que por lo menos uno de los dos estaba loco. el gobernador Reagan y los redactores deportivos de Los Ángeles no estaban allí. y aún no había sido asesinado el segundo Kennedy, pero tuve aquella sensación rara, sentado allí con él, de que no estaban bien las cosas, pero que nada bien, y que no lo estarían, que no lo estarían en por lo menos otro par de miles de años.

y en fin, amigo del mono del ejército, escribe tú lo tuyo…

*

* *

—terminó —dijo él—, han ganado.

—han ganado, han ganado, han ganado —dijo Moss.

—¿y quién ganó el partido? —preguntó Anderson a Moss.

—no sé.

Moss se acercó a la ventana. vio a un norteamericano varón que pasaba. gritó por la ventana:

—eh, ¿quién ganó el partido?

—los Piratas tres dos —contestó el norteamericano varón.

—lo oíste, ¿no? —preguntó Moss a Anderson.

—sí. ganaron los Piratas tres dos.

—¿quién habrá ganado la novena carrera?

—eso lo sé yo —dijo Moss—. Spaceman II. siete a uno.

—¿quién montaba?

—Garza.

se sentaron a tomar su cerveza. no estaban borrachos del todo.

—han ganado —dijo Anderson.

—qué te cuentas, di —dijo Moss.

bueno, pues que como no me agencie una tía en seguida voy a acabar loco.

—el precio es siempre demasiado alto. mejor olvídalo.

—ya sé, ya. pero cómo olvidarlo. empiezo a soñar locuras. que las doy por el culo a las gallinas.

—¿gallinas? ¿funciona?

—en sueños sí.

siguieron trasegando cerveza. eran viejos amigos, treinta y tantos, trabajos de mierda. Anderson, casado una vez, divorciado una vez, dos hijos por ahí. Moss, casado dos veces, divorciado otras dos, un hijo por ahí. era un sábado por la noche, en el apartamento de Moss.

Anderson lanzó al aire haciendo un gran arco una botella de cerveza vacía que aterrizó encima de las otras en el cubo de la basura.

—sabes —dijo—, los hay que, simplemente, no se les dan las mujeres. a mí, por ejemplo, nunca se me dieron demasiado bien. y me fastidia muchísimo todo el asunto. y cuando termina te sientes como si el jodido fueses tú.

—¿quieres tomarme el pelo?

sabes bien lo que quiero decir: tienes la sensación de que te timaron, de que te estafaron. los calzoncillos allí en el suelo con su levísima mancha-mierda estival y ella camino del baño, victoriosa. y tú allí tumbado mirando al techo con la cara fláccida, preguntándote qué coño es aquello, sabiendo que tendrás que escuchar su chachara huera el resto de la noche… y yo tengo una hija también. dime, ¿crees que soy un puritano o un marica, o algo así?

—no, hombre, no. sé lo que quieres decir. sabes, eso me recuerda que una vez, en casa de una tía, la conocía muy poco, un amigo me mandó más o menos allí. aparecí con una botella y le solté diez dólares. no estuvo mal y no me monté ninguna intimidad espiritual, ningún rollo sentimental. la dejé sintiéndome bastante libre, allí mirando al techo, estirado, y esperé a que ella hiciese su excursión al baño. pero ella hurgó bajo del colchón y sacó aquel andrajo y me lo pasó para que me limpiara. se me hundió el corazón. aquel coño de trapo estaba casi tieso. pero yo me hice el duro. busqué una zona blanda y me limpié. me costó trabajo encontrarla. luego usó el trapo *ella*. salí como un tiro de allí. y si quieres llamarle a eso puritanismo, allá tú. llámaselo.

estuvieron callados un rato los dos dándole a la cerveza.

—bueno, no seamos tan cabrones —dijo Moss.

—¿eh? —preguntó Anderson.

—*hay* algunas mujeres buenas.

—¿eh?

—sí, quiero decir cuando todo va bien: yo tuve una amiga, ay Dios, era gloria pura. y ni rollos románticos ni nada parecido.

—¿qué pasó?

—murió joven.

—lástima.

—lástima, sí. casi muero yo también de la borrachera.

siguieron mamando cerveza.

—¿por qué será? —preguntó Anderson.

—¿por qué será qué?

—¿por qué será que estamos de acuerdo en casi todo?

—por eso somos amigos, supongo. eso es lo que significa la amistad: compartir el prejuicio de la experiencia.

—Moss y Anderson. un dúo. actuando en Broadway. los asientos estarían vacíos.

—sí.

(silencio, silencio, silencio) luego:

—la cerveza es cada vez más floja. ya no la hacen como antes.

—sí. Garza. nunca habría apostado por Garza.

—no tiene un porcentaje alto.

—pero ahora que González perdió su penco puede que consiga mejores marcas.

—González, no tiene fuerza ni envergadura suficiente. se le van los caballos en las curvas.

—gana más que nosotros.

—eso no es ningún milagro.

—no.

Moss tiró la botella de cerveza hacia el cubo, erró el tiro.

—nunca fui un atleta —dijo—. Dios, en el colegio siempre me cogían el penúltimo cuando hacían equipos. después de mí iba el idiota subnormal. se llamaba Winchell.

—¿qué fue de Winchell?

—ahora es presidente de una empresa siderúrgica.

—vaya por Dios, hombre.

—¿quieres oír el resto?

—¿por qué no?

—el héroe. Harry Jenkins. está en San Quintín.

—vaya. ¿están en la cárcel los hombres que deben estar o los que no deben?

—ambos: los que deben y los que no deben.

—tú has estado en la cárcel. ¿cómo es?

—lo mismo.

—¿qué quieres decir?

—bueno, es una sociedad del mundo en otro elemento, se gradúan ellos mismos según su actividad. los estafadores no se relacionan con los ladrones de coches. los ladrones de coches no se relacionan con los violadores. los violadores no se rozan con los exhibicionistas. todos los hombres se gradúan según lo que les cazaron haciendo. por ejemplo, el que hace películas porno tiene una graduación bastante alta y el que se metió con un niño la tiene bajísima.

—¿y cómo los gradúas tú a ellos?

—todos igual: cazados.

—sí, claro. ¿cuál es la diferencia entre un tipo que está en chirona y el individuo medio que anda por la calle?

—el que está en chirona es el Perdedor que lo ha *intentado*.

—tú ganas. pero sigo necesitando una tía.

Moss fue a la nevera y sacó más cervezas. se sentó y abrió dos.

—ay, las tías —dijo—. hablamos como chavales de quince años. sencillamente no puedo andar ya detrás del asunto. no soporto todos los aburridos preámbulos, todas esas minucias. hay hombres que tienen una especie de don natural. pienso en Jimmy Davenport. Dios, qué tipejo vanidoso de mierda era, pero las mujeres sencillamente le adoraban. y como persona era un monstruo horrible. después de jodérselas solía ir a la nevera y mearles en los cuencos de ensalada y en las bolsas de leche; en donde podía. le parecía muy divertido. y ella salía y se sentaba, con los ojos destilando amor por aquel bastardo. me llevaba a las casas de sus chicas para enseñarme cómo lo hacía, e incluso me dejaba probar, un poco de vez en cuando, y por eso iba allí a verlo. pero parece que las mujeres más guapas andan siempre detrás de los mierdas más horribles, los farsantes más descarados. ¿o sólo tengo envidia, tengo la visión deformada?

—tienes toda la razón, hombre. la mujer ama al mentiroso por lo bien que miente.

—bueno, entonces, suponiendo que esto sea verdad, que la mujer procrea con el falsario, ¿no destruye esto una ley de la naturaleza? ¿no destruye la ley de que el fuerte se une con el fuerte? ¿qué clase de sociedad nos da esto?

—las leyes de la sociedad y las de la naturaleza son distintas. tenemos una sociedad antinatural. por eso estamos a punto de irnos al carajo. intuitivamente, la mujer sabe que el farsante sobrevive en nuestra sociedad, y por eso le prefiere. a ella sólo le interesa tener hijos y criarlos con seguridad.

—¿quieres decir entonces que la mujer nos ha conducido al borde del infierno en el que hoy estamos?

—la palabra para eso es «misógino».

—y Jimmy Davenport es Rey.

—¿rey de los Meones? las tías nos han traicionado y sus huevos atómicos se amontonan alrededor nuestro…

—llámale «misoginia».

Moss alzó la botella de cerveza:

—¡por Jimmy Davenport!

Anderson alzó la suya:

—¡por Jimmy Davenport!

vaciaron las botellas. Moss abrió otras dos.

—dos viejos solitarios echando la culpa a las mujeres…

—en realidad, somos un par de mierdas —dijo Anderson.

—sí.

—oye, ¿seguro que no conoces a un par de tías? —puede.

—¿por qué no pruebas?

—eres un pesado —dijo Moss. luego, se levantó y fue al teléfono, marcó un

número. esperó.

—¿Shareen? —dijo—. oh sí, Shareen… Lov… Lov Moss… ¿te acuerdas? la fiesta de Avenida Katella. en casa de Lou Brinson… una noche terrible, sí, *sé* que estuve muy desagradable pero lo pasamos bien, ¿recuerdas? siempre me gustaste, es la cara, creo que es la cara, ese perfil tan clásico. no. sólo un par de cervezas. ¿qué tal Mary Lou? Mary Lou es buena persona. es que tengo un amigo. ¿qué? da clases de filosofía en Harvard. en serio. pero es un tipo muy normal… ¡ya sé que Harvard es una facultad de derecho! pero qué demonios, también tienen Kants como él por allí! ¿qué? un Chevrolet del 65. acabo de hacer el último pago. ¿cuándo? ¿aún tienes aquel vestido verde del maldito cinturón que te queda colgando por el rabo? no me burlo. es muy sexy. y bonito. sigo soñando contigo y con las gallinas. ¿qué? es un chiste. ¿qué me dices de Mary Lou? de acuerdo, vale. pero dile que este chico es muy educado. tipo muy listo. algo tímido. ya entiendes… oh, un primo lejano. de Maryland. ¿qué? ¡bueno, demonios, yo tengo una familia *poderosa*! ah, sí, ¿de veras? vaya, qué graciosa eres. en fin, está en la ciudad y libre. ¡no, claro que no está casado! ¿por qué iba a mentir? no, sigo pensando en ti… aquel cinturón colgando… sé que suena un poco rancio… clase. tienes mucha clase. seguro, radio y calentador. ¿el Strip? allí ahora no hay más que crios. ¿y por qué no compro una botella…? de acuerdo, perdona, no, no quiero *decir* que seas vieja. demonios, ya me conoces, ya sabes que soy un bocazas. no, habría llamado pero me mandaron fuera de la ciudad. ¿qué edad? tiene treinta y dos pero parece más joven. creo que tiene una especie de beca. se va pronto a Europa. a dar clases en Heidelberg. que sí, que es verdad. ¿a qué hora? de acuerdo, Shareen. hasta la vista, querida.

Moss colgó. se sentó. cogió de nuevo su cerveza.

—tenemos una hora de libertad, profesor.

—¿una hora? —preguntó Anderson.

—una hora. tienen que empolvarse los coñitos, y demás, ya sabes cómo son esas cosas.

—¡por Jimmy Davenport! —dijo el profesor de Harvard.

—por Jimmy Davenport —dijo el troquelador.

apuraron las botellas.

*

*   *

sonó el teléfono.

estaba sentado en la alfombra. arrastró hasta el suelo todo el teléfono tirando del cable. luego descolgó. se oía un sonido.

—¿diga? —dijo.

—¿McCuller?

—¿sí?

—son ya tres días.
—¿de qué?
—de no venir a trabajar.
—es que estoy haciendo una Botella de Leyden.
—¿qué es eso?
—un aparato para almacenar electricidad estática que inventó Cuneo de Leyden en 1746.

colgó el teléfono y luego lo tiró al otro extremo de la habitación. quedó descolgado. terminó la cerveza y entró a cagar. se puso los pantalones y volvió a la otra habitación.

—¡DA DA! —cantó,
—DA DA
DA DA
¡DA DA DA DA!

le gustaba T. Brass de Herb A. Dios, qué amarga melancolía.

—RA DA
RA DA
RA DA DA DA…

cuando se sentó en el centro de la alfombra, allí estaba su hija de tres años y medio. él se tiró un pedo.

—¡eh! ¡te has tirado un PEDO! —dijo ella.
—¡ME TIRÉ UN PEDO! —dijo él.
los dos se echaron a reír.
—Fred —dijo ella.
—¿sí?
—tengo que contarte una cosa.
—suéltala.
—a mamá le sacaron toda aquella mierda del culo.
—¿sí?
—sí, aquellas personas andaban en su culo con los dedos y le sacaron toda aquella mierda de allí.
—¿pero por qué dices eso? sabes que no pasó.
—sí, pasó, *¡pasó!* ¡lo *vi* yo!
—tráeme una cerveza.
—vale.
fue corriendo a la otra habitación.

—RA DA
cantó él,
RA DA
RA DA
¡RA DA DA DA!

volvió su hija con la cerveza.

—cariño —dijo él—, quiero contarte una cosa.

—de acuerdo.

—el dolor es ahora casi *absolutamente* total. cuando sea absolutamente total, ya no podré aguantarlo.

—¿por qué no te pones azul como yo? —preguntó ella.

—ya estoy azul.

—¿por qué no te pones azul como yo y como las flores?

—lo intentaré —dijo él.

—vamos a bailar «El hombre de la Mancha» —dijo ella.

él puso «El hombre de la Mancha», bailaron, él dos metros de altura y ella más o menos un tercio o un cuarto del tamaño de él. bailaban independientemente, con movimientos distintos, muy serios, aunque a veces se reían a la vez.

el disco se paró.

—Marty me pegó —dijo ella.

—¿qué?

—sí, Marty y mamá estaban abrazándose y besándose en la cocina y yo tenía sed y le pedí a Marty un vaso de agua y no quiso dármelo y entonces yo lloré y Marty me pegó.

—¡tráeme una cerveza!

—¡una cerveza! ¡cerveza!

él se levantó y se acercó el teléfono y lo colgó, en cuanto lo hizo, sonó.

—¿señor McCuller?

—¿sí?

—ha caducado el seguro de su automóvil, su nueva cuota es de doscientos cuarenta y ocho dólares anuales a pagar por adelantado, ha tenido usted tres multas de tráfico, consideramos cada infracción equivalente a un accidente de automóvil…

—¡mierda!

—¿qué?

—un accidente de automóvil le cuesta a usted dinero; una supuesta infracción me cuesta dinero a mí. y los muchachos de las motos, que nos protegen de nosotros mismos, tienen una cuota de dieciséis a treinta multas al día que cumplimentar para pagar sus casas, sus coches nuevos y ropa y baratijas para sus mujeres clase media baja, guárdese sus cuentos, he dejado de conducir, tiré el coche por el muelle anoche, sólo lamento una cosa.

—¿el qué?

—que yo no estuviese dentro de aquel jodido coche cuando se hundió.

McCuller colgó y cogió la cerveza que le había traído su hija.

—doncellita —dijo—, ojalá que algunas de tus horas sean menos duras que las mías.

—te quiero mucho, Freddie —dijo ella.

y le rodeó con sus brazos pero los brazos no podían rodear su cuerpo por completo.

—¡te aprieto! ¡te quiero! ¡te aprieto!

—¡yo te quiero también, doncellita!

la abrazó y la apretó. ella resplandecía, resplandecía. si hubiese sido un gato habría ronroneado.

—ay, ay, qué mundo extraño —dijo él—. lo hemos conseguido todo pero no podemos tenerlo.

se agacharon y se pusieron a jugar en el suelo a un juego llamado CONSTRUYE UNA CIUDAD. hubo cierta discusión sobre dónde estaban las vías férreas y a quién se permitía utilizarlas.

luego sonó el timbre. él se levantó y abrió la puerta. su hija les vio.

—¡mamá! ¡Marty!

—coge tus cosas querida, tenemos que irnos.

—¡yo quiero estar con Freddie!

—te he dicho que cojas tus cosas.

—¡pero yo quiero estar con Freddie!

—¡no voy a repetírtelo! ¡coge tus cosas o te pegaré en el culo!

—¡Freddie, diles *tú* que quiero quedarme!

—ella quiere quedarse.

—estás borracho otra vez, Freddie. ¡te dije que no quería que bebieras estando con la niña!

—¡bueno, *tú* estás borracha!

—no la llames borracha, Freddie —dijo Marty encendiendo un cigarrillo—. no me gustas nada. siempre me pareciste medio marica.

—gracias por decirme lo que piensas que soy.

—no la llames borracha, Freddie, o las llevas…

—un momento, tengo que enseñarte algo.

Freddie entró en la cocina, cuando salió cantaba:

—RA DA
RA DA
¡RA DA DA DA!

Marty vio el cuchillo de carnicero.

—¿qué te propones hacer con ese chisme?

—te lo voy a meter por el culo.

—claro, hombre, pero quería decirte algo. la chica de la oficina de la compañía telefónica me llamó y dijo que me desconectarían el servicio porque no se habían pagado las últimas facturas. yo le dije que me gustaría echarle un polvo y colgó.

—¿y qué?

—quiero decir que yo *también* puedo desconectar.

Freddie actuó muy rápido. la rapidez fue una magia quieta. el cuchillo de

carnicero tajó cuatro o cinco veces el cuello de Marty antes de que éste cayera de espaldas, escaleras abajo…

—Dios mío… no me mates, no me mates, por favor.

Freddie volvió a la otra habitación, tiró el cuchillo en la chimenea y se sentó de nuevo en la alfombra. su hija se sentó con él:

—ahora podemos acabar el juego.

—claro.

—ningún coche en la vía del tren.

—no, demonios, la policía nos detendría.

—y no queremos que la policía nos detenga,¿verdad?

—je je.

—Marty es todo sangre, ¿verdad?

—claro que lo es.

—¿es de eso de lo que estamos hechos?

—principalmente.

—¿principalmente qué?

—principalmente sangre y huesos y dolor.

siguieron sentados allí jugando a «Construye una Ciudad». se oían las sirenas, una ambulancia, demasiado tarde. tres coches patrulla. pasó caminando un gato blanco, miró a Marty, alzó la nariz, salió corriendo. una hormiga empezó a subir por la suela de su zapato izquierdo.

—Freddie.

—¿qué?

—quiero decirte una cosa.

—dila.

—aquella gente le andaba a mamá en el culo, y le sacaban toda aquella mierda de allí con los dedos…

—vale, te creo.

—¿dónde está mamá ahora?

—no sé.

andaba mamá recorriendo las calles arriba y abajo contándoselo todo a los vendedores de periódicos y a los dependientes de las tiendas de ultramarinos y a los camareros y a los subnormales y a los sádicos y a los motoristas y a los comedores de sal y a los ex-marineros y a los haraganes y golfos y tramposos y a los lectores de Matt Weinstock, y aquí y allá, y el cielo era azul y el pan estaba envuelto y por primera vez en años los ojos de aquella mujer eran vivos y bellos. pero sin duda la muerte era aburrimiento, la muerte era sin duda un latazo y ni siquiera los tigres y las hormigas sabrían nunca cómo y el melocotón chillaría un día.

*

*   *

todos los ríos crecerán, y sin embargo la cosa anda mal. los maestros te atizan con reglas y los gusanos se comen el trigo; están montando ya las ametralladoras en los trípodes y los vientres son blancos y los vientres son negros y los vientres son vientres. sí, pegan a los hombres por el simple placer de *pegar*; los juzados son sitios donde el final se escribe al principio, y todo lo que precede a eso es simple comedia. llevan a los hombres a habitaciones para interrogarles y salen medio hombres o ya ni hombres siquiera en absoluto. algunos tienen puestas en la revolución sus esperanzas, pero cuando te revelas e instauras tu nuevo gobierno descubres que tu nuevo gobierno es aún el mismo buen Papá de siempre. sólo que con una máscara de cartón. los muchachos de Chicago desde luego cometieron un error metiéndose con los grandes muchachos de la prensa; al atizarles así en la cabeza podrían ponerse a pensar y la gran prensa (aparte del antiguo *New York Times* y de algunas ediciones de *The Christian Science Monitor*) dejó de pensar cuando se declaró la primera guerra mundial, puedes machacar tranquilamente a OPEN CITY por publicar una porción normal del cuerpo humano pero si le atizas una patada en el culo al que escribe editoriales en un periódico de circulación millonaria, cuidado. ándate con ojo, podría empezar a escribir la verdad sobre Chicago y sobre todo lo demás, pese a los anunciantes. quizás sólo pudiese escribir una columna, pero esa columna podría (para variar) hacer pensar a millones de lectores y nadie sabe lo que podría pasar entonces. de todos modos, bien echado está el cierre: darte a elegir entre Nixon y Humphrey es como darte a elegir entre mierda caliente y mierda fría.

y las cosas no cambian gran cosa en ningún sitio. el asunto de Praga ha desanimado a muchos chicos que se habían olvidado de Hungría, andan por los parques con el ídolo Che, con fotos de Castro en sus amuletos, ahí van OOOOOOOOOOOMMMMM OOOOOOOOOMMMMMMMM, bajo los auspicios de William Burroughs, Jean Genet y Allen Ginsberg. esos escritores están liquidados, suavizados, atontados, agilipollados, afeminados (no amariconados sino afeminados) y si yo fuese un poli qué ganas me darían de machacar sus cerebros podridos. colgadme por eso si queréis. el escritor de la calle está dejando a los imbéciles chuparle la polla del alma. sólo hay un lugar para escribir, SOLO ante una máquina. el escritor que tiene que irse *a la* calle es un escritor que no conoce la calle. he visto suficientes fábricas, prostíbulos, cárceles, bares, oradores de parque, para cubrir cien vidas de cien hombres. ir a la calle cuando tienes un NOMBRE es elegir el camino fácil. con su AMOR, su whisky, su idolatría, su coño, mataron a Thomas y a Behan y medio asesinaron medio centenar más. CUANDO DEJAS TU MÁQUINA DEJAS TU AMETRALLADORA Y LAS RATAS INVADEN. cuando Camus empezó a hacer discursos en las academias, murió su fuerza de escritor. Camus no empezó como orador, sino como escritor; no fue un accidente de automóvil lo que le mató, no.

cuando alguno de mis pocos amigos pregunta: «¿por qué no das lecturas de poesía, Bukowski?» no entienden simplemente por qué les digo «no».

y en fin, tenemos lo de Chicago y lo de Praga, sí, y no es distinto de como siempre ha sido. al pequeño le darán en el culo y cuando (y si) el pequeño se hace grande, dará en el culo también él. preferiría de presidente a Cleaver que a Nixon pero de todos modos no es gran cosa. lo que esos revolucionarios de mierda que vienen a mi casa a beber mi cerveza y a comer lo que tengo y a exhibir sus mujeres deben aprender es que la cosa debe ir de dentro afuera. no puedes simplemente darle a un hombre un gobierno nuevo como un sombrero nuevo y esperar que sea un hombre distinto dentro de ese sombrero. seguirá teniendo las mismas tendencias pijoteras, la barriga llena y un equipo completo de Dizzy Gillespie no van a cambiar eso. son muchos los que juran que hay una revolución en marcha pero me jodería mucho ver que los matan a todos por nada. atiende, puedes matar a la mayoría de la gente sin matar nada, pero habrán muerto inevitablemente algunos hombres buenos. y luego, tendrás esto: gobierno sobre el pueblo. un nuevo dictador con piel de cordero. la ideología era sólo un medio de mantener la lucha en marcha.

la otra noche me dijo un tipo (estaba sentado en el centro de la alfombra, muy espiritual y muy maravilloso):

—voy a abrir todas las alcantarillas. ¡toda la ciudad flotará en cerotes!

bueno, el chico me había soltado ya cagadas suficientes como para enterrar en mierda a toda la ciudad de Los Ángeles y mitad de camino a Pasadena.

luego dijo: «¿me das otra cerveza, Bukowski?».

su puta cruzó las piernas y me enseñó un relampagueo de braga rosa, así que me levanté y le di al chico una cerveza.

sí, revolución suena como muy romántico. pero no lo es. es sangre y tripas y locura; es niños asesinados por interponerse en el camino, niños que no entienden qué coño pasa. es tu puta, tu mujer con el vientre abierto de un bayonetazo y violada luego ante tus ojos. es hombres torturando a hombres que antes reían con los dibujos del ratón Mickey. antes de meterte en ese asunto, determina dónde está el espíritu y dónde estará cuando todo termine. no estoy de acuerdo con Dos (CRIMEN Y CASTIGO) en lo de que ningún hombre tiene derecho a disponer de la vida de otro. pero no vendría mal pensárselo un poco primero. por supuesto, lo malo es que ellos han estado quitándonos la vida sin disparar un tiro. también yo trabajé por sueldos de miseria mientras un pez gordo violaba vírgenes de catorce años en Beverly Hills. he visto cómo le quitaban a un hombre su trabajo por tardar cinco minutos más de los normal en salir del retrete. he visto cosas de las que ni siquiera quiero hablar. pero antes de matar algo asegúrate de que tienes algo mejor con que sustituirlo; algo mejor que oportunistas políticos que sueltan palabrería de odio en el parque público. si tienes que pagar un dineral, busca algo mejor que una garantía de treinta y seis meses. hasta ahora sólo he visto ese anhelo emocional y romántico de Revolución; no he visto ni un dirigente sólido ni una plataforma realista que aseguren CONTRA la traición que hasta ahora siguió luego siempre. si he de matar a un hombre, no quiero verle sustituido por una copia fiel del mismo hombre y el mismo sistema. hemos

malgastado la historia como una pandilla de borrachos jugando a los dados en los retretes del bar del barrio. me da vergüenza ser miembro de la especie humana pero no quiero añadir nada a esa vergüenza, quiero raspar y quitar un poquito de ella.

está bien hablar de Revolución con la barriga llena de cerveza ajena y viajando con una chica de dieciséis años de Grand Rapids escapada de casa; está muy bien hablar de Revolución mientras tres escritores gilipollas de fama mundial te tienen bailando el juego del OOOOOOOOMMMMMMM; pero hay que hacer otras cosas para conseguir que llegue eso; han de pasar más cosas. París, 1870-71, veinte mil personas asesinadas en las calles, las calles rojas, tanto como si hubiese llovido sangre, y las ratas que salen y devoran cadáveres, y gente hambrienta, sin saber ya qué significa aquello, que sale y arranca las ratas de los cadáveres y se las come. y, ¿*dónde* está París esta noche? ¿y *qué* es París esta noche? mi camarada va a añadir una cagada a esto y sonríe. bueno, tiene veinte años y prácticamente sólo lee poesía y la poesía no es más que una bayeta húmeda en el fregadero.

y la yerba. siempre equiparan la yerba a la revolución. la yerba simplemente no es tan *buena*. por amor de Dios, si legalizasen la yerba, la mitad de la gente dejaría de fumarla. la Prohibición creó más borrachos que las verrugas de la abuela. la cuestión es que no puedes hacer lo que quieres. ¿quién quiere joder todas las noches con su mujer? o, en fin, aunque sea una vez a la semana…

hay muchas cosas que me gustaría hacer. me gustaría, en primer lugar, impedir que se nombraran candidatos presidenciales tan *feísimos*. luego, cambiaría los museos. no hay nada tan deprimente y tan absolutamente *apestoso* como un museo. nunca entenderé por qué no es mayor el porcentaje de chicas de tres años asaltadas en escaleras de museos. en primer lugar, instalaría por lo menos un bar en cada planta. habría para pagar todos los salarios y daría para la regeneración y salvación de algunos de los cuadros y del tambaleante tigre colmilludo cuyo ojo del culo empieza a parecer más que nada un bolsillo lateral de ocho bolas. luego pondría una banda de rock, una banda de swing y una orquesta sinfónica en cada planta, más tres o cuatro mujeres de buen ver para andar por allí y hacer bonito. uno no aprende nada ni ve nada si no vibra. la mayoría contempla el trasero de ese tigre colmilludo detrás de ese cristal caliente y siguen su camino sin más, algo más avergonzados y algo más aburridos.

pero os imagináis a un tipo y a su mujer, con una cerveza en la mano cada uno, mirando al tigre colmilludo y diciendo:

—¡hostias, viste qué colmillos! ¿verdad que casi parece un elefante?

—ay, querido —diría ella—, ¡vámonos a casa a hacer el amor!

—¡ni hablar! —diría él—. tenemos que bajar antes al sótano a ver ese avión de 1917. dicen que lo pilotó el propio Eddie Rickenbacker. le pagaron mil setecientos. además, creo que tienen abajo a los Pink Floyd.

pero los revolucionarios quemarán el museo. creen que quemando se soluciona todo. pueden quemar hasta a su abuela si no corre bastante. y luego se dedicarán a

buscar agua o a alguien que sepa operar del apéndice o que pueda impedir a los que de veras están locos que les corten el cuello mientras duermen, y van a ver cuántas ratas viven en la ciudad. no ratas humanas sino ratas ratas. y descubrirán que la rata es el último bicho que se ahoga, que arde, que se muere de hambre; es el primer bicho que encuentra comida y agua porque lleva siglos encontrándolas sin que nadie le ayude. las ratas son los verdaderos revolucionarios; las ratas son el verdadero *underground*, pero a ellas les da igual tu culito salvo quizás para meterle el diente, y tampoco les interesa el OOOOMMMM.

no quiero decir que haya que renunciar. estoy a favor del auténtico espíritu humano, esté donde esté, donde se haya escondido, sea lo que sea. pero cuidado con los farsantes que lo pintan todo de color de rosa y te dejan en la estacada con cuatro polis feroces y ocho o nueve muchachos de la guardia nacional y sólo tu ombligo por última oración. esos que gritan exigiendo tu sacrificio en los parques públicos suelen ser los que primero se largan en cuanto empieza el tiroteo. quieren vivir y escribir sus memorias.

antes era la cosa religiosa. no la farsa de la iglesia grande, que era un latazo. todos se aburrían, hasta el predicador. sino los sitios pequeños, que eran como tiendas, pintados de blanco. Dios, cómo tiraban de uno. yo entraba borracho y me sentaba allí a mirar. sobre todo cuando me echaban de los bares. para qué ir a casa a torturarse. los mejores tinglados religiosos estaban en Los Ángeles. seguían Nueva York y Filadelfia. aquellos predicadores eran unos artistas, amigo. casi me hacían rodar por el suelo también. la mayoría de aquellos predicadores andaban de resaca, con los ojos inyectados en sangre, necesitaban más dinero para poder beber, o puede que incluso para una picada, en fin, cualquiera sabe.

casi a punto estuvieron de hacerme rodar por el suelo y yo estaba frío y bastante cansado. era mejor que una mujer aunque sólo te cazase a medias. quiero dar las gracias a esos chicos, negros la mayoría, por algunas noches entretenidas; creo que si alguna vez escribí poesía en serio, quizás se la robara a ellos, *en parte*.

pero ahora se esfuma ese juego. dios, sencillamente, no pagaba el alquiler ni aportaba la botella de vino, por mucho que gritaran o ensuciaran sus últimos andrajos rodando por el suelo. dios decía ESPERA y es duro esperar con la tripa vacía y ya el alma no se siente tan bien y quizás no pases ya de los cincuenta y cinco. y la última vez que Dios apareció fue hace ya casi dos mil años y no hizo más que unos cuantos trucos baratos de prestidigitador, dejó que unos cuantos judíos le liaran y luego se largó. uno acaba cansado de sufrir. los propios dientes de la propia boca no bastan para matarle a uno ni la misma mismísima mujer en la misma mismísima pequeña habitación.

los liantes religiosos están uniéndose a los liantes revolucionarios y uno ya no puede diferenciar, hermanos, culo de coño. tened en cuenta esto, y tendréis un principio. escuchad muy atentos y tendréis un principio. si os lo tragáis todo, quedaréis liquidados. dios se bajó del árbol, se llevó la serpiente y la tía buena del

Edén y ahora tenemos a Carlos Marx tirando manzanas de oro desde el mismo árbol, sobre todo maquillado de negro.

si hay una lucha, y creo que la hay, que la ha habido siempre, y que es la de los van Gogh y los Mahler, la de los Dizzy Gillespie y los Charley Parker, entonces, por favor, tened cuidado con vuestros caudillos, pues hay demasiados individuos en vuestras vidas que preferirían ser presidentes de la General Motors a quemar la gasolinera de la esquina. sólo que como no pueden conseguir una cosa, van a por la otra. son las ratas humanas de siempre, que nos han retenido donde estamos. es Dubcek que vuelve de Rusia mediohombre, aterrado por la muerte psíquica. el hombre ha de aprender al fin que es mejor morir mientras le cortan lentamente las bolas que vivir de cualquier otro modo. ¿estupidez? no más estupidez que el mayor de todos los milagros. pero si estás cogido en la trampa, no olvides nunca qué es lo que estás haciendo, exactamente, o el alma se hundirá. Casanova acostumbraba a meter los dedos, las manos, por debajo de los vestidos de las damas mientras en el patio del rey despedazaban hombres; pero él también murió, y sólo era un tipo de gran polla y gran lengua y sin valor alguno. decir que vivió bien es cierto; y lo es también que yo podría escupir sobre su tumba sin el menor reparo. las señoras suelen irse detrás de los más tontos. por eso la raza humana está donde está hoy: hemos engendrado astutos y sempiternos Casanovas, todos huecos por dentro, como los huevos de Pascua de chocolate que damos a nuestros pobres niños.

el nido de las artes como los nidos de los revolucionarios está lleno de unos insensatos de lo más increíble cubiertos de piojos, que buscando solaz cocacolesco porque ni pueden encontrar trabajo como lavaplatos ni pintar como Cézanne. si el molde no te admite, sólo cabe rezar o trabajar por otro molde nuevo. y si descubres que ese molde no te srive, ¿por qué no otro entonces? todo el mundo contento, seguro en su camino.

sin embargo, pese a que soy tan viejo, me satisface mucho vivir en esta época segura. EL HOMBRE CORRIENTE SE HA CANSADO YA DE TANTO CUENTO. está ocurriendo en todas partes. Praga. Watts. Hungría. Vietnam. no es el gobierno. es el Hombre contra el gobierno. es el Hombre que no permite ya que le engañen con unas Navidades blancas con la voz de Bing Crosby y unos huevos de Pascua teñidos que hay que esconderles a los chicos que deben TRABAJAR PARA ENCONTRARLOS. de futuros presidentes de Norteamérica cuyos rostros en las pantallas de televisión te hacen salir corriendo al baño para vomitar.

me gusta esta época. me gusta esta sensación. los jóvenes han empezado al fin a pensar. y cada vez son más los jóvenes. pero en cuanto consiguen un ariete de sus sentimientos, perece asesinado. los viejos y los atrincherados están muertos de miedo. saben que la revolución puede llegar a través de las urnas a la manera norteamericana. podemos matarlos sin un tiro. podemos liquidarlos simplemente siendo más reales y humanos y no votando mierdas. pero qué listos son. ¿qué nos ofrecen? Humphrey o Nixon. como dije, mierda fría, mierda caliente, todo es mierda.

lo único que ha impedido que me asesinasen a mí es que soy mierda pequeñita, no tengo ninguna política. observo. no tengo bando, salvo el bando del espíritu humano, que, en fin, parece en el fondo muy superficial, cuento de charlatán, pero que significa sobre todo *mi* espíritu, que significa el *tuyo* también, porque si no estoy de veras vivo ¿cómo podré verte?

sí amigo, me gustaría ver un buen par de zapatos en todo hombre que anda por la calle y ver que todos se consiguen una buena tía y que, además, pueden llenarse el buche de comida. dios, eché mi último polvo en 1966 y llevo meneándomela desde entonces. y, ay, no hay paja comparable al agujero de la maravilla.

son duros estos tiempos, hermano, y no sé exactamente qué decirte. soy blanco, pero he tenido que llegar a admitir (no confiéis demasiado en la capa de pintura) que los blancos son blandos y a mí tampoco me gusta la mierda blanda. pero he visto que muchos de vosotros, negros, sois capaces también de hacerme ir vomitando de Venice Este a Miami Beach. no tiene piel el Alma. el alma tiene sólo entrañas que quieren CANTAR, por fin, ¿es que no oís, hermanos? muy suave, ¿no oís, hermanos? una buena tía y un cadillac nuevo no resolverían nada. Popeye estará al quite, y tu próximo presidente será Nixon. Cristo se escurrió de la Cruz y ahora estamos clavados nosotros en esa cabrona, blancos y negros, negros y blancos, todos bien clavados.

nuestra elección casi no es elección. si vamos muy deprisa estamos listos. si no vamos deprisa estamos liquidados. éste no es nuestro juego. ¿cómo cagar con dos mil metros de corcho cristiano metidos por el culo?

para aprender, no leas a Carlos Marx. es mierda ya muy seca. aprende, por favor, el espíritu. Marx es sólo tanques cruzando Praga. no te dejes cazar así, por favor. en primer lugar, lee a Céline. el mejor escritor en dos mil años. incluye, por supuesto, *EL EXTRANJERO* de Camus. *CRIMEN Y CASTIGO. LOS HERMANOS*. Kafka entero. todas las obras del escritor desconocido John Fante. los cuentos cortos de Turgueniev. evita a Faulkner, Shakespeare y sobre todo a George Bernard Shaw, la fantasía más pomposa de todos los TIEMPOS, una auténtica mierda con conexiones políticas y literarias de lo más increíble. el único más joven que se me ocurre con carretera pavimentada delante y beso en el culo si hace falta fue Hemingway, pero la diferencia entre Hemingway y Shaw es que Hem escribió algunas cosas buenas al principio y Shaw escribió siempre mierda.

en fin, aquí estamos mezclando Revolución y Literatura y las dos ajustan. ajusta todo de una manera u otra. pero ya me he cansado, lo dejo hasta mañana.

¿estará el Hombre esperando a mi puerta?

¿a quién le importa?

ojalá que con esto se te derrame el té.

*

*   *

¿es así como termina todo? ¿Muerte que entra por la nariz en Todas Partes? qué barato. qué plagio. qué brutal… una hamburguesa cruda que apesta olvidada en el horno.

vomitó por encima del pecho, demasiado enfermo para moverse.

nunca mezcles pastillas y whisky. no era ninguna broma, amigo.

podía sentir el alma flotar allí fuera desde abajo, desde su cuerpo. podía sentirla allí colgando como un gato, los pies clavados en los muelles.

¡vuelve, cabrona! le dijo.

pero su alma soltó una carcajada. me has tratado demasiado mal durante demasiado tiempo, amigo. tienes lo que mereces.

eran más o menos las tres de la mañana.

en su caso, no era la muerte lo importante. en su caso, lo importante eran las partes sueltas y sin resolver que se dejaba: una niña de cuatro años en algún campamento hippy de Arizona. calzoncillos y calcetines tirados por el suelo. platos por el suelo. un coche sin pagar, facturas del gas, facturas de la luz, facturas del teléfono, y partes suyas abandonadas por casi todos los estados de la Unión. partes suyas dejadas en coños sin lavar de tantas putas. partes suyas dejadas en astas de banderas y salidas de incendios, en solares vacíos, en cursos para la comunión de la Iglesia Católica, en celdas carcelarias, barcos; partes suyas tiradas en vendas y tiritas por las alcantarillas. partes suyas dejadas en los despertadores que se tiran, en zapatos tirados, en mujeres tiradas, en amigos tirados…

era tan triste, tanto, tan tristísimo, ¿quién podía disipar la tristeza, dadas las circunstancias? no podía nadie, no. no había manera. nadie podía hacerlo ni nunca lo había hecho. sólo cabía intentarlo y ponerse más triste que la tristeza misma porque no había camino que te llevara a casa.

de nuevo vomitó, luego se quedó quieto. oía chillar los grillos. grillos en Hollywood. en el Bulevar Sunset. los saludables grillos: no tenía más que aquello.

todo acabó, Dios mío, se decía.

se acabó, hermano, sí, dijo su alma.

pero quiero ver otra vez a mi hijita, le dijo él a su alma.

¿tu hijita otra vez? ¡qué artista eres tú! ¡no eres un *hombre*! ¡eres blando!

soy blando, contestó a su alma, tienes razón, soy blando, sí.

había agotado ya todas las curas. no servía la cerveza. ni el agua siquiera. ni pastillas, ni pico ni hasch ni yerba ni amor ni sonido (sólo grillos) ni siquiera esperanza (sólo grillos) ni siquiera una cerilla para prender fuego a aquel sitio de mierda.

entonces se puso peor.

empezó a sonar en su cabeza una y otra vez la misma melodía:

—harías mejor cuidando tu negocio, Mister Business.

«mientras puedas aún…».

y eso era. la misma melodía una vez y otra y otra y otra:

—harías mejor cuidando tu negocio, Mister Business.

«mientras puedas aún…».

—harías mejor cuidando…

—harías mejor…

—harías…

con un esfuerzo extraído sólo de la locura de espacio (¿quién puede disipar la tristeza? no puede nadie). se incorporó y encendió la lamparita de arriba, que era por entonces sólo una bombilla, pues la pantalla se había roto hacía mucho (¿quién puede disipar la tristeza?) y cogió una postal sacada del buzón unos días antes, y la postal decía:

«Querido: te felicitamos empapados en cerveza alemana y Schnapps, en cristal de colores, esperando…».

el texto se disolvía en el garrapateo torpe y zafio de los muchachos ricos que viven sin problemas y sin necesidad de un excesivo ingenio o de coraje.

decía algo de salir para Inglaterra al día siguiente. los poemas llegan lentamente. demasiada grasa, pocas visitas. demasiado tener colgando el mundo de la punta del pijo.

«te consideramos el mejor poeta desde Eliot».

luego la firma del profesor y la de su alumno favorito.

¿sólo desde Eliot? poca cosa era. él les había enseñado a aquellos cabrones a escribir una poesía viva y transparente y ahora ellos se dedicaban a recorrer alegremente Europa mientras él se moría solo en una miserable habitación de Hollywood.

—harías mejor cuidando tu negocio, Mister Business.

«mientras puedas aún…».

tiró la postal aquella al suelo. no importaba. si pudiese al menos sentir una buena y reconfortante piedad de sí mismo, o sentir una cólera leve o cierto anhelo mierdoso de venganza, podría salvarse aún. pero lo tenía todo seco por dentro. estaba ya seco y era un imbécil y llevaba siéndolo ya mucho.

hacía unos dos años que los profesores habían empezado a llamar a la puerta, intentando descubrir el origen de aquello. y no había qué decirles. los profesores eran todos iguales. buena facha y más bien relajados de un modo femenino, largas piernas, grandes ojos de vista panorámica, y, en realidad, bastante tontos, por lo que sus visitas no le divertían nada. en el fondo, eran sólo los nobles cabezones de una estructura en cambio, que, como el tonto aquél de la confitería, se negaban a ver que ardían y se desmoronaban las paredes. su caramelo era la inteligencia.

el aferrarse al intelecto, el aferrarse al intelecto, el aferrarse…

—harías mejor cuidando tu negocio, Mister Business.

«mientras puedas aún…».

y Dios, sí, él era blando. los poemas eran todos muy duros; había jugado al duro siempre, pero era un blando. en realidad todo el mundo era blando… el duro estaba

allí sólo para cubrir al blando. qué trampa ridícula y estúpida.

sintió necesidad de salir de la cama. le costó. vomitó por todo el pasillo. las arcadas sacaron pulpa verdeamarilla y algo de sangre. sintió calor primero, después escalofríos; nuevos escalofríos, luego calor. las piernas como patas gomosas de elefante. flup. flup. flup… y mira (hizo un guiño a alguien que estaba en algún sitio): el quejumbroso y aterrado Ojo de Confucio sobre su último trago.

disipa la tristeza.

entró en la habitación exterior pensando…

es una suerte tener esta habitación exterior, incluso ahora…

—eh, Mister Business.

probó a sentarse en una silla, falló, cayó de rabadilla al suelo, se echó a reír, luego miró el teléfono.

así es como termina el Solitario: muriendo solo. agonizando solo.

un Solitario debe prepararse antes.

todos esos poemas de nada servirán. esas mujeres que jodí, de nada servirán. y las que no jodí, desde luego, de nada servirán. necesito que alguien disipe esta tristeza. que alguien diga comprendo, amigo, ahora asúmelo y muere.

miró al teléfono, y pensó y pensó y pensó, pensaba a quién podría llamar capaz de disiparle la tristeza, de decir simplemente lo justo, y recorrió los pocos conocidos de los muchos millones que existían… los recorrió uno a uno, los pocos conocidos, muy consciente además de haberse adelantado, no era la hora adecuada para morir, no era correcto, y todos pensarían que estaba haciendo el tonto o que estaba fingiendo o llorándola o loco, y no podría odiarles por hacerlo, no podría reprochárselo: todos estaban encerrados, masturbados, troceados, y cada uno en su propia celdita, eh, Mister Business…

¡hijo de la gran puta!

quien hubiese inventado aquel juego había conseguido una perfecta obra maestra. llámale Dios. se merecía un tiro entre los ojos. pero nunca asomaba la cara para que no pudieses apuntarle. el Tiempo de los Asesinos había olvidado al Mayor de Todos. en otros tiempos casi enganchan al Hijo. pero él se escabulló y aún tenemos que seguir tambaleándonos sobre un resbaladizo suelo de baldosas. el Espíritu Santo nunca se presentó; estaba meneándosela. el más listo de todos.

con que pudiese hablar con mi hijita por teléfono, moriría feliz, pensó.

su alma salió del dormitorio con una lata de cerveza, una lata vacía.

—ay, eres un blandengue, blandengue, blandengue. ¡jódete! tu hijita está en un campamento hippy mientras su madre anda tocándoles los huevos a los tontos. ¡acéptalo, Solitario cagaina!

—… ¡*necesitas* amor, *necesitas* amor, y al final te alcanzará el amor, amigo mío!

¿me alcanzará al Final? Muerte Grande y Severa, sí.

se echó a reír. luego paró. volvió a arrojar. más sangre ahora. sangre más que nada.

se olvidó del teléfono. volvió al sofá.

—… *necesitas* amor, *necesitas* amor…

bueno, pues menos mal, pensó, cambiaron ya de disco.

la agonía no llegaba tan fácil como él había pensado. sangre, sangre por todas partes, las persianas bajadas. la gente preparándose para ir a trabajar. de pronto, al darse vuelta, pareció ver en la estantería todos sus libros de poemas y se dio cuenta entonces, entonces se dio cuenta, de que había fracasado, ni siquiera hasta Eliot, ni siquiera hasta ayer por la mañana, se disiparía, era sólo un mono más que caía del árbol a la boca del tigre, y resultaba triste un momento, pero sólo un momento.

daba igual, daba igual disipar la tristeza. Satchmo, vete a casa. Shostakovitch, que estás en tu Quinta, olvídalo. Peter III. Cobarde, porque te casaste con una soprano chiflada con patas de gallo, y lesbiana, cuando ni siquiera eras un hombre, olvídalo. a todos nos ha tentado el juego y todos fracasamos como mamones, y como artistas, y como pintores, y como médicos y como chulos, y como boinas verdes, y como lavaplatos, y como dentistas, y como trapecistas y como recolectores de peras. cada hombre está clavado en su cruz especial. disipa la tristeza.

—*necesitas* amor, *necesitas* amor…

luego se levantó y subió las persianas. las malditas persianas, podridas todas. se desmoronaron al tocarlas, se deshicieron, lanzaron un chorro perruno de sonido y cayeron al suelo.

y el maldito sol estaba podrido. traía las mismas flores viejas, las mismas chicas viejas de todas partes.

miró a la gente que se iba a trabajar. no aprendió más de lo que siempre había sabido.

la inseguridad del saber era lo mismo que la seguridad del no saber.

ninguna era mejor; nada valían.

se estiró en el sofá del casero. su sofá, de momento.

y después de tanto follón, no pasó nada.

murió.

*

* *

el sastrecillo estaba muy contento. sentado allí, cosiendo. fue cuando la mujer llegó a la puerta y llamó al tiembre cuando se inquietó. «crema agria, tengo crema agria para vender», dijo ella. «lárgate, apestas», dijo él, «¡no quiero tu crema de mierda!», «*¡eeeeh!*», dijo ella, «¡aquí huele a demonios! ¿por qué no saca la basura?» y se marchó corriendo.

y entonces el sastre recordó aquellos tres cadáveres. uno estaba en la cocina, tumbado allí en el suelo, frente al fogón. otro estaba de pie, colgado por el cuello en el armario, rígido, de pie allí. y el otro en la bañera, sentado, tieso, bueno, no

exactamente tieso, porque podía verse la cabeza justo asomando por el borde. estaban empezando a aparecer las moscas y eso no le gustaba. las moscas parecían muy contentas con aquellos cadáveres, se emborrachaban con aquellos cadáveres, y si las espantaba se enfadaban muchísimo. nunca había oído zumbar a las moscas con tanta rabia. le atacaban, le picaban incluso, y, en fin, las dejó en paz.

se sentó otra vez a coser y volvió a sonar el timbre. parece que no me van a dejar coser, pensó.

era Harry, su compadre.

—hola, Harry.

—hola, Jack.

Harry entró.

—¿qué peste es ésta?

—cadáveres.

—¿cadáveres? ¿bromeas?

—no, echa un vistazo.

Harry los encontró con la nariz. encontró el de la cocina, luego el del armario, luego el de la bañera.

—¿por qué los mataste? ¿te volviste loco? ¿qué vas a hacer? ¿por qué no ocultas los cuerpos, te libras de ellos? ¿estás loco? ¿por qué los mataste? ¿por qué no llamas a la policía? ¿has perdido el juicio? ¡dios mío, qué PESTE! ¡oye, amigo, no te me ACERQUES! ¿qué vas a hacer? ¿qué va a pasar ahora? ¡ARRRG! ¡QUÉ PESTE! ¡ME VOY A PONER MALO!

Jack seguía cosiendo. él cosía y cosía y cosía. como si intentase ocultar algo.

—Jack, voy a llamar a la policía.

Harry fue hacia el teléfono pero se sintió mal. entró en el baño y vomitó en el cagadero con la cabeza del cadáver de la bañera asomando en el borde.

salió, cogió el teléfono, descubrió que quitando el micrófono podía meter el pene en aquel chisme. metió y sacó y estaba bien. muy bien. pronto completó el acto, colgó el teléfono, subió la cremallera, se sentó frente a Jack.

—Jack, ¿estás loco?

—Becky dice que ella cree que estoy loco. me amenaza con encerrarme.

Becky era la hija de Jack.

—¿sabe lo de esos cadáveres?

—todavía no. anda de viaje, por Nueva York. es jefa de sección de uno de esos grandes almacenes. se consiguió un buen puesto. estoy orgulloso de esa chica.

—¿lo sabe María?

María era la mujer de Jack.

—María no lo sabe. ya no aparece por aquí. desde que consiguió el trabajo de la panadería se cree que es alguien. vive con otra. a veces pienso que se ha vuelto lesbiana.

—bueno, mira, yo no puedo llamar a la policía por ti. eres amigo mío. tendrás que

arreglar esto solo. pero, ¿te importa decirme por qué los mataste?

—no me gustaban.

—pero no puedes andar por ahí matando a la gente que no te gusta.

—es que no me gustaban nada.

—¿Jack?

—¿eh?

—¿quieres usar el teléfono?

—si no te importa.

—el teléfono es tuyo, Jack.

Jack se levantó y se bajó la cremallera. metió el pene en el teléfono. metió y sacó y estaba bien. completó el acto. subió la cremallera. se sentó y empezó a coser otra vez. luego sonó el teléfono. volvió al teléfono.

—¡ah, hola, Becky! ¡cuánto me alegra que llamaras! estoy perfectamente. ah sí, es que le sacamos una pieza al teléfono, es por eso. Harry y yo. es que está aquí Harry ahora. ¿Harry es qué? ¿de veras piensas eso? yo creo que es buen chico. nada. sólo cosiendo. Harry está sentado aquí conmigo. una tarde algo oscura. realmente sombría si te fijas. no hay nada de sol. pasa gente por la ventana, unas caras tan feas. sí, estoy perfectamente. me siento muy bien. no, aún no. pero tengo una langosta congelada en la nevera. me gusta mucho la langosta. no, no la he visto. ahora se cree muy importante. sí, se lo diré. no te preocupes. adiós, Becky.

Jack colgó y volvió a sentarse, se puso a coser otra vez.

—sabes —dijo Harry— eso me recuerda cuando yo era joven… ¡estas *malditas* moscas! ¡yo no estoy MUERTO…! pues sí, de joven trabajé en esto, sí, yo y aquel otro chico. lavábamos cadáveres. de vez en cuando, caía alguna mujer que estaba buena. y entré un día y allí estaba Mickey, el otro muchacho, encima de una. «¡Mickey!» le dije, «¿qué estás HACIENDO? ¡NO TE DA VERGÜENZA!» pero él me miró de reojo y siguió dándole. cuando bajó, me dijo, «Harry, me he tirado por lo menos a una docena. ¡es cojonudo! ¡prueba! ¡verás!», «¡oh, no!», le dije, una vez que estaba lavando a una que estaba realmente buena, anduve metiéndole el dedo. pero nunca pude pasar de eso.

Jack seguía cosiendo.

—¿crees que tú habrías probado con una, Jack?

—¡demonios yo que sé, cómo voy a saberlo!

siguió cosiendo. luego dijo:

—oye, Harry, he tenido una semana muy dura. quiero comer algo y dormir un poco. tengo una langosta. pero ya sabes lo raro que soy. me gusta comer solo. no me gusta comer delante de la gente. así que…

—¿qué? ¿ya quieres que me vaya? te veo un poco raro. bueno, está bien, me voy.

Harry se levantó.

—no marches enfadado, Harry. seguimos siendo amigos. dejemos así las cosas. llevamos mucho tiempo de amistad.

—claro, desde el treinta y tres. ¡qué tiempos aquellos! Roosevelt. la NRA. la WPA. pero lo conseguimos. estos chavales de ahora no saben nada.

—desde luego que no.

—bueno, hasta luego, Jack.

—adiós, Harry.

Jack acompañó a Harry hasta la puerta, abrió la puerta, le vio marchar. los mismos viejos pantalones andrajosos. siempre vestía como un pordiosero.

luego Jack entró en la cocina, sacó la langosta del congelador, leyó las instrucciones. siempre aquellas jodidas instrucciones. luego vio aquel cadáver que había junto al fogón. tenía que quitarlo. la sangre se había secado debajo hacía ya mucho. la sangre hacía ya mucho que se había endurecido en el suelo. el sol salió por fin de detrás de una nube y era el final ya de la tarde, casi el oscurecer y el cielo se hizo rosa y parte de aquel rosa entró por la ventana. casi podía vérsele entrar, muy poco a poco, como la gigantesca antena de un caracol. el cadáver estaba bocabajo, la cara vuelta hacia el fogón con el brazo izquierdo doblado debajo del cuerpo. la mano abierta y vuelta hacia arriba justo apuntando hacia el costado izquierdo. la antena rosada del caracol iluminó la mano, volvió la mano rosa. Jack se fijó en la mano, tan rosa, qué aire tan inocente. sólo una mano, una mano rosa entregada a sí misma. como una flor. por un momento, Jack pensó que se había movido. no, no se había movido. era una mano rosa, sólo una mano, una mano inocente. Jack estuvo allí un rato, de pie, mirando aquella mano. luego se sentó con la langosta. miró la mano. luego empezó a llorar. dejó la langosta y apoyó la cabeza entre los brazos, allí en la mesa, y se puso a llorar. lloró un buen rato. lloró como una mujer. lloró como un niño. lloró como suele llorarse, luego se fue a la otra habitación, cogió el teléfono.

—telefonista, la comisaría de policía. sí, ya sé que suena raro. le falta una pieza. póngame con la comisaría. sí, por favor.

luego esperó.

—¿sí? bueno, escuche, yo maté a un hombre. ¡tres hombres! ¡en serio, sí! en serio. quiero que vengan a cogerme. y traigan una furgoneta para los cadáveres. estoy loco. he perdido el juicio. no sé cómo pasó. ¿qué?

Jack dio la dirección.

—¿qué? eso es porque falta la pieza del micrófono. fui yo. jodí el teléfono.

el hombre seguía hablando, pero Jack le colgó.

y volvió a la cocina, se sentó a aquella mesa y volvió a apoyar la cabeza en los brazos. ya no lloraba. sólo era estar sentado allí con aquel sol, que no era rosa ya; y se fue el sol y estaba oscureciendo, y entonces pensó en Becky, luego pensó en matarse y luego ya no pensó en nada. la langosta sudafricana estaba allí junto a su codo izquierdo, empaquetada. nunca llegó a comerla.

*

*   *

me había emborrachado un poco aquella noche y ese tipo que me ha publicado un par de libros me dijo:

—Bukowski, ¿quieres ir a ver a L.?

L. era un escritor famoso. llevaba cierto tiempo siendo escritor famoso. obras traducidas a todo, las mierdas incluso. ayudas, becas, amantes, esposas, premios, novelas, poemas, relatos, cuadros… vive en Europa. se relaciona con los grandes. todo eso.

—no, mierda, no —le dije a Jensen—. su rollo me aburre.

—pero tú dices eso de todo el mundo.

—bueno, es que es verdad.

Jensen se sentó y me miró. a Jensen le gustaba sentarse y mirarme. no podía entender por qué era yo tan tonto. yo era tonto, sí. pero también la luna.

—él quiere conocerte. ha *oído hablar* de ti.

—¿de veras? yo he oído hablar de él.

—te sorprenderías si supieses cuánta gente ha oído hablar de ti. estuve en casa de N.A.[3] la otra noche y dijo que quería que fueses a cenar. ella, sabes, conoció a L. en Europa.

—¿de veras?

—y los dos conocieron a Artaud.

—sí, y ella seguramente no se lo daría.

—así es.

—no se lo reprocho, yo no se lo habría dado tampoco.

—hazme un favor. vete a verle.

—¿a Artaud?

—no, a L.

terminé el vaso.

—vamos.

fue largo el viaje en coche desde el barrio miserable donde vivía yo a la residencia de L. y L. tenía toda una residencia. Jensen enfiló el camino de coches y el camino de coches era tan largo como una rampa de salida de una autopista normal.

—¿es éste el tipo que anda siempre aullando POBREZA? —pregunté.

—vamos.

—dicen que debe al gobierno ochenta y cinco grandes en atrasos fiscales.

—pobre diablo.

salimos del coche. era una casa de tres plantas. había un columpio en el porche delantero y una guitarra de doscientos cincuenta dólares encima del columpio. un pastor alemán culigordo apareció corriendo, bufando, espumeando y yo le mantuve a raya con la guitarra, no quiero decir tocándola, quiero decir esgrimiéndola mientras Jensen tocaba el timbre.

una cara amarilla y arrugada abrió una mirilla y dijo:

—¿quién es?

—Bukowski y Jensen.

—¿quién?

—Bukowski y Jensen.

—no les conozco.

el pastor alemán saltó y sus dientes casi me rozan la yugular de pasada. le aticé un buen golpe cuando aterrizó, pero se sacudió un poco y se encogió para volver a saltar, el pelo erizado, mostrándome aquellos sucios dientes amarillos.

—Bukowski escribió *ALL THE DAMN TIME*, *SCREAMING IN THE RAIN*. yo soy Hilliard Jensen. *NEW MOUNTAIN PRESS*.

el pastor lanzó un último gruñido antes de disponerse a saltar, pero él le dijo:

—¡eh, Pupú, estáte quieto!

Pupú se tranquilizó un poco.

—Pupú bonito —dije—. ¡Pupú bonito!

Pupú me miró sabiendo que mentía. por fin el buen L. abrió la puerta.

—bueno, pasad —dijo.

tiré la guitarra rota en el columpio y entramos. la habitación delantera era como un aparcamiento subterráneo.

—sentaos —dijo L. podía elegir entre tres o cuatro sillas. elegí la más próxima.

—le doy al sistema un año más —dijo L.—. la gente ha despertado. vamos a pegarle fuego a toda esta mierda.

chasqueó los dedos:

—desaparecerá —(chasqueo)— ¡así! ¡una vida nueva y mejor para todos nosotros!

—¿hay algo de beber? —pregunté.

L. tocó un timbrecito que había junto a su silla.

—¡MARLOWE! —gritó.

luego me miró:

—leí su último libro, señor Meade.[4]

—no, yo soy Bukowski —dije.

se volvió a Jensen.

—entonces *tú eres* Taylor Meade. ¡Perdona!

—no, no, soy Jensen. Hilliard Jensen. NEW MOUNTAIN.

en ese momento, un japonés, pantalones negros relumbrantes, chaqueta blanca, entró trotando en la habitación, se inclinó sólo un poco, sonriendo, como si algún día fuese a matarnos a todos.

—Marlowe, gilipollas, estos señores quieren beber algo. pregúntales qué quieren y sírvelo en seguida o te doy una zurra.

era curioso, parecía como si hubiesen eliminado de la cara de L. todo dolor. aunque había arrugas, las arrugas parecían, más o menos, arroyuelos, cosidos o pintados encima, o *tirados* encima. una cara extraña. amarilla. calva, ojos pequeños. una cara insignificante y sin esperanza, a primera vista. pero *entonces*, cómo podía

haber escrito todo *aquello*? «¡oh, sí, Mac tenía una polla muy grande! ¡nunca se vio polla igual! ¡qué cacho de polla, Dios mío! no había otra igual en la ciudad. era la más grande todo el Oeste del Mississippi. todos hablaban de la polla de Mac. sí, menudo cacho polla tenía Mac…» etc. en cuanto al estilo, L. les había comido el coco a todos, aunque a mí me parecía bastante torpe.

Marlowe volvió con las bebidas y diré algo en favor de Marlowe: las servía abundantes y fuertes. dejó las bebidas y se fue con su trotecillo. vi cómo balanceaba las ancas embutidas en aquellos pantalones ceñidos mientras volvía trotando a la cocina, que era su sitio.

L. parecía ya borracho. vació la mitad de su vaso. era hombre de whisky y agua.

—nunca olvidaré aquel hotel de París. estábamos allí todos. Kaja, Hal Norte, Burroughs… los mayores cerebros literarios de nuestra generación.

—¿cree que eso le ayudó a escribir, señor L.? —pregunté.

era una pregunta estúpida. me miró con dureza, luego me permitió conocer su sonrisa:

—todo me ayuda a escribir.

y seguimos sentados allí, bebiendo y mirándonos. L. tocó otra vez el timbre y Marlowe entró con su trotecillo para iniciar el proceso de reabastecimiento.

—Marlowe —dijo L.— está traduciendo a Edna St. Vincent Millay al japonés.

—maravilloso —dijo Jensen de NEW MOUNTAIN.

no veo nada maravilloso en traducir a Edna St. Vincent Millay al japonés, pensé.

—no veo nada maravilloso en traducir a Edna St. Vincent Millay al japonés —dijo L.

—bueno, Millay está anticuada, pero, ¿qué es lo que le pasa a la poesía moderna? —preguntó el NEW MOUNTAIN.

demasiada juventud, demasiada precipitación y lo dejan demasiado pronto, pensé.

—no tiene cualidades perdurables —dijo el viejo.

no sé. dejamos de hablar todos. en realidad, no nos caíamos bien. Marlowe entraba y salía trotando con bebidas. yo tenía la sensación de estar en una terrible cueva subterránea o en una película sin significado. sólo escenas sin relación. hacia el final, L. se levantó de pronto y abofeteó a Marlowe, fuerte. no entendí lo que significaba aquello. ¿sexo? ¿aburrimiento? ¿juego? Marlowe sonrió y volvió corriendo al coño de Millay.

—no dejo entrar en mi casa a ningún hombre que no sea capaz de soportar toda la sombra y de soportar toda la luz —dijo L.

—oye amigo —le dije—, creo que tienes mucho cuento, nunca me ha gustado tu material.

—y a mí tampoco me ha gustado el tuyo, Meade —dijo el viejo—. todo ese rollo de chuparles el coño a las estrellas de cine. a una estrella de cine puede chuparle el coño cualquiera. vaya cosa.

—*puede* —dije yo—. ¡y no soy Meade!

el viejo se levantó y avanzó tambaleante hacia mi silla, aquel viejo traducido a dieciocho idiomas.

—¿quieres pelear o joder? —preguntó.

—quiero joder —dije.

—¡MARLOWE! —gritó L.

Marlowe entró trotando y L. gritó:

—¡BEBIDA!

yo había creído REALMENTE que pediría a M. que se bajase los pantalones para que yo pudiese tener lo que quería, pero no fue así. sólo pude contemplar el bamboleo de las ancas de M. corriendo de vuelta a la cocina.

empezamos las nuevas rondas.

—sí —(chasqueo) dijo L.—. ¡el sistema está liquidado! ¡lo reduciremos a cenizas!

luego, la cabeza del viejo cayó hacia adelante y se quedó traspuesto. estaba liquidado.

—vamos —dijo Jensen.

—espera un momento —dije.

me acerqué al viejo y metí el brazo por la parte de atrás de la mecedora, bajé hacia el culo.

—¿pero qué haces? —preguntó Jensen.

—todo me ayuda a escribir —dije— y este cabrón está cargado.

conseguí al fin coger la cartera y dije:

—¡vamos!

—no deberías hacer eso —dijo Jensen, y nos dirigimos hacia la puerta de salida.

algo agarró mi brazo derecho y me lo torció a la espalda.

—¡dejamos TODOS LOS DINEROS AQUÍ ANTES DE MARCHAR EN HONOR DEL SEÑOR L.! —dijo el traductor de E. S. Millay.

—¡estás rompiéndome el brazo, nipón de mierda!

—¡DEJAMOS TODOS LOS DINEROS AQUÍ! ¡EN HONOR DEL SEÑOR L.! —gritó.

—¡ATÍZALE, JENSEN! ¡ATÍZALE! ¡QUÍTAME DE ENCIMA A ESTE CABRÓN!

—¡si tu amigo me toca, tu brazo ROTO!

—vale, coge la cartera. ¡al diablo con ella! me ha llegado un cheque de Grove Press.

él cogió la cartera de L., la tiró al suelo. luego cogió la *mía*, la tiró al suelo.

—¡eh, eh, un MOMENTO! ¿qué eres tú? ¿qué clase de chiflado eres tú?

—¡DEJAMOS TODOS LOS DINEROS AQUÍ! ¡EN HONOR DEL SEÑOR L.!

—¡es increíble! esto es peor que una casa de putas.

—¡ahora dile a tu amigo que deje caer al suelo la cartera o te rompo el brazo!

Marlowe aumentó ligeramente la presión para indicarme que podía hacerlo.

—¡Jensen! ¡tu cartera! ¡TÍRALA!

Jensen tiró su cartera. Marlowe me soltó el brazo. me volví hacia él. sólo podría utilizar el izquierdo.

—¿Jensen? —pregunté.

Jensen miró a Marlowe.

—no —dijo.

miré al viejo que seguía traspuesto. parecía haber una leve sonrisilla en sus labios.

abrimos la puerta. salimos.

—Pupú bonito —dije.

—Pupú bonito —dijo Jensen.

entramos en el coche.

—¿no quieres que vaya a ver a nadie más esta noche? —pregunté.

—bueno, estaba pensando en Anais Nin.

—deja de pensar. no creo que pudiese tratar con ella.

Jensen sacó el coche de allí. era sólo una cálida noche más del sur de California. pronto llegamos al bulevar Pico y Jensen enfiló hacia el Este. la revolución no llegaría para mí con tanta rapidez.

*

* *

—«Red» —dije al muchacho—, yo ya no existo para las mujeres. en gran parte por culpa mía. no voy a bailes, fiestas. lecturas de poesía, *love-ins* y toda esa mierda. y allí es donde andan husmeando las putas. yo solía ligar en los bares o en el tren a la vuelta de Del Mar, en cualquier parte en que se bebiese. ahora ya no puedo soportar los bares. esos tipos sentados allí, solos, pasando las horas, esperando que caiga alguna tía. un panorama lamentable para la especie humana.

Red lanzó al aire una botella de cerveza, la cogió al vuelo, la abrió en el borde de mi mesita de café.

—todo está en la mente, Bukowski. no lo necesitas.

—todo está en la punta de mi pijo, «Red». lo necesito.

—recuerdo aquella vez que agarramos a aquella vieja borracha. la atamos a una cama con una cuerda. cobramos a cincuenta centavos el polvo. vinieron todos los tullidos, locos y chiflados del barrio. en tres días y tres noches, pasaron por allí por lo menos quinientos clientes.

—¡por Dios, «Red», vas a conseguir que me ponga malo!

—creí que eras el Viejo Indecente.

—eso es sólo porque no me mudo los calcetines a diario. ¿la dejabais levantarse a orinar o a defecar?

—¿qué es «defecar»?

—vete a la mierda. ¿le dabais de comer?

—los borrachos no comen. le dabamos vino.

—me siento mal.

—¿por qué?

—lo que hicisteis fue muy cruel, una animalada. aunque, bien pensado, los animales no lo harían.

—ganamos doscientos cincuenta dólares.

—¿qué le disteis a ella?

—nada. la dejamos allí, con dos días de habitación pagados.

—¿la desatasteis?

—claro, no queríamos que nos acusaran de asesinato.

—qué atentos.

—hablas como un predicador.

—toma otra cerveza.

—yo puedo conseguirte una tía.

—¿cuánto? ¿cincuenta centavos?

—no, un poco más.

—no, gracias.

—ves, en realidad, no quieres.

—puede que tengas razón.

fuimos los dos a por cerveza. él se la bebió en seguida. luego se levantó.

—sabes, yo siempre llevo mi navajita de afeitar encima, aquí mismo, debajo del cinturón. la mayoría de los vagabundos tienen problemas para afeitarse. yo no. yo voy preparado y cuando estoy en la carretera llevo dos pantalones, sabes, y me quito los de arriba cuando llego a una población, me afeito, me doy un baño, me pongo la camisa blanca debajo de la azulmarino, que lavo en la fregadera, saco una corbata a rayas, me limpio los zapatos, elijo una chaqueta que haga juego con los pantalones en una tienda de ropa de segunda mano, y dos días después me agencio un trabajo de oficina, entre los mierdas. no saben que yo acabo de salir del furgón de un mercancías. pero no aguanto esos trabajos. en seguida, casi sin darme cuenta, echo a andar otra vez.

no sabía qué decirle de aquello, así que me callé y seguí bebiendo.

—y siempre llevo este ganchito de coger hielo cogido aquí en la manga con este elástico, mira.

—sí, ya veo. tengo un amigo que dice que un abridor de lata de cerveza es un arma muy buena.

—tiene razón tu amigo. pero mira, si me para la pasma suelto siempre el gancho, alzo los brazos, grito ¡NO DISPAREN!

Red representó todo el acto allí sobre la alfombra.

—… y tiro el gancho de hielo. nunca me lo cogen encima. no sé cuántos ganchos de hielo habré tirado, muchísimos.

—¿usaste alguna vez el gancho de hielo, «Red»?

me miró muy raro.

—vale, vale —dije—, olvida la pregunta.

y nos sentamos allí otra vez a beber cerveza.

—leí una vez tu columna en un sitio que estuve. creo que eres un gran escritor.

—gracias —dije.

—yo intenté escribir, pero no salía. me siento y no sale.

—¿qué edad tienes?

—veintiuno.

—dale tiempo.

y siguió allí sentado pensando en ser escritor. luego, sacó algo del bolsillo de atrás.

—me dieron esto para que no hablara.

era una cartera de cuero trenzado en tiras estrechas.

—¿quién?

—vi a dos matar a un tío y me dieron esto para que me callara.

—¿por qué le mataron?

—tenía esta cartera con siete dólares.

—¿cómo le mataron?

—con una piedra. estaba bebiendo vino y cuando vieron que estaba borracho ya le machacaron la cabeza con una piedra. y cogieron la cartera. yo estaba mirando.

—¿qué hicieron con el cadáver?

—a primera hora de la mañana pasó el tren a repostar. sacaron el cuerpo y lo metieron allí mismo en una cañada de esas del ganado, entre la hierba, luego volvieron al vagón y el tren siguió.

—ya —dije yo.

—luego los polis encuentran un cadáver como ése, miran la ropa, la cara de borracho, no hay «identificación». borran el caso de los libros. es sólo un vagabundo. qué más da.

seguimos allí bebiendo unas horas más, y le conté cosas, no tan buenas desde luego. luego los dos nos quedamos callados. pensando. luego él se levantó.

—bueno, amigo, hay que seguir ruta. ha sido una gran noche.

me levanté.

—desde luego que sí, «Red».

—bueno, coño, ya nos veremos.

—sí, coño, sí, «Red».

sentía como una resistencia a dejar que marchara. en cierto modo, había sido una gran noche.

—hasta la vista, hombre.

—adiós, Bukowski.

vi cómo rodeaba el matorral por la izquierda, hacia Normandie, hacia Vermont. donde tenía una habitación pagada para tres o cuatro días, y luego se esfumó y entró

en la casa lo que quedaba de la luna, lo hizo, y yo cerré la puerta, liquidé una última y cansina cerveza, con la luz apagada, me fui a la cama, me desnudé, me metí allí mientras abajo en los patios ferroviarios ellos andaban entre las vías eligiendo vagones, sitios, destinos anhelados: poblaciones mejores, tiempos mejores, mejor amor, mejor suerte, mejor algo. nunca lo encontrarían, nunca dejarían de buscar.

me dormí.

*

* *

se llamaba Henry Beckett y era una mañana de lunes, acababa de levantarse, miró por la ventana a una mujer de minifalda cortísima, pensando, casi no me impresiona ya, eso no es bueno. una mujer tiene que llevar algo encima o no hay nada que quitar. carne cruda es sólo carne cruda.

estaba ya en calzoncillos y pasó al baño a afeitarse. cuando miró en el espejo vio que su cara era color oro con lunares y puntos verdes. miró otra vez. aún con la brocha de afeitar en la mano. luego la brocha cayó al suelo. la cara seguía en el espejo: color oro con lunares y puntos verdes. empezaron a moverse las paredes. Henry se apoyó en el lavabo. luego, de pronto, volvió al dormitorio, se tiró en la cama boca abajo. estuvo allí cinco minutos, la cabeza bufando, palpitando, excavando, vomitando. luego se levantó y fue al baño y miró otra vez al espejo: cara color oro con manchas verdes. cara de brillante oro con brillantes manchas verdes.

fue al teléfono.

—sí, soy Henry Beckett. no puedo ir hoy. estoy malo. ¿qué? oh, tengo el estómago muy mal. muy mal.

colgó.

fue de nuevo al baño. no había nada que hacer. la cara aún seguía allí. llenó la bañera, luego fue al teléfono. la enfermera quería darle hora para el próximo *miércoles*.

—¡oiga, es un caso urgente! ¡tengo que ver al doctor *hoy*!

¡es cuestión de vida o muerte! no puedo explicárselo, no, no puedo contárselo, pero *por favor*, ¡métame hoy! ¡tiene que hacerlo! le dio hora para las tres y media.

se quitó los calzoncillos y se metió en la bañera. vio que su cuerpo era también color de oro con puntos y lunares verdes. todo. por todas partes. cubría su vientre, su espalda, sus testículos, su pene. no lo quitaría con jabón. salió. se secó, se puso otra vez los calzoncillos.

sonó el teléfono. era Gloria. su novia. trabajaba allá abajo.

—Gloria, no puedo contarte lo que pasa. es horrible. no, no tengo la sífilis. es peor que eso. no puedo contártelo. no lo creerías.

ella dijo que iría a la hora del almuerzo.

—no, por favor, nena, antes me mato.

—¡voy *ahora mismo*! —dijo ella.

—por favor, POR FAVOR, no…

pero había colgado. miró el teléfono, lo colgó, entró otra vez en el baño. ningún cambio. volvió al dormitorio, se tumbó, miró las grietas del techo. era la primera vez que se fijaba en las grietas del techo. parecían muy cordiales, lindas, amistosas. se oía el tráfico, un esporádico piar de pájaros, voces en la calle… una mujer diciendo a un niño, «venga, camina *más deprisa*, por favor», de vez en cuando, pasaba el rumor de un avión.

sonó el timbre. entró en la habitación de fachada y atisbó por las cortinas. era Gloria con blusa blanca y falda azul claro de verano. nunca la había visto tan guapa. una fresca rubia que desbordaba vida; la nariz algo fea, demasiado gorda, pero cuando te acostumbras, hasta la nariz también te gusta. su corazón, se daba cuenta, tictaqueaba como bomba en armario vacío. era como si la hubiesen vaciado las entrañas y sólo estuviese allí dentro el corazón, gimiendo hueco. gimiendo hueco.

—¡no puedo dejarte entrar, Gloria!

—¡abre de una vez esa puerta, imbécil!

vio que intentaba verle por entre las cortinas.

—Gloria, no entiendes…

—¡dije que abrieras esa puerta!

—vale —dijo—. ¡vale, como quieras!

sentía el sudor por toda la cabeza, le goteaba detrás de las orejas, le caía cuello abajo.

abrió de golpe.

—¡JESÚS! —medio gritó ella, tapándose la boca.

—YA TE LO DIJE, intenté DECÍRTELO, ¡TE LO DIJE!

él retrocedió, cerró ella la puerta y avanzó hacia él.

—¿qué es eso?

—yo qué demonios sé. no me toques, no toques, podría ser contagioso.

—pobre Henry, oh, pobrecillo, pobrecito mío…

siguió aproximándosele, tropezó él con un cubo de basura.

—¡te dije que no te acercaras, cojones!

—¿por qué? si hasta casi estás guapo.

—¡CASI! —gritó él—. PERO NO PUEDO SALIR A VENDER SEGUROS ASÍ, ¿NO TE PARECE?

entonces, los dos se echaron a reír, luego, él estaba en el sofá y lloraba, tenía la cara verde y oro entre las manos y lloraba.

—Dios, ¿no podría ser un cáncer, una angina de pecho, algo agradable y limpio? ¡Dios se ha cagado en mí, eso es, Dios me ha cagado encima!

ella le besaba por el cuello y por las manos con que se tapaba la cara, la apartó:

—¡para, estáte quieta!

—te quiero, Henry, no me importa esto.

—estas jodidas mujeres están todas locas.

—desde luego, bueno, dime, ¿cuándo vas al médico?

—a las tres y media.

—tengo que volver a la oficina, telefonéame en cuanto sepas algo, vendré por la noche.

—vale, vale —luego ella se fue.

a las tres y media él tenía un sombrero calado hasta las cejas y una bufanda al cuello. gafas oscuras. condujo hasta casa del médico siempre mirando al frente, procurando parecer invisible. nadie pareció fijarse en él.

en el consultorio, todos estaban leyendo *LIFE, LOOK, NEWSWEEK*; etc. no había casi sitio en sillas y sofás y hacía calor. sonaban las hojas. bajó la mirada a su revista, procurando que no le miraran. todo fue bien quince o veinte minutos, y luego una chiquilla que andaba por allí botando una pelota, la botó junto a él, tropezó en su zapato y, al tropezar en su zapato, la cogió y le miró. luego volvió con una mujer muy fea de orejas como pastelillos y ojos como el interior de las almas de las arañas y dijo:

—mami, ¿qué le pasa a ese hombre en la CARA?

y mami dijo:

—¡Ssssssssch!

—¡PERO ES QUE TIENE TODA LA CARA AMARILLA CON MANCHAS ROJAS GRANDES POR ENCIMA!

—*Mary Ann*, ¡te dije que te estuvieras QUIETA! ¡venga, siéntate un rato aquí junto a mí y deja de correr por ahí! ¡VENGA, te dije QUE TE SENTARAS AQUÍ!

—¡oh, *mami*!

la chiquilla se sentó, lloriqueando, mirándole a la cara, lloriqueando y mirándole a la cara.

llamaron a la chiquilla y a mami. llamaron a otro. entraron más, salieron. por fin le llamó el médico.

—señor Beckett.

le siguió.

—¿cómo está, señor Beckett?

—míreme y lo verá.

el médico se volvió.

—¡Dios mío! —dijo.

—sí —dijo el señor Beckett.

—¡nunca vi nada igual! desnúdese, por favor, y échese en la mesa. ¿cuándo ocurrió esto por primera vez?

—esta mañana, cuando desperté.

—¿cómo se siente?

—como untado en mierda que no se quitase.

—quiero decir, físicamente.

—me sentí bien hasta que miré al espejo.

el doctor le enrolló el tubo al brazo.

—presión sanguínea normal.

—oiga, dejémonos de cuentos, eso ya vendrá luego. no sabe lo que es, ¿verdad?

—no, nunca vi nada igual.

—no habla usted nada bien el inglés, doctor, ¿de dónde es usted?

—Austria.

—Austria, ¿qué va a hacer conmigo?

—no sé. Quizás un especialista de la piel, hospitalización, análisis.

—estoy seguro de que les pareceré muy interesante. pero no se irá.

—¿qué no se irá?

—lo que he cogido. lo siento dentro. no se irá, nunca.

el médico se puso a auscultarle. Beckett apartó con brusquedad el estetoscopio. empezó a vestirse.

—¡no se precipite, señor Beckett, por favor!

luego, se había vestido y estaba fuera ya. dejó el sombrero, la bufanda, las gafas oscuras. llegó a casa y cogió el rifle de caza y munición bastante para matar un batallón. cogió la desviación de la autopista que llevaba a una loma. la loma dominaba una curva prolongada que reducía la velocidad de los coches que bajaban, no entendía por qué no se había fijado nunca en aquella loma. salió del coche y subió a la cima. limpió de polvo la mira telescópica, cargó, corrió el seguro y apuntó.

al principio, no le cogía el truco. disparaba y el tiro parecía dar detrás del coche. luego practicó guiando los coches hacia la bala. la velocidad de los coches era prácticamente la misma, pero él instintivamente variaba la dirección de las balas según la velocidad variable de cada coche. el primer tipo al que le dio fue muy raro. la bala le entró por la sien derecha y entonces pareció alzar la vista hacia él, y luego el coche se le fue, pegó en la valla, dio una vuelta de campana y él le tiró ya al otro que llegaba, una mujer, falló, le dio en el motor, salió fuego, y ella se quedó allí sentada en aquel coche chillando y braceando y ardiendo, no quiso verla arder. la liquidó. se paró el tráfico. salía la gente de los coches. decidió no tirar a más mujeres. es algo de mal gusto. ni a los niños. de mal gusto, un médico de Austria. ¿por qué no se quedarían en Austria? ¿es que en Austria no había enfermos? alcanzó a cuatro o cinco hombres más antes de que se dieran cuenta de que era un tiroteo. luego llegaron los coches patrulla y las ambulancias. bloquearon la autopista. les dejó meter a los muertos y heridos en la ambulancia. a los enfermeros no les disparó. tiró a los polis. le dio a uno. uno muy corpulento. perdió la idea del tiempo. oscureció. se dio cuenta de que subían loma arriba hacia él. no se quedó en la misma posición. avanzó hacia ellos. cazó a dos en una emboscada por el flanco izquierdo. luego unos cuantos que disparaban a su derecha le llevaron otra vez hacia arriba. querían acorralarle. una posición fija era lo peor. intentó escurrirse de nuevo pero el fuego era demasiado intenso. retrocedió lentamente hacia la cima, defendiendo todo el terreno posible. les

oía hablar y soltar tacos. eran varios. dejó de disparar y esperó. localizó a otro. vio una pernera entre los matorrales, apuntó donde calculó que estaría el tronco, oyó un grito, luego siguió subiendo. la oscuridad crecía. Gloria le habría abandonado. él habría abandonado a Gloria con una labor de pintura como aquélla. ¿sería capaz de llevar a una chica púrpura y oro a un concierto de Brahms?

luego, le tenían ya en la cima, pero ellos no tenían matorrales en los que protegerse. había rocas pero eran muy pequeñas. y todos querían volver a casa vivos. él decidió que podía aguantar bastante tiempo. empezaron a tirar bengalas. alcanzó algunas, pero otras estallaron y pronto hubo demasiadas bengalas ardiendo para que pudiese liquidarlas. y ahora disparaban a mansalva sobre él, cada vez más cerca… mierda. mierda. bueno.

entonces se encendió una bengala muy cerca y Henry pudo ver sus manos en el rifle. miró otra vez. sus manos eran BLANCAS.

¡BLANCAS!

¡se había *ido*!

¡él era BLANCO, BLANCO, BLANCO!

—¡EH! —gritó—. ¡LO DEJO! ¡ME RINDO! ¡ME ENTREGO!

Henry se rasgó la camisa, se miró el pecho: BLANCO.

se quitó la camisa, la ató al extremo de su rifle, la agitó, dejaron de tirar.

el loco y ridículo sueño había terminado, el hombre oro y verde había muerto, había desaparecido el payaso; qué chiste, qué mierda, ¿había sido real? ¡imposible! debía ser su mente. ¿o había pasado? ¿había pasado Hiroshima? ¿había pasado de veras algo alguna vez?

lanzó el rifle hacia ellos, con fuerza. luego, bajó lentamente a su encuentro, las manos en alto, gritando:

—¡ME ENTREGO! ¡ME RINDO! ¡ME RINDO! ¡ME RINDO!

oía voces mientras avanzaba hacia ellos.

—¿qué vamos a hacer, dime?

—no sé. puede ser una trampa.

—mató a Eddie y a Weaver. ¡me cago en su alma!

—ya está cerca.

—¡me entrego! ¡me rindo!

uno de los polis le pegó cinco tiros. tres en la barriga, dos en los pulmones.

le dejaron allí todo un minuto antes de hacer nada. luego salieron. llegó primero el que le había tirado. le dio la vuelta con la bota, lo puso boca arriba. era un negro aquel poli, Adrian Thompson, ochenta y tres kilos, una casa casi pagada cerca del lado oeste; y sonreía Adrian a la luz de la luna.

y seguía el tráfico en la autopista de nuevo, como siempre.

*
* *

en todas partes nos aferramos a las paredes del mundo, y en lo más profundo de la resaca, pienso en dos amigos que me aconsejaron varios métodos de suicidio. ¿qué mejor prueba de amorosa camaradería? uno de mis amigos tiene cicatrices de cuchillas de afeitar por todo el brazo izquierdo. el otro introduce pildoras a montones en una masa de barba negra. los dos escriben poesía. hay algo en lo de escribir poesía que lleva a un hombre al borde del abismo. sin embargo, es probable que los tres vivamos hasta los noventa. ¿te imaginas el mundo del 2010 d.C? por supuesto, su aspecto dependerá en gran parte de lo que se haga con la Bomba. supongo que los hombres seguirán comiendo huevos para desayunar, tendrán problemas sexuales. escribirán poesía. se suicidarán.

creo que la última vez que intenté suicidarme fue en 1954. vivía en la tercera planta de un edificio de apartamentos de la Avenida Mariposa N. cerré todas las ventanas y abrí las espitas del horno y de los fogones, sin encenderlas, por supuesto. luego me tumbé en la cama. el gas al escapar sin prenderse hace como un silbido muy suave. me quedé dormido. habría resultado, de no ser que el inhalar el gas me levantó tal dolor de cabeza que me desperté. me levanté de la cama, riendo, y diciendo, «¡maldito imbécil, tú no quieres matarte!» apagué el gas y abrí las ventanas. y seguí riéndome. me parecía una broma muy divertida. y en fin, menos mal que no funcionaba el automático del termo, porque si no aquella llamita me hubiese sacado de modo explosivo de mi linda temporadita en el Infierno.

unos años antes, desperté de una semana de borrachera decidido a matarme. estaba cobijado con un bombón por entonces, y no trabajaba. se había acabado el dinero, se debía el alquiler, y aunque hubiese podido encontrar algún tipo de trabajo esporádico, eso no me habría parecido más que otro tipo de muerte. decidí matarme en cuanto ella se fuese de la habitación. entretanto, salí a la calle, con cierta curiosidad, no mucha, por saber qué día era. en nuestras borracheras, días y noches se mezclaban. bebíamos y hacíamos el amor continuamente, sólo. era cerca del mediodía y bajé la cuesta a enterarme qué día era en el quiosco de la esquina. viernes, decía el periódico. bueno, el viernes era un día tan bueno como cualquier otro. luego vi el titular. PRIMO DE MILTON BERLE[5] ALCANZADO EN LA CABEZA POR PIEDRA DESPRENDIDA. en fin, ¿cómo demonios vas a suicidarte cuando escriben titulares como ése? agarré un periódico y volví con él. «¿sabes lo que pasó?» pregunté. «¿qué?» dijo ella. «al primo de Milton Berle le cayó una piedra en la cabeza». «¿no bromeas?», «qué va». «¿y qué clase de piedra sería?», «creo que era de esas redondas, lisas y amarillas». «sí, eso creo yo también». «¿de qué color tiene los ojos el primo de Milton Berle?», «supongo que una especie de marrón, un marrón muy claro». «ojos marrón claro, piedra amarillo claro». «¡CLUNK!», «sí, CLUNK!» salí y me agencié un par de botellas y pasamos un día magnífico, pese a todo. creo

que el periódico de aquel titular de aquel día se llamaba algo así como «The Express» o «The Evening Herald». no estoy seguro. de todos modos, quiero darle las gracias al periódico que fuese y también al primo de Milton Berle y a aquella piedra redonda, amarilla y lisa.

en fin, dado que el tema parece ser suicidio, recuerdo una vez que estaba trabajando en los muelles, solíamos almorzar en aquellos muelles de San Francisco con los pies colgando por el borde. bueno, un día estaba yo sentado allí y el tipo de al lado se quita los zapatos y los calcetines, los coloca cuidadosamente al lado. estaba sentado junto a mí. luego oí el chapoteo y allá abajo estaba. fue muy extraño. gritó «¡SOCORRO!» justo antes de que su cabeza tocara el agua. luego hubo sólo un breve braceo, nada del otro mundo, y yo no sentía gran cosa, me limitaba a mirar aquellas burbujas de aire que subían. luego se acercó corriendo un hombre y empezó a gritarme, «¡HAY QUE HACER ALGO! ¡QUIERE SUICIDARSE!», «¿qué demonios puedo hacer yo?», «¡conseguir una cuerda, tirarle una cuerda o algo!» me levanté de un salto y corrí a la cabaña donde un viejo envolvía paquetes y cajas de cartón. «¡DAME UNA CUERDA!» él me miró sin decir nada. «¡MALDITA SEA, DAME UNA CUERDA. HAY UN HOMBRE AHOGÁNDOSE. QUIERO ECHARLE UNA CUERDA!».

el viejo dio la vuelta y cogió algo que me entregó. lo entregó cogido con dos dedos. era un pedacito de cuerda blanca, reseca. «¡CONDENADO HIJOPUTA!» le grité.

por entonces, ya un joven se había quitado todo menos los calzoncillos y se había tirado al agua y había sacado a nuestro suicida. al chico le dieron el resto del día libre sin descontarle nada. nuestro suicida pretendía haberse caído por accidente, pero no podía explicar lo de quitarse los zapatos y los calcetines. nunca volví a verle. puede que completara el trabajo aquella noche. nunca puedes saber lo que atribula a un hombre. incluso cosas triviales pueden resultar terribles si entras en un determinado estado mental. y el peor cansancio de pesar/miedo/penuria de todos es el no poder explicar ni entender ni aclarar siquiera. simplemente pesa sobre uno como una losa de metal laminado y no hay modo de quitársela de encima. ni siquiera por veinticinco dólares la hora. lo sé. ¿suicidio? el suicidio parece incomprensible al menos que uno mismo esté pensando en ello. no hay que pertenecer al Sindicato de Poetas para unirse al club. vivía yo de joven en aquel hotelucho barato y mi amigo era un hombre mayor, un ex-presidiario, cuyo trabajo consistía en hurgar en las tripas de las máquinas de hacer caramelos. no parece mucho para vivir de ello, ¿verdad? el caso es que bebíamos juntos algunas noches y él parecía un buen tipo, una especie de gran muchacho de cuarenta y cinco años, tranquilo y despreocupado, sin ninguna malicia. Lou se llamaba. había trabajado en las minas de diamantes. nariz de halcón. grandes manos deformadas, zapatos en chancleta, despeinado, no tan bueno como yo con las señoras… por entonces. en fin, lo cierto es que perdió un día de trabajo por el trago y los peces gordos del caramelo le echaron. vino y me lo explicó. le dije que no se

preocupase: en realidad, el trabajo lo único que hace es robarle a un hombre magníficas horas. no pareció impresionarle mucho mi material casero y se largó. bajé hasta su puerta unas dos horas después a sacarle un par de cigarros. no contestó a la llamada, así que supuse que estaría allí dentro borracho. empujé la puerta y se abrió. allí estaba en la cama, con las espitas de gas abiertas. estoy seguro de que la compañía de gas del Sur de California sencillamente no sabe a cuánta gente sirve. en fin, abrí las ventanas y apagué el hornillo de gas y el calentador de gas. no tenía cocina. era sólo un ex-presidiario que había perdido el trabajo de hurgar en las entrañas de las máquinas de caramelos por haber faltado un día. el jefe me dice que soy el mejor obrero que ha tenido. lo malo es que falto demasiados… dos días el mes pasado. me dijo que si faltaba otro día, se acabó.

me acerqué a la cama y le zarandeé.

—¡tu puta madre!

—¿qué?

—tu puta madre, ¡como vuelvas a hacer esto, te corro a patadas en el culo por toda la ciudad!

—¡oh, Ski, ME SALVASTE LA VIDA! ¡TE DEBO LA VIDA! ¡ME SALVASTE LA VIDA!

siguió con su cantinela de «me salvaste la vida» durante unas dos semanas de borrachera. se echaba sobre mi novia con aquella nariz ganchuda, ponía su gran mano deforme sobre la mano de ella, o peor aún, en la rodilla, y decía, «¡sí, este jodido hijoputa me salvó la VIDA! ¿LO SABIAS?».

—me lo has contado varias veces, Lou.

—¡SÍ, ÉL ME SALVO LA VIDA!

dos días después, se fue. dejando a deber dos semanas de alquiler. nunca volví a verle.

esto ha sido una especie de resaca, pero hablar de suicidio evita cometerlo. ¿o no? estoy acabando mi última cerveza y mi radio en el suelo toca música del Japón. acaba de sonar el teléfono. algún borracho. conferencia. de Nueva York. «escucha, amigo, mientras saquen a relucir un Bukowski cada cincuenta años, lo conseguiré». me permitió complacerme a mí mismo en esto, manipularlo a mi favor, porque tengo los cielos tristes azul oscuro, la melancólica fiebre azulada. «¿recuerdas qué borracheras cogíamos, amigo?» pregunta. «sí, recuerdo». «¿qué haces ahora, aún escribes?», «sí, en este momento estoy escribiendo sobre el suicidio». «¿suicidio?», «sí, es esta columna, bueno, ya sabes, un periódico nuevo que está empezando, OPEN CITY». «¿publicarán lo del suicidio?», «no sé». hablamos un rato y luego colgó. una resaca. una columna, recuerdo aquella canción que cantaban cuando era niño, LUNES TRISTE. era en Hungría, creo, y siempre que tocaban LUNES TRISTE alguien decidía suicidarse. por fin prohibieron que se tocara la canción. pero están tocando algo ahí en el suelo en mi radio que suena igual de mal. si no ves esta columna la próxima semana puede que no sea por causa del tema. entretanto, no sé si liquidar a

Coates o a Weinstock.[6]

*

* *

fue el lunes pasado por la tarde. había estado trabajando todo el domingo hasta medianoche y luego cogí el coche y me fui allí con las luces ya encendidas. llevé una caja de seis botellas y esto contribuyó a que empezase el asunto. alguien salió y trajo más.

—deberías haber visto a Bukowski la semana pasada —dijo aquel tipo—. estaba bailando con la tabla de planchar. luego dijo que iba a tirarse a la tabla de planchar.

—¿sí?

—sí. luego nos leyó sus poemas. tuvimos que arrancarle el libro de las manos porque si no se habría estado leyéndonos sus poemas toda la noche.

les dije que estaba allí aquella mujer de ojos de virgen, allí sentada mirándome… (mujer, demonios, chica, era una chica) y resultaba difícil parar.

—veamos —les dije—, estamos ahora a mediados de julio y no he echado un polvo en todo lo que va de año.

se reían. les parecía divertido. la gente que anda bien abastecida siempre considera divertido que otro no lo esté.

luego se pusieron a hablar del jovencito rubio y celestial que estaba amartelado con tres chicas a la vez. les advertí que cuando ese chico llegara a los treinta y tres años tendría que buscarse un trabajo. esto parecía una advertencia un poco estúpida y vengativa. no tenía otra cosa que hacer más que darle a la lata de cerveza y esperar que la bomba cayera.

cogí un trocito de papel de algún sitio y cuando nadie me miraba escribí:

amor es una vía con cierto significado; sexo es significado suficiente.

pronto todos los jóvenes se cansaron y tuvieron que irse a dormir. me dejaron con un veterano, un hombre más o menos de mi edad. nosotros teníamos aguante para seguir toda la noche… bebiendo, claro. cuando se acabó la cerveza, él localizó una botellita de whisky. era un veterano del mundo de la prensa, director por entonces de algún gran periodicucho urbano del este. la charla era agradable. dos perros viejos de acuerdo en demasiadas cosas. la mañana llegó deprisa. hacía las seis y media dije que tenía que irme. decidí no ir en coche. eran unas ocho manzanas. el veterano bajó conmigo andando hasta el bulevar Hollywood. junto al callejón de la bodega. luego un anticuado apretón de manos y nos separamos.

cuando estaba a unas dos manzanas de mi casa, me llamó la atención una mujer que intentaba poner un coche en marcha. intentaba sacarlo de junto a la acera. tenía problemas. saltaba hacia adelante unos metros, luego se calaba. lo prendía inmediatamente otra vez, de un modo que me parecía un tanto errático y aterrado. era un coche último modelo. me paré en la esquina y la observé. pronto el coche se caló justo a mi lado, allí junto a donde yo estaba en la acera. miré al interior. allí iba sentada aquella mujer. llevaba zapatos de tacón alto, medias negras, blusa,

pendientes, anillo de boda y bragas. no llevaba falda. sólo aquellas bragas rosa claro. aspiré el aire de la mañana. aquella cara de vieja y aquellas grandes piernas y aquellos muslos tersos de muchacha.

el coche volvió a saltar hacia adelante, se caló otra vez. bajé la acera y metí la cabeza por la ventanilla:

—señora, sería mejor que aparcase este chisme. la policía anda muy activa a estas horas. podría tener problemas.

—está bien.

aparcó el coche junto a la acera, luego salió. bajo la blusa había también jóvenes pechos de muchacha. y allí estaba ella con sus bragas rosa y sus medias negras y sus zapatos de tacón a las seis y veinticinco de la mañana de Los Ángeles. una cara de cincuenta y cinco años con un cuerpo de dieciocho.

—¿está segura de que no le pasa nada? —dije.

—segura del todo —dijo ella.

—¿está *realmente* segura? —pregunté.

—seguro que estoy segura —dijo ella.

luego se volvió y se alejó. y yo me quedé allí mirando moverse aquellas nalgas bajo aquel prieto brillo rosa. se alejaba, calle abajo, entre hileras de casas, y nadie a la vista, ni un policía, ni un ser humano, ni un pájaro siquiera. sólo aquellas cimbreantes nalgas rosadas y jóvenes alejándose. estaba demasiado trompa para gemir; sólo sentía la mordiente y salvaje tristeza de otra cosa buena perdida para siempre. no había dicho las palabras justas. no había dicho la combinación justa de palabras, no lo había intentado siquiera. me merecía la tabla de planchar, así que qué demonios, sólo una loca podía andar por ahí con bragas color rosa a las seis de la mañana. me quedé viéndola alejarse. los camaradas nunca creerían esto… aquello que se iba. pero entonces, mientras la contemplaba ella se volvió y volvió hacia mí. también de frente estaba bien. en realidad, cuanto más se acercaba mejor me parecía… quitando la cara. pero había que quitar mi cara también. la cara es lo primero que quitas cuando la suerte se tuerce. la desaparición de lo restante sigue en más lento orden.

llegó junto a mí. aún no había nadie a la vista. a veces la locura se hace tan real que deja de serlo. allí estaba bragas color rosa respirando de nuevo a mi lado, y ni un coche patrulla por ninguna parte, y nadie en ningún sitio entre Venecia Italia y Venice California, entre las planchas de esnifar del infierno y el último solar vacío de Palos Verdes.

—vaya, volviste —dije.

—sólo quería ver si la parte trasera del coche quedaba sobre el vado.

se inclinó para verlo. yo no podía soportar más. la agarré por el brazo.

—ven, vamos a mi casa. está ahí mismo. tomemos unas copas y salgamos de la calle.

me miró con aquella cara que se caía a pedazos. aún no podía emplazar la cabeza sobre su cuerpo. temblaba como una bestia apestosa. por fin, dijo:

—bueno, vamos.

así que fuimos allá. no la toqué. le ofrecí un cigarrillo que encontré en el bolso de la camisa. le di fuego a la entrada de una iglesia. esperaba, en cualquier momento, una voz de una de las casas vecinas: «¡eh, mujer, como no se largue de la calle con sus jodidas bragas llamo a la policía!». quizás mereciese la pena vivir en los arrabales de Hollywood. probablemente hubiese tres o cuatro tíos atisbando detrás de las cortinas dándole a la mano mientras la mujer preparaba el desayuno.

entramos, la hice sentarse y saqué media jarra de tinto montañés que había dejado un hippy. bebimos tranquilamente. parecía más sensible que la mayoría. no sacó del bolso las fotos de su familia… los niños, me refiero. por supuesto, el marido siempre sale.

—Frank me pone mala. Frank no quiere que me divierta.

—¿sí?

—me tiene encerrada. estoy harta de que me encierre. me esconde todas las faldas, todos los vestidos. lo hace siempre que bebe. cuando bebemos.

—¿sí?

—quiere tenerme como una especie de esclava. ¿tú crees que una mujer debe ser esclava de un hombre?

—¡no, qué coño!

—así que tenía medias y zapatos de tacón y bragas y blusa, pero ninguna falda y cuando Frank se quedó traspuesto, ¡me escapé!

—pero creo que Frank no debe ser mal tío —dije—, no le trates demasiado mal, ¿me entiendes?

ésta es la actitud del viejo profesional. fingir siempre ser comprensivo, aun cuando no lo sea.

las mujeres nunca quieren sensibilidad, lo que quieren es una especie de vengatividad emocional hacia algún otro por el que se preocupan demasiado. las mujeres son básicamente animales estúpidos, pero se concentran tanto y tan enteramente en el varón, que a menudo le derrotan mientras él anda pensando en otras cosas.

—creo que Frank es un cabrón, pero ¿no te alegra que esté aquí?

era mucho mejor, desde luego, que las tablas de planchar. terminé mi vaso y le eché el brazo encima y agarré aquella cara vieja y, procurando no dejar de pensar en el cuerpo, la besé, metí bien la lengua, la suya por fin rodeó la mía y la chupó, la chupó, mientras yo jugaba con aquellas piernas de nylon de muchacha y aquellos pechos madre-milagro. Frank era un buen tipo. sobre todo cuando roncaba.

hicimos un descanso y echamos otro trago.

—¿y qué haces tú? —preguntó.

—soy decorador de interiores —dije.

—déjate de cuentos —dijo.

—oye, eres muy lista.

—fui a la universidad.

no le pregunté dónde. el viejo profesional sabe cómo funciona el asunto.

—¿fuiste tú a la universidad?

—no demasiado.

—tienes unas manos bonitas, tienes manos de mujer.

—he oído eso demasiadas veces. como vuelvas a decírmelo te rompo los dientes.

—¿qué eres, un artista, pintor, algo así? pareces un poco confuso. y me he dado cuenta de que no te gusta mirar a la gente a los OJOS. no me gusta la gente que NO PUEDE MIRARME A LOS OJOS. ¿eres un cobarde?

—sí. pero los ojos son distintos. no me gustan los ojos de la gente.

—me gustas.

dio la vuelta y me agarró por delante. no lo esperaba; me disponía a acompañarla al coche de nuevo. o, peor aún, a dejar que se fuera sola.

fue bueno. quiero decir, que me agarrara. olvidando las palabras.

bebimos un par de tragos buenos y luego me la llevé a la cama, o me llevó ella a mí. da igual. no hay vez como la primera. digan lo que digan. la hice quedarse con las medias y los zapatos de tacón. soy un raro. no puedo soportar al ser humano en su estado actual, he de ser engañado. los psiquiatras deben tener un término para designar eso, yo también lo tengo para los psiquiatras.

es como andar en bici: en cuanto vuelves a colocarte en el asiento, el equilibrio y el asombro aparecen de nuevo.

estuvo bien. después de pasar por el baño volvimos otra vez a la habitación delantera y liquidamos la jarra. no recuerdo volver a la cama, pero desperté con aquella cara de cincuenta y cinco años mirándome de reojo; algo realmente demencial. eran unos ojos de locura. tuve que echarme a reír. había estado tirándome de la cuerda mientras yo dormía. me había pasado lo mismo una vez en la Calle Irolo con una joven negra que estaba muy buena.

—¡venga, niña, vamos! —le dije.

me incorporé y entré y le abrí bien las piernas. aquella cara de cincuenta y cinco años bajó y me besó, era horrible pero el cuerpo de dieciocho estaba allí firme y prieto, torneado, insinuante; era como una serpiente, algo tan loco como papel de pared que cobrase vida. lo hicimos.

luego, me dormí de verdad. algo me despertó. miré y bragas color rosa tenía las bragas otra vez puestas y estaba poniéndose unos pantalones míos viejos y andrajosos. era triste… el ver su culo tan poco favorecido dentro de mis andrajosos pantalones. era triste, ridículo, insoportable, un fastidio arrancalágrimas, pero el viejo veterano achicó los ojos, fingió estar dormido. ¡Frankie, ahí va tu AMOR! cuando pueda.

la vi mirar en un paquete de cigarrillos vacío, vi como me miraba luego a mí… puede parecer una egolatría espantosa pero percibí que me contemplaba arrobada. a la mierda eso, yo tenía mis propios problemas, aún. me sentía mal cuando vi que lo que

me había dado algo se iba por la puerta de mi dormitorio con un piojoso par de pantalones rotos míos. pero los profesionales son capaces de diferenciar un presupuesto futuro mecánico basado en el azar de la cosa verdadera que nunca se muestra… salvo en la forma de una tabla de planchar. salió del dormitorio. las dejo irse, ellas me dejan irme. todo es horrible realmente, y yo añado horror. nunca nos dejarán dormir hasta que estemos muertos y entonces se inventarán otro truco. cojones, sí, estuve a punto de llorar, pero luego, orientado por siglos, la joda de Cristo, todo triste y desgarrador, estúpido, me levanté de un salto y comprobé en mis únicos pantalones no rotos aún de caerme de rodillas borracho. saqué la cartera, miré el dinero y encontré siete dólares, pensé que no me habían robado. y lanzando una tímida sonrisa al espejo, me tumbé otra vez en el ex lecho de amor y… dormí.

*
* *

—vinieron a mi casa las ardas.
—¿de veras?
—sí.
—¿las ardillas?
—*¡ardas!*
—¿eran muchas?
—muchas.
—¿qué pasó?
—me hablaron.
—¿de veras?
—sí. me hablaron.
—¿qué dijeron?
—me preguntaron si quería…
—¿qué dijeron?
—me preguntaron si quería un fije.
—¿qué? ¿qué dijiste tú?
—*dije*: «me preguntaron si quería un fije».
—¿y qué dijiste *tú*?
—yo dije: «no».
—¿y qué dijeron las ardas?
—dijeron: «¡BIEN, DE ACUERDO!».

* * *

—mamá vio a Bill, mamá vio a Gene, mamá vio a Danny.
—¿de veras?
—sí.

* * *

—¿no puedo tocar tu cosa?
—no.
—yo tengo tetas. tú tienes tetas.
—así es.
—¡mira! ¡puedo hacer desaparecer tu ombligo! ¿te duele cuando te hago desaparecer el ombligo?
—no, eso es sólo grasa.

—¿qué es grasa?
—demasiado de mí donde no debería estar.
—oh.

* * *

—¿qué hora es?
—las cinco y veinticinco.
—¿qué hora es ahora?
—aún son las cinco y veinticinco.
—¿ahora qué hora es?
—escucha, el tiempo no cambia muy deprisa, aún son las cinco y veinticinco.
—¿qué hora es AHORA?
—ya te lo dije: las cinco y veinticinco.
—¿ahora qué hora es?
—cinco y veinticinco y veinte segundos.
—te tiro la pelota.
—bueno.

* * *

—¿pero qué haces?
—¡estoy *escalando*!
—¡no te caigas! ¡si te caes de ahí se acabó!
—yo no me caeré.
—no.
—¡no! ¡no me caeré! ¡mírame *ahora*!
—¡oh Dios mío!
—¡voy a bajar! ¡voy a bajarme ahora!
—vale, ¡y ahora quédate ahí quieta!
—¡oh, FARK!
—¿qué dijiste?
—dije «¡FARK!».
—eso me pareció entender.
—mamá vio a Nick, mamá vio a Annie, mamá vio a Reuben.
—¿de veras?
—¡sí!
—¿vas a trabajar?
—sí.
—¡pero a mí no me *gusta* que tú vayas a trabajar!

—a mí tampoco me gusta ir.
—entonces no vayas.
—sólo así puedo conseguir dinero.
—oh.
—así es.
—¿has cogido tu pluma?
—sí.
—¿cogiste tus llaves?
—sí.
—¿cogiste tu placa?
—sí.
—a trabajar, a trabajar, a trabajar, a trabajar, a trabajar…

* * *

—fuimos anoche al taller.
—¿sí?
—sí.
—¿qué hacía la gente?
—hablaban. todos hablaban y hablaban, y hablaban.
—¿y qué hiciste tú?
—me fui a dormir.

* * *

—¿dónde conseguiste esos maravillosos ojazos azules?
—¡me los hice yo misma!
—¿te los hiciste tú?
—¡sí!
—vaya.
—tus ojos son azules.
—no, son verdes.
—no, ¡son *azules*!
—bueno, puede que sea la luz. aquí hay poca luz.
—¿te hiciste tú mismo tus ojos?
—creo que me ayudaron un poco.
—yo me hice mis *propios* ojos, y las manos y la nariz y los pies, y los codos. todo eso.
—a veces creo que tienes razón.
—¡y tus ojos son *azules*!

—vale, mis ojos son azules.

* * *

—¡me tiré un pedo! ¡ja, ja ja! ¡me tiré un *pedo*!

—¿de veras?

—¡sí!

—¿quieres cagar?

—¡NO!

—hace horas que no haces pis. ¿te pasa algo?

—no. ¿te pasa algo a ti?

—no sé.

—¿por qué?

—no sé por qué.

—¿qué hora es?

—las seis y treinta y cinco.

—¿ahora qué hora es?

—aún son las seis y treinta y cinco.

—¿qué hora es ahora?

—las seis y treinta y cinco.

—¡oh, FARK!

—¿qué?

—dije «¡oh, FARK! ¡FARK! ¡FARK! ¡FARK!».

—oye… tráeme una cerveza.

—vale…

—mamá vio a Danny, mamá vio a Bill, mamá vio a Gene.

—vale, déjame beber la cerveza.

corre hacia sus cosas y empieza a meter piezas de rompecabezas, clips, tiras de goma, cables, sellos azules, sobres, anuncios y una pequeña estatua de Boris Karloff en su bolso. bebo mi cerveza.

*

*   *

en Filadelfia, yo tenía el taburete del fondo y llevaba los bocadillos, y así. Jim, el encargado de primera hora, me dejaba entrar a las cinco y media de la tarde mientras él limpiaba y tenía bebida gratis hasta que llegaba la gente a las siete. cerraba el bar a las dos de la mañana, no cual no me permitía dormir mucho rato. pero yo no hacía gran cosa por aquellos tiempos… ni dormir ni comer ni nada. el bar era tan cochambroso, viejo, y olía tanto a orín y a muerte que cuando entraba una puta a intentar ligar, nos sentíamos particularmente honrados. cómo pagaba el alquiler de mi habitación o lo que pensaba al respecto es algo de lo que no estoy seguro. por entonces, apareció un relato mío en *PORTFOLIO III*, junto con Henry Miller, Lorca, Sartre, y otros. la revista costaba diez dólares. era una cosa inmensa de páginas independientes, cada una impresa con diferentes tipos sobre papel de color muy caro, y locos dibujos exploratorios. Caresse Crosby, la directora, me escribió: «un maravilloso relato de lo más insólito. ¿quién ERES tú?». y yo contesté: «Querida señora Crosby: no sé quién soy. sinceramente suyo, Charles Bukowski». fue inmediatamente después de eso cuando dejé de escribir por espacio de diez años. pero primero una noche de lluvia con *PORTFOLIO*, un viento muy fuerte, las páginas volando calle abajo, gente corriendo tras ellas, yo allí de pie borracho mirando, un corpulento limpiador de ventanas que comía siempre seis huevos para desayunar, puso un gran pie en el centro de una de las páginas. «¡eh, ya está! ¡agarré una!». «¡que se jodan, déjala, déjalas que se vayan todas!» les dije yo, y volvimos a entrar. le había ganado una especie de apuesta. con eso bastaba.

todas las mañanas hacia las once, Jim me decía que ya era bastante, me echaba, tenía que salir a dar un paseo. daba la vuelta hasta la parte trasera del bar y me tumbaba allí en la calleja. me gustaba hacer esto porque los camiones subían y bajaban corriendo por la calleja y yo pensaba que en cualquier momento me tocaría. pero andaba de mala suerte. y todos los días venían niñitos negros a meterme palos por la espalda, y luego oía la voz de la madre, «¡ya está bien, ya está bien, dejad en paz a ese hombre!». al cabo de un rato me levantaba, volvía a entrar y seguía bebiendo. el problema era el barro de la calleja. siempre había alguien que me lo sacudía muy escandalizado.

un día, estaba allí sentado y le pregunté a alguien, «¿cómo es que nadie de aquí va nunca al bar del final de la calle?» y me dijeron «es un bar de gánsteres. entras y te matan». terminé mi bebida, me levanté y fui hasta allí.

el bar era mucho más limpio. había muchos tipos jóvenes y grandes, un poco hoscos. se estaba muy tranquilo.

—tomaré whisky y agua —le dije al encargado.

fingió no oírme.

subí el volumen:

—camarero, dije que quería un whisky con agua.

esperó un largo rato, luego se volvió, vino con la botella y me sirvió. lo bebí.

—tomaré otro.

vi a una joven sentada sola. parecía aburrida. parecía un buen bocado, parecía un buen bocado y aburrida. yo tenía algo de dinero. no recuerdo dónde lo conseguí. bebí el whisky y fui hasta allí y me senté con ella.

—¿qué quieres que ponga en la máquina? —pregunté.

—cualquier cosa. lo que quieras.

cargué el chisme. yo no sabía quién era yo pero podía cargar la máquina. parecía un buen bocado. ¿cómo podía estar tan buena y estar sola?

—¡camarero! ¡camarero! ¡dos vasos más! ¡uno para la señora y otro para mí!

olí la muerte en el aire. y al olerla ya no estuve tan seguro de si olía bien o mal.

¿qué quieres, querida? ¡dile lo que quieres!

llevábamos bebiendo una media hora cuando uno de los dos tipos grandes que se sentaban al final de la barra se levantó; se acercó lentamente hacia mí. se quedó detrás inclinado. ella había ido al cagadero.

—oye, amigo, tengo que DECIRTE algo.

—adelante, cuando quieras.

—ésa es la chica del jefe. si sigues metiendo la pata conseguirás que te maten.

eso fue lo que dijo: «que te maten». como una película. volvió a su sitio y se sentó. ella salió del cagadero, se sentó a mi lado.

—camarero —dije—, dos vasos más.

seguí cargando la máquina y hablando. luego tuve que ir al cagadero *yo*. fui adonde decía HOMBRES y vi que había una larga escalera que bajaba. tenían el cagadero de hombres allá abajo, qué raro. bajé los primeros escalones y pronto me di cuenta de que me seguían los dos tipos grandes del final de la barra. no era tanto el miedo del asunto como la extrañeza. nada podía hacer más que seguir bajando las escaleras. llegué, desabroché la bragueta y empecé a mear. vagamente borracho, vi bajar la cachiporra. moví la cabeza un poco y en vez de recibir el golpe en la oreja me dio justo en la nuca. las luces bailaron y relampaguearon, aunque no fue demasiado malo. terminé de mear, me la guardé y me abroché. di la vuelta. estaban allí esperando que me cayera. «Permiten», dije, y luego pasé entre los dos y subí las escaleras y me senté. me había olvidado de lavarme las manos.

—camarero —dije—, dos vasos más.

sangraba. saqué el pañuelo y me lo puse en la nuca. luego subieron los dos tipos grandes del cagadero y se sentaron.

—camarero —indiqué hacia ellos—, que beban lo que quieran esos señores.

más discos, más charla. la chica no se separaba de mí. yo no entendía casi nada de lo que ella decía. luego tuve que volver a mear. me levanté y fui otra vez hacia el retrete de HOMBRES. uno de los tipos grandes le dijo al otro cuando yo pasaba:

—no podemos matar a este hijoputa. está loco.

esta vez no bajaron, pero cuando yo subí no me senté otra vez con la chica. había probado algo y ya no me interesaba. estuve bebiendo allí el resto de la noche, cuando cerró el bar, salimos todos y hablamos, reímos, cantamos. yo había bebido unos cuantos tragos con un muchacho de pelo negro las últimas horas. se me acercó y me dijo:

—oye, te queremos en la banda. tienes huevos. necesitamos un tío como tú.

—gracias, amigo. te lo agradezco pero no puedo. gracias de todos modos.

luego me fui. siempre el viejo sentido de lo dramático.

pasé a un coche patrulla unas manzanas más allá, les dije que un par de marineros me habían dado con una cachiporra y me habían robado. me llevaron a la casa de socorro y allí me sentaron bajo una brillante luz eléctrica con un médico y una enfermera. «bueno, esto va a dolerle», dijo el médico. la aguja empezó a trabajar. yo no sentía nada. sentía como si me controlara y lo controlara todo perfectamente. mientras me ponían una especie de venda, me estiré y agarré la pierna de la enfermera. la apreté la rodilla. me pareció magnífica.

—eh, ¿qué demonios le pasa?

—nada. era jugando —le dije al médico.

—¿quiere que nos llevemos a este tipo y lo encerremos? —preguntó uno de los polis.

—no, llévenlo a casa. ha tenido una noche muy mala.

los polis me llevaron en coche. fue un buen servicio. de haber sido en Los Ángeles, me habrían metido en el camión de los borrachos. entré en mi habitación, me bebí una botella de vino y me fui a dormir.

no me desperté a las cinco y media, para abrir el viejo bar. a veces me pasaba. a veces me quedaba en la cama todo el día. hacia las dos, oí a una pareja de mujeres que hablaban al pie de la ventana.

—no sé este nuevo inquilino. a veces se queda en la habitación todo el día con las persianas bajadas oyendo la radio. y no hace otra cosa.

—le he visto borracho casi siempre —dijo la otra—. un hombre horrible.

—creo que tendré que decirle que se vaya —dijo la primera.

oh, mierda, pensé. oh, mierda, mierda mierda mierda mierda.

apagué a Stravinsky. me vestí y bajé al bar. entré.

—¡¡¡eh!!! ¡aquí está!

—¡creímos que te habían matado!

—¿fuiste al bar de la banda?

—sí.

—cuéntanoslo.

—primero necesitaré un trago.

—claro, por supuesto.

llegó el whisky con agua. me senté en el último taburete. avanzaba la sucia luz del sol penetrando por la Dieciséis y Fairmount. mi día había empezado.

—los rumores —empecé— de que se trata de un sitio peligroso son indudablemente ciertos… —luego les expliqué más o menos lo que os he dicho.

el resto de la historia es que no pude peinarme en dos meses, volví al bar de la banda una o dos veces más, me trataron magníficamente, y poco después me fui de Filadelfia buscando más problemas, o lo que buscase. encontré problemas, pero el resto de lo que buscaba aún no lo he encontrado. Quizás lo encontremos al morir. quizás no. tenéis vuestros libros de filosofía, vuestros sacerdotes, vuestro predicador, vuestro científico, así que no me lo preguntéis a mí. y no entréis en bares en los que el cagadero de hombres queda bajando las escaleras.

*

*   *

cuando murió la madre de Henry, las cosas no fueron mal. un bonito funeral católico. el sacerdote quemó unas barritas de incienso y nada más. no abrieron el ataúd. Henry fue derecho del funeral al hipódromo. tuvo un buen día. se ligó allí a una rubia y fueron al apartamento de ella. ella preparó unos filetes y lo hicieron. cuando murió su padre fue más complicado. dejaron abierto el ataúd y tuvo que echarle el último vistazo. antes de eso, le novia del viejo, a la que él no conocía, una tal Shirley, llegó y se lanzó sobre el ataúd, gimiendo y llorando y agarró la cabeza del muerto y le besó. tuvieron que quitárselo. luego, cuando Henry bajaba las escaleras, esta Shirley le agarró y empezó a besarle.

—¡oh, eres igual que tu padre!

él se puso caliente cuando ella le besaba y cuando la apartó algo sobresalía en sus pantalones. ojalá la gente no se dé cuenta, pensó. tomó nota de que tenía que echarle un tiento a Shirley. no era mucho mayor que él. fue del funeral a las carreras, pero esta vez no hubo rubia. y perdió algún dinero. el viejo le había pasado su estigma.

el abogado dijo que no había testamento. no había dinero, pero sí una casa y un coche. Henry no trabajaba, así que se mudó. y se dedicó a beber. bebía con su buena novia Maggie. sé levantaba hacia el mediodía y regaba el maldito prado. y las flores. al viejo le gustaban las flores. regaba las flores. se plantaba allí sobre ellas recordando cómo le odiaba el viejo porque no le gustaba trabajar. sólo beber y acostarse con tías. ahora él tenía la maldita casa y el coche y el viejo estaba bajo tierra. llegó a conocer a los vecinos, sobre todo al que vivía hacia el norte. uno que era encargado de una lavandería. Harry. este Harry tenía un prado lleno de pájaros. lleno de cinco mil dólares de pájaros. de todas clases. de todas partes. de extraños colores y extrañas formas y algunos hablaban, uno de ellos decía una y otra y otra vez: «¡vete a la mierda vete a la mierda!». Henry le echó agua pero sin resultado. el bicho dijo: «¿quieres pelea?» y luego siguió «vete a la mierda» cinco o seis veces, muy deprisa. todo el pradillo estaba lleno de aquellas jaulas de alambre. Harry vivía para los pájaros. Henry vivía para el trago, y las tías. ¿y si probase alguno de aquellos

pájaros? ¿cómo se jode a un pájaro?

Maggy era buena en la cama, pero era india-irlandesa y tenía un temperamento endiablado cuando bebía. de vez en cuando, él tenía que pegarla. llamó por teléfono a Shirley y le pidió que viniera. empezó a besarle otra vez, diciendo que era exactamente igual que su padre. él la dejó y contestó a sus besos. no lo hizo aquella noche, decidió esperar y asegurarse. no quería herirla.

Harry iba casi todas las noches con su mujer y bebían. Harry hablaba de la lavandería y de los pájaros. los pájaros odiaban a la mujer de Harry. la mujer de Harry cruzaba las piernas muy alto mientras explicaba cuánto odiaba a los pájaros y Henry empezó a notar algo que se movía bajo los pantalones. las malditas mujeres torturándole siempre. luego Shirley empezó a venir y bebían todos juntos. A Maggy no le gustaba que estuviese Shirley allí y Henry no hacía más que mirar a Shirley y a la mujer de Harry preguntándose cuál sería mejor. en fin, todo pasó la misma noche. la mujer de Harry se emborrachó y soltó a todos los pájaros. cinco mil dólares de pájaros. y Harry se quedó allí sentado, borracho, estremecido, y de pronto empezó a gritar y a pegarle a su mujer. cada vez que le pegaba, ella se caía y Henry miraba debajo de la falda. le vio las bragas varias veces. empezó a ponerse muy caliente. Maggy corrió fuera a intentar coger los pájaros y meterlos en las jaulas, pero parecía que no podía cogerlos. corrían por todas partes calle arriba y calle abajo, se posaban en los árboles, en los tejados, cinco mil dólares de pájaros locos, todos de formas y colores distintos, saboreando la confusión de la libertad.

Henry no pudo soportarlo más y agarró a Shirley y la metió en el dormitorio. la desnudó y la montó. casi estaba demasiado borracho para funcionar. cada vez que Henry pegaba a su mujer, su mujer chillaba y él daba un empujoncito extra. luego entró Maggy con un pájaro, un pájaro con un mechón anaranjado en la cabeza y un mechón anaranjado en el pecho y dos mechones anaranjados en las patas. el resto del pájaro eran plumas grises y estúpidas. le había costado a Harry trescientos dólares. Maggy gritó: «¡cogí un pájaro!» y al no ver a Henry entró en el dormitorio y cuando vio lo que pasaba se limitó a sentarse en una silla con el pájaro en el regazo, mirando y llorando. y Harry seguía tirando al suelo a su mujer y ella seguía llorando, y así estaban las cosas cuando entró la policía. dos polis jóvenes. los polis separaron a Henry, les hicieron vestirse a todos y los bajaron a la comisaría. vino otro coche patrulla con otros dos polis jóvenes. a Maggy le entró la mala leche y le atizó a uno de los polis y se la llevaron en uno de los coches patrulla, se turnaron los dos al volante mientras el otro se jodia a Maggy en el asiento trasero. tuvieron que esposarla. el otro poli llevó a Henry, Harry, Shirley y la mujer de Harry a la comisaría, los empapelaron y los enchironaron, y todos los pájaros corriendo calle arriba y calle abajo.

Aquel domingo el predicador habló de los «alcohólicos lujuriosos que traen pecado y vergüenza a nuestra comunidad». Maggy era la única que no estaba en la cárcel. era muy religiosa. estaba allí sentada en la primera fila con las piernas

cruzadas muy altas.

desde el pulpito, el predicador podía ver piernas arriba. casi podía verle las bragas. empezó a notar algo bajo de los pantalones. el púlpito, afortunadamente, ocultaba esta parte de él. tuvo que mirar por el ventanal hacia fuera y seguir hablando hasta que lo de debajo de los pantalones desapareció.

Harry perdió su empleo. Henry vendió la casa. el predicador lo hizo con Maggy. Shirley se casó con un reparador de televisores. Harry se sentaba por allí mirando las jaulas vacías y los pájaros hambrientos y muertos en las calles. Cada vez que veía otro pájaro muerto en la calle volvía a pegarle a su mujer. Henry se jugó y se bebió el dinero en seis meses.

me llamo Henry. Henry Charles. cuando murió mi madre no estuvo mal. un bonito funeral católico. incienso. el ataúd cerrado. cuando murió mi padre fue más complicado. dejaron abierto el ataúd y la novia del viejo se acercó al ataúd… besó aquella cabeza muerta, y así empezó todo.

posdata: no puedes joderte a un pájaro si no puedes cazarlo.

*

*   *

lo mejor de una secadora de gas moderna, por supuesto, es cómo trata la ropa, y el Rey me pateó el culo cinco veces, una dos tres cuatro cinco, y así me vi yo en Atlanta, peor todavía que en Nueva York, más tronado, más loco, más enfermo, más flaco; sin más oportunidades que puta de cincuenta y tres o araña en bosque en llamas. en fin, allí iba yo calle abajo y era de noche y hacía frío y a Dios le daba igual, a las mujeres les daba igual, y al imbécil del editor le daba igual. a las arañas les daba igual, no podían cantar, no conocían mi nombre, pero el frío sí y las calles lamían mi vientre helado y vacío, ja ja, las calles sabían de más, y yo andaba por ellas con mi blanca camisa californiana. y helaba y llamé a una puerta, eran más o menos las nueve, casi dos mil años después de que Cristo palmara, y la puerta se abrió y en el quicio apareció un hombre sin rostro. y yo dije, necesito una habitación, vi que tenían un cartel Se Alquila Habitación. y él dijo, no me gustas. así que no molestes.

la único que quiero es una habitación, dije, hace mucho frío. le pagaré. quizás no tenga para una semana, pero sólo quiero librarme del frío. no es morir lo que me molesta, lo que me molesta es estar perdido.

vete a tomar por el culo, dijo él. la puerta se cerró.

recorrí las calles cuyo nombre desconocía. no sabía qué dirección tomar. lo triste era que algo iba mal. y yo no era capaz de formularlo. colgaba en mi cabeza como una biblia. qué mierda absurda. qué modo de perderse. sin mapa. sin gente. sin ruido, sólo avispas. piedras. paredes, viento. la polla y los huevos colgando inertes. podía gritar lo que fuera en la calle y nadie oiría, a nadie le importaría un bledo. no es que debiera importarles. yo no pedía amor. pero había algo muy extraño. los libros nunca

hablaban de eso. los padres nunca hablaban de eso. pero las arañas sabían. a tomar por el culo.

por primera vez me di cuenta de que todo lo que era PROPIEDAD DE ALGUIEN tenía un CIERRE. todo estaba cerrado. una lección para ladrones y locos, Norteamérica la bella.

entonces vi una iglesia. no es que me gustaran demasiado las iglesias, sobre todo cuando estaban llenas de gente. pero no creí que aquélla lo estuviera a las nueve de la noche. subí las escaleras.

eh, eh, mujer, ven a ver lo que queda de tu hombre.

podía sentarme allí un rato y aspirar el hedor, quizás sacarle algo a Dios, darle quizás una oportunidad. empujé la puerta.

la muy hijaputa estaba cerrada.

bajé las escaleras.

seguí recorriendo calles, doblando esquinas sin motivo, seguí caminando. estaba ya sobre mí. el muro. a esto temen los hombres. no sólo estar aislado para siempre. sino también no tener un amigo. así que, es posible, pensé, que esto PUEDA hacer que te cagues de miedo. que pueda MATARTE. el truco barato de ellos es meterse y engancharse. meterte en la cartera toda clase de tarjetas. dinero. seguro. automóvil. cama. ventana. retrete. gato. perro. fábrica. instrumento musical. partida de nacimiento. cosas por las que enfadarse. enemigos. partidarios. sacos de harina. palillos de dientes. culo sano. bañera. cámara fotográfica. limpieza de botas.

oh Dios mío, oh. cierres. (húndete en ello, nada en ello, frótale la espalda) (todo lo que tienes: un par de aletas, alas de goma, polla de repuesto en el botiquín).

crucé un puentecillo y luego vi otro cartel: SE ALQUILA HABITACIÓN. subí a la casa. llamé. claro que llamé. ¿qué creéis que iba a hacer? ¿ponerme a taconear con aquella blanca camisa californiana y el culo frío?

sí, se abrió la puerta: una vieja. hacía demasiado frío para percibir si tenía rostro o no. supongo que no. yo funcionaba con porcentajes. un gran matemático con el culo frío. me froté los labios un rato y luego hablé.

veo que alquila una habitación.

así es. ¿y?

tengo razones para creer que podría necesitar una habitación.

necesitará un billete y cuarto.

¿por la noche?

por la semana.

¿por la semana?

eso es.

Dios mío.

le di el billete y cuarto. me quedaban con eso dos o tres dólares. atisbé el interior de la casa. Dios mío. había un gran fuego encendido. metro y medio de ancho, uno de alto. no quiero decir que la casa estuviese en llamas, quiero decir que lo tenían

encendido en su sitio. una mágica chimenea. podías resucitar sólo con mirar aquel fuego. podías engordar un kilo sin comer, sólo con mirar aquel fuego. había un viejo sentado junto al fuego. pude verle bañado en la gloria roja de la sombra del fuego. madre. tenía la boca abierta. parecía no saber dónde estaba. se estremecía todo. no podía dejar de temblar. pobre diablo. pobrecillo. avancé. un paso hacia el interior.

eh, cuidado, dijo la vieja.

¿qué quiere decir? pagué el alquiler. una SEMANA entera.

desde luego. pero su habitación está fuera. sígame.

la vieja cerró la puerta dejando allí a aquel pobre diablo y yo la seguí camino abajo hacia la parte delantera. camino, demonios. todo el patio delantero era barro. barro frío y duro. no me había dado cuenta, pero en el patio delantero había una cabaña, un cobertizo de cartón. mis dotes de observador siempre habían sido una mierda. la vieja abrió la puerta de cartón de un empujón. la puerta colgaba de un solo gozne.

no tiene cierre. pero nadie le molestará ahí dentro.

creo que tiene tazón.

se fue. yo había tenido razón. le había visto la cara, no tenía cara. sólo carne colgando del hueso como la carne arrugada del culo de una gallina.

no había luz. sólo un cordón colgaba del techo. el suelo estaba sucio, pero había un periódico en el suelo, una especie de alfombra, una cama, ninguna sábana, una manta fina. una. fina. luego encontré ¡una lámpara de keroseno! ¡gloria! ¡suerte! ¡encanto! tenía una cerilla y encendí el chisme. ¡APARECIÓ UNA LLAMA!

era un fuego hermoso, poseía alma, laderas de montañas soleadas, cálidos ríos de sonrientes peces, tibias medias que olían un poco como tostadas. puse la mano sobre la llamita. tenía unas manos muy bellas. era lo único que tenía. tenía unas hermosas manos.

la llamita se apagó.

manipulé la lámpara de keroseno pero como había nacido en el siglo veinte no sabía gran cosa de ella. de todos modos no tardé mucho en imaginar que necesitaba más líquido, combustible, keroseno, como quieras llamarle. abrí la puerta de cartón y salí a la estrellada noche de Dios. llamé a la puerta de la casa con mis hermosas manos.

sí. la puerta se abrió. allí estaba la vieja. ¿quién más? ¿Mickey Rooney? eché otro furtivo vistazo al pobre vejete que temblaba junto al glorioso fuego. maldito imbécil.

¿qué pasa? preguntó la mujer desde su cara de culo de gallina.

bueno, no me gusta molestarla, pero, sabe, ¿recuerda la lamparita de keroseno?

sí.

bueno, se apagó.

¿sí?

sí. ¿podría proporcionarme un poco de combustible…?

estás loco, muchacho, ¡esa mierda cuesta DINERO!

no cerró de un portazo. tenía el Temple antiguo. la cerró con una especie de palurda y espontánea suavidad. el hábito de siglos. lindos ancestros. otros con caras como culos de gallina. los cara-culos de gallina que heredarán la tierra.

volví a mi habitación (?) y me senté en la cama. luego pasó algo muy embarazoso: aunque llevaba mucho tiempo sin comer, sentí de pronto ganas de cagar. tuve que levantarme y entrar otra vez en el mundo de Dios y llamar otra vez a aquella puerta. tampoco esta vez me abrió Mickey Rooney.

sí.

siento molestarla otra vez. pero en la habitación no hay retrete. ¿hay algún retrete por aquí?

¡está ahí! señaló.

¿dónde?

¡AHÍ! y escuche…

¿sí?

váyase a tomar por el culo, muchacho. todos hacen igual, vienen aquí a llamar continuamente. ¡así entra todo el aire frío de fuera!

lo siento.

esta vez dio un portazo. pude sentir el aire cálido en las orejas, entre los huevos, un momento. qué dulce era. luego, me dirigí al cobertizo que servía de cagadero.

la taza no tenía tapa.

miré hacia abajo. parecía hundirse kilómetros en la tierra. y nunca vi retrete que oliese como aquél, y es decir mucho. a la luz de la luna, pude ver una araña instalada en el centro de su tela, una araña gorda y negra. muy inteligente. la tela estaba tejida sobre el agujero de la taza. de pronto se me quitaron las ganas de cagar.

volví a mi habitación. me senté en la cama y balanceé mi hermosa mano lo más cerca que pude llegar de aquel cable eléctrico que estaba allí colgando. pude llegar bastante cerca. allí sentado medio loco, lleno de mierda seca, meneando aquel cable. luego me levanté y salí. bajé más o menos una manzana y me paré debajo de un árbol helado. un gran árbol helado. con toda aquella mierda seca en mí. me paré a la puerta de una tienda de ultramarinos. en el interior, una mujer gorda hablaba con el tendero. allí estaban bajo aquella luz amarilla, charlando. y toda aquella COMIDA allí. a ellos les importaban un carajo las artes, o los cuentos cortos, o Platón, o incluso el capitán Kid. a ellos les importaba Mickey Rooney. estaban muertos pero en cierto modo tenían más sentido que yo. el sentido insensible de las pulgas y los perros salvajes. yo era una mierda. una mierda que ni siquiera podía cagar.

volví a mi habitación. por la mañana escribí una larga carta a mi padre en márgenes de periódicos. compré un sobre y un sello y la mandé. le explicaba que estaba muriéndome de hambre y que me mandara el dinero para el billete de autobús de vuelta a Los Ángeles y que por mí los relatos cortos podían irse al diablo. mira a DeMass, escribía yo, cogió la sífilis y se volvió loco remando en una barca. manda dinero.

no recuerdo si llegué a cagar alguna vez mientras esperaba. pero la respuesta llegó. abrí el sobre. moví las cuartillas. había diez o doce, escritas por los dos lados, pero ni cinco. las primeras palabras eran: ¡SE ACABÓ EL CHUPE!

… aún me debes ¡DIEZ DÓLARES que no ME HAS DEVUELTO! tengo que trabajar mucho para ganar dinero. no puedo permitirme el lujo de mantenerte mientras tú escribes tus relatos de mierda. si hubieses vendido alguna vez alguno o se te hubiese notado progreso, sería distinto, pero leí tus relatos y son HORRIBLES. la gente no quiere leer cosas HORRIBLES. deberías escribir como Mark Twain. él sí que era un gran hombre. era capaz de hacer reír a la gente, en todos tus relatos la gente se suicida o se vuelve loca o asesina a alguien. la mayor parte de la vida no es tal como tú te la imaginas. consigue un buen empleo. HAZTE un hombre de provecho…

la carta seguía y seguía. no pude acabarla. lo único que yo quería era dinero. moví otra vez las cuartillas. estaba demasiado enfermo para sentir el frío. aquel mismo día iba yo andando y vi un cartel: Se ofrece trabajo. y, claro, necesitaban un hombre para formar parte de un equipo para trabajar en una vía férrea en un lugar que quedaba al oeste de Sacramento. firmé. no les caí bien a los compañeros. el tren debía tener encima cien años de polvo. uno de aquellos tíos se metió debajo de mi asiento mientras yo me sentaba a dormir y me sopló polvo en la cara mientras los otros se reían. ¡MIERDAS! pero bueno, era mejor que Atlanta. por fin me enfadé y me levanté. el tío escapó rápidamente y se metió entre sus amigos.

ese tío está loco, decía. si viene aquí quiero que vosotros me ayudéis.

no fui hasta allí. Mark Twain probablemente hubiese podido sacarle algunas carcajadas al asunto, probablemente se habrían puesto a beber una botella con los mierdas y a cantar canciones. un hombre real. Sam Clemens. yo no era gran cosa, pero estaba fuera de Atlanta, y aún no estaba muerto del todo, tenía hermosas manos y un camino que seguir.

el tren seguía corriendo.

*

* *

no sé si fueron aquellos caracoles chinos de culitos redondos o si fue el turco del alfiler de corbata púrpura o si fue simplemente que yo tenía que irme a la cama con ella siete u ocho o nueve veces por semana, o algo más, algo más, algo, pero estuve una vez casado con una mujer, una chica, que iba a heredar un millón de dólares. sólo faltaba que se muriera alguien, pero en aquella parte de Texas no hay contaminación y comen bien y beben de lo mejor y van al médico por un arañazo o un estornudo. ella era ninfomaníaca, tenía no sé qué en el cuello, y, para decirlo de una vez y claro, fueron mis poemas, ella creía que mis poemas eran lo más grande desde Black, no, quiero decir Blake… Blake. y algunos lo son. o algo más. ella escribía. yo no sabía

que tenía un millón. yo sencillamente estaba sentado allí en una habitación en N. Kingsley Dr., recién salido del hospital donde había ingresado con hemorragias, por arriba y por abajo, mi sangre por todo el hospital general del condado, y ellos diciéndome después de nueve pintas de sangre y nueve pintas de glucosa: «un trago más y muere». vaya modo de hablarle a un suicida. estuve sentado en aquella habitación noche tras noche rodeado de latas de cerveza llenas y vacías, escribiendo poemas, fumando puros baratos, muy pálido y débil, esperando que cayera la barrera final.

entretanto, las cartas. yo las contestaba. después de decirme lo extraordinarios que eran mis poemas, me incluyó unos cuantos suyos (no demasiado malos) y luego llegó el asunto: «ningún hombre se casará conmigo. por mi cuello. no puedo girarlo». seguí oyendo esto: «ningún hombre se casará conmigo, ningún hombre se casará conmigo. ningún hombre se casará conmigo». así que lo hice una noche borracho: «¡por amor de Dios, ya me casaré yo! cálmate». mandé la carta y me olvidé. pero ella no. ella había estado mandándome fotos en las que tenía muy buena pinta. luego, después de decirle aquello, llegaron algunas fotos realmente horribles. contemplé aquellas fotos y REALMENTE me emborraché con ellas. caí de rodillas en el centro de la alfombra. estaba aterrado. decía: «me sacrificaré. si un hombre puede hacer feliz a una sola persona en la vida, su vida está justificada». demonios, tenía que buscarme algún tipo de consuelo. en fin, miraba una de aquellas fotografías y se me encogía el alma. y gritaba y allá se iba una lata de cerveza entera.

o quizás no fuesen aquellos caracoles chinos de culito redondo. quizás fuese la clase de arte. veamos, veamos.

bueno, ella salió de un autobús. mamá no lo sabía, papá no lo sabía. el abuelo no lo sabía. estaban en algún sitio de vacaciones y ella sólo quería un pequeño cambio. me encontré con ella en la estación de autobús. es decir, me senté allí borracho esperando que una mujer a la que jamás había visto saliese de un autobús, esperando a una mujer con la que jamás había hablado, para casarme con ella. estaba loco. yo no pertenecía a las calles. sonó el altavoz. era su autobús. miré a la gente que salía. y ahí llega esa linda y atractiva rubia de tacones altos, toda culo y meneo y joven, joven, veintitrés, y no tenía nada en el cuello. ¿podía ser aquélla? ¿habría perdido el autobús? me acerqué.

—¿eres Bárbara? —pregunté.

—sí —dijo ella—. y tú eres Bukowski, supongo.

—supongo que lo soy. ¿nos vamos?

—de acuerdo.

entramos en el viejo coche y la llevé a mi casa.

—estuve a punto de bajar del autobús y dar la vuelta.

—no te lo reprocho.

entramos y bebimos algo más pero ella dijo que no se iría a la cama conmigo hasta que nos casáramos. así que dormimos un poco y luego yo llevé el coche hasta

Las Vegas, y de vuelta, nos casamos. conduje hasta Las Vegas y de vuelta sin descansar y luego nos metimos en la cama y mereció la pena. la PRIMERA vez. ella me había dicho que era ninfomaníaca, pero yo no lo había creído. después de la tercera o cuarta ronda empecé a creerlo. comprendí que me había metido en un lío. todos los hombres se creen que pueden domesticar a una ninfomaníaca, pero sólo conduce a la tumba… para el hombre.

dejé mí trabajo como mozo de almacén y cogimos el autobús para Texas. fue entonces cuando descubrí que ella era millonaria, pero el hecho no me emocionó demasiado. siempre fui un poco loco. era un pueblo muy pequeño, proclamado el último pueblo de Norteamérica por los especialistas en el que nadie se preocupaba de la bomba atómica y los especialistas tenían razón. cuando yo daba mis pequeños paseos entre mis viajes al dormitorio, débil, pálido, hastiado, todos me miraban, claro. yo era el farsante de la ciudad que había enganchado a la chica rica. DEBÍA tener algo, sin duda. y lo tenía: una polla muy cansada y una maleta llena de poemas. ella tenía un trabajo fácil en el ayuntamiento, una mesa y nada qué hacer. y yo me sentaba junto a la ventana al sol y espantaba las moscas. papá me odiaba profundamente pero al abuelo parecía gustarle pero papá tenía casi todo el dinero. me sentaba allí y espantaba moscas. entró un vaquero muy grande. botas. sombrero alto de vaquero. el uniforme.

—qué hay Bárbara —dijo, luego me miró…

—dime —preguntó— ¿tú qué haces?

—¿HACER?

—sí, ¿QUÉ HACES EXACTAMENTE?

dejé pasar un buen rato. miré por la ventana. espanté una mosca. luego me volví hacia él. estaba apoyado en el mostrador, con todos sus dos metros, colorado héroe tejano norteamericano. hombre.

—¿yo? bueno, yo sólo… en fin, ando por ahí a lo que sale.

apartó la cabeza del mostrador, dio vuelta y se fue.

—¿sabes quién era? —me preguntó ella.

—cá.

—el matón del pueblo. zurra a la gente. es primo mío.

—bueno, no HIZO nada, ¿verdad? —mascullé.

ella me miró de un modo extraño por primera vez. vio la criatura bestial y sucia. mi rollo poeta sensible era sólo una rosa en la boca por Navidad. el día de ponerse los vaqueros me puse mi único traje y me paseé por el pueblo todo el día. era como una película de Hollywood. al que no llevase vaqueros le tirarían al lago, pero no era tan fácil como yo creía. me eché un par de tragos al buche durante el paseo, pero no vi el lago. el pueblo era mío. el médico del pueblo quería ir a cazar y a pescar conmigo. los parientes de ella venían y se me quedaban mirando fijamente mientras yo tiraba latas de cerveza al cubo de la basura y contaba chistes. tomaban mi indiferencia suicida por valor. el chiste era yo.

pero ella quería irse a Los Ángeles nunca había vivido en una gran ciudad. intenté convencerla. a mí me gustaba haraganear por allí, por el pueblo. pero no, ella tenía que ir, así que el abuelo nos firmó un lindo cheque y volvimos a coger el autobús y volvimos a Los Ángeles, futuros millonarios paseando en autobús. pero ella insistía en que nos ganáramos la vida por nosotros mismos, así que yo cogí otro trabajo como mozo de almacén y ella se dedicó a sentarse por allí deseosa de poder encontrar un trabajo. me emborrachaba todas las noches después del trabajo. «Dios mío» decía yo, «ves lo que he hecho, me he casado con una verdadera palurda». esto la fastidiaba muchísimo. no podía andar besándole el culo a aquel millón de billetes, no era propio de mí. vivíamos en una casa en el pico de una colina, una casa pequeña alquilada, y no segábamos la yerba del patio y las moscas se metían en la yerba sin segar y luego salían y estaban todas por allí por el patio, cuarenta mil moscas, me volvían loco. salía con una gran lata de insecticida y mataba mil moscas cada día, pero jodian demasiado aprisa, igual que yo. los chiflados que vivían antes allí habían puesto aquellas estanterías alrededor de la cama y en aquellas estanterías había macetas y macetas de geranios. tiestos grandes, tiestos pequeños. todos de geranios. cuando jodiamos, la cama hacía estremecerse las paredes y las paredes hacían estremecerse las estanterías y entonces yo lo oía: el lento sonido volcánico de las estanterías desmoronándose y entonces paraba. «¡NO NO, NO PARES, OH DIOS MÍO, NO PARES!» y cogía el ritmo otra vez y allá abajo se iban las estanterías, allá me caían en la espalda y en el culo y en la cabeza, y en las piernas y en los brazos y ella se reía y gritaba y… SE CORRÍA. a ella le encantaban aquellos tiestos. «voy a arrancar esas estanterías de la pared», le decía. «Oh no», decía ella. «OH, POR FAVOR POR FAVOR NO!» decía ella con tanta dulzura que yo no podía hacerlo. así que volvía a clavarlas, volvía a poner los tiestos y a esperar la próxima vez.

ella compró un perrito negro subnormal y le puso de nombre Bruegel. Peter Bruegel fue un pintor, según tengo entendido. pero al cabo de unos días el animal dejó de interesarle. cuando se cruzaba con él le arreaba una gran patada con aquel zapato de punta y bufaba «¡quítate de enmedio, cabrón!» así que Bruegel y yo rodábamos por el suelo y peleábamos cuando yo bebía cerveza. era todo lo que sabía hacer él… pelear; tenía mejores dientes que yo. no sé por qué, pero sentía que el millón se me escapaba. y no me preocupaba lo más mínimo.

ella nos compró un coche nuevo, un Plymouth del 59 que aún conduzco yo… le dije que por qué no seguía trabajando para el gobierno. hizo un examen y fue a trabajar en la oficina del sheriff. le dije que me habían echado de mi trabajo como mozo de almacén y me dedicaba a lavar el coche todos los días y luego bajaba a recogerla al trabajo. un día cuando salíamos de allí vi salir también a aquellos tipos de camisas de flores, camisas de manga corta, caras de pan, cargados de hombros, con sonrisas estúpidas y zancadas de colegiales.

—¿quiénes son esos mierdas? —le pregunté.

—son funcionarios de policía —dijo ella con su presuntuoso tono de zorrita.

—¡oh, vamos! ¡pero si parecen subnormales! ¡ésos no son polis! ¿qué? vamos, ¡ESOS no son polis!

—ésos son funcionarios de policía, y son todos MUY buenos chicos.

—¡NO JODAS! —dije yo.

se enfadó muchísimo. sólo jodimos una vez aquella noche. al día siguiente era otra cosa.

—ahí va José —dijo ella—. es español.

—¿español?

—sí, nació en España.

—la mitad de los mexicanos con los que trabajé en las fábricas decían que habían nacido en España. es un cuento; España es el padre, el mejor torero, el Gran Sueño de lo antiguo.

—José nació en España, sé que es cierto.

—¿cómo lo sabes?

—me lo dijo él.

—¡NO JODAS!

luego por la noche decidió ir a Clase de Arte. andaba siempre pintando. era el genio del pueblo. puede que del estado. puede que no.

—iré a clase contigo —le dije.

—¿TÚ? ¿PARA QUÉ?

—así tendrás alguien con quien tomar café en los descansos, y puedo llevarte y traerte en coche.

—bueno, está bien.

íbamos a la misma clase y después de tres o cuatro sesiones ella empezó a cabrearse muchísimo, rompía el papel y lo tiraba al suelo. yo me sentaba allí sin más y procuraba no mirarla. todos estaban muy ocupados, absorbidos, y sin embargo se reían entre dientes como si fuese un gran chiste o como si les diese vergüenza pintar.

volvió el profesor de Arte.

—oiga, Bukowski, tiene que pintar algo. ¿por qué está ahí sentado mirando el papel sin hacer nada?

—olvidé comprar pinceles.

—está bien. le prestaré un pincel, señor Bukowski, pero por favor devuélvalo al final de la clase.

—sí.

—ahora, pinte ese cuenco con las flores.

decidí hacerlo. trabajé deprisa y terminé, pero los demás seguían trabajando aún, poniendo los dedos en el aire, calculando la sombra o la distancia o Dios sabe qué. salí y tomé un café, fumé un cigarrillo. cuando volví a entrar, había un grupo numeroso alrededor de mi mesa. una rubia que era sólo pechos (bueno, ya sabéis) se volvió hacia mí y me puso aquellos pechos delante y dijo:

—oye, tú has pintado ANTES, ¿verdad?

—no, es lo primero que hago.

meneó los pechos y me apuntó con ellos.

—¡estás de BROMA!

—ummmmm —fue todo lo que pude decir. el profe cogió el cuadro y lo colgó allí delante.

—¡bueno ESTO es lo que QUIERO! —dijo— observad el SENTIMIENTO, LA FLUIDEZ, LA NATURALIDAD!

oh Señor, pensé.

ella se levantó furiosa y cogió lo suyo y lo metió en el cuartito donde cortaban el papel y lo rompió y lo tiró por allí. destrozó incluso una composición que había creado algún pobre imbécil.

—señor Bukowski —me dijo el profe—, ¿es esa mujer su…

mujer?

—sí, claro.

—bueno, no toleramos prima donnas aquí. dígaselo, por favor. ¿podríamos utilizar su obra en la Exposición de Arte?

—desde luego.

—¡oh, gracias, gracias, gracias!

el profe estaba loco. todo lo que yo hacía lo quería para la Exposición de Arte. yo ni siquiera sabía mezclar los colores. no había logrado hacer un espectro. había mezclado púrpura con naranja, marrón con negro, blanco con negro, donde caía el pincel. casi todo lo que hacía parecía un inmenso borrón de cerote espachurrado, pero el profe pensaba que yo era… la huella dactilar de la polla de Dios. en fin. ella dejó la clase. así que yo dejé la clase y dejé los cuadros allí.

luego ella al volver a casa del trabajo empezó a hablarme de lo caballeroso y distinguido que era el turco.

—un alfiler de corbata púrpura, lleva un alfiler de corbata púrpura, y hoy me besó en la frente, pero con gran suavidad, y dijo que era PRECIOSA.

—escucha, querida, tienes mucho que aprender, esas cosas pasan continuamente en las oficinas de Norteamérica. a veces tienen consecuencias. pero la mayoría de las veces no tienen ninguna. esos tipos se la menean casi todos en el retrete y ven demasiadas películas de Charles Boyer. los tipos que se llevan de verdad el gato al agua son muy reservados, no hacen las cosas así de frente. te apuesto cien a uno a que tu chico ha visto demasiadas películas. tírale de los huevos y correrá.

—¡por lo MENOS, él es un CABALLERO! ¡y está TAN cansado! me da mucha lástima.

—¿cansado de QUE? ¿de trabajar para el condado de Los Ángeles?

—es que tiene un autocine que funciona de noche. y claro, no puede dormir.

—¡vaya, soy tonto del culo!

—claro que lo eres —dijo ella dulcemente. pero aquella noche los tiestos cayeron otras dos veces.

luego llegó la noche de la cena de los caracoles chinos. o quizás fuesen caracoles japoneses. en fin, fui al mercado y por primera vez vi aquella sección especial. compré de todo: pulpitos, caracoles, serpientes, lagartijas, babosas, chinches, saltamontes… preparé primero los caracoles. los puse en la mesa.

—los hice en mantequilla —le dije—. llénate el buche. eso es lo que comen los pobres mierdas. por cierto —pregunté, metiéndome dos o tres en la boca—, ¿qué tal estaba hoy el amigo Alfiler-de-Corbata-Púrpura.

—saben como a goma…

—a goma, a goma… ¡CÓMELOS!

—tienen esos culos pequeños… veo esos culos pequeños que tienen… oh…

—todo lo que comes tiene culo. tú tienes culo, yo tengo culo, todos tenemos culo. Alfiler-de-Corbata-Púrpura tiene culo.

—ooohh…

se levantó de la mesa y corrió al baño y empezó a vomitar.

—esos culos pequeños… oh…

yo mientras reía y reía y me llenaba la boca con aquellos culitos y los echaba abajo con cerveza y reía.

no me sorprendió demasiado que una mañana, un par de días después, alguien llamara a mi puerta, su puerta, y me entregara una petición de divorcio.

—¿qué es esto, niña? —le enseñé el papel—. ¿no me quieres, nena?

empezó a llorar. lloraba y lloraba y lloraba.

—vamos, vamos, no te preocupes, puede que Alfiler-de-Cor-bata-Púrpura sea el tipo. no creo que se la menee en el retrete. podría muy bien ser el más adecuado.

—oooh, oooh, oooh.

—probablemente se la menee en la bañera.

—¡cerdo de mierda!

dejó de llorar. luego echamos abajo los tiestos por última vez. ella fue al baño y empezó a tararear y a cantar, preparándose para el trabajo. aquella noche le ayudé a encontrar otra vivienda y a hacer el equipaje y se trasladó. dijo que no quería seguir allí. le destrozaría el corazón. puta de mierda. agarré un periódico en el viaje de vuelta y lo abrí por las ofertas de trabajo buscando: almacenero, conserje, mozo, ayudante de inválido, repartidor de listines telefónicos; luego tiré el periódico, salí, compré una caja de cinco y me despedí del millón bebiendo. la vi una o dos veces (por casualidad, sin tiestos) y me dijo que sólo lo había hecho una vez con Alfiler-de-Corbata-Púrpura y luego dejó el trabajo. dijo que iba a empezar a pintar y a escribir «en serio».

más tarde se fue a Alaska y se casó con un esquimal, un pescador japonés. y mi chiste cuando estoy borracho es decir de vez en cuando a alguien:

—una vez perdí un millón de dólares con un pescador japonés.

—venga ya, tú nunca TUVISTE un millón de dólares.

y supongo que tienen razón: nunca lo tuve.

recibo carta una o dos veces al año, una carta larga, normalmente antes de Navidad. «ESCRIBO», me dice. hay ya dos o tres niños con nombres esquimales. y dice que ha escrito un libro. lo tiene allá arriba en las estanterías, es un libro de niños pero está «orgullosa» y ahora va a escribir una novela «seria» sobre «¡desintegración de la personalidad!» va a escribir DOS NOVELAS SOBRE DESINTEGRACIÓN DE LA PERSONALIDAD, ah, pienso, una es sobre mí. y la otra sobre el esquimal, que por ahora debe estar ya bastante jodido. o desjodido. ¿o quizás la otra sea sobre Alfiler-de-Corbata-Púrpura?

puede que yo debiera haber seguido a aquella chica de las tetas de la Clase de Arte. pero es difícil complacer a una mujer. quizás a ella tampoco le hubieran gustado aquellos culos pequeños. pero deberías probar los pulpitos. como dedos de bebé en manteca fundida. las arañas de mar, las sucias ratas. y mientras tú te chupas esos dedos te vengas, das el beso de despedida a un millón, despides una cerveza, y a la mierda la compañía de la luz. Fuller Brush, las máquinas grabadoras y el bajo vientre de Texas y sus locas mujeres con cuellos rígidos. que lloran y te joden, te dejan, escriben cartas muy hogareñas todas las Navidades, aunque seas ya un extraño, no te dejarán olvidar, Bruegel, las moscas, el Plymouth del 51 al pie de tu ventana, el derroche, el terror, la tristeza, el fracaso, el representar la payasada, nuestras vidas todas, el caer y levantarse, el fingir que va bien, el reír entre dientes, el llorar, y el limpiar nuestros culitos y los otros.

*

*   *

Para Bukowski, el Asqueroso

Te llamo Asqueroso porque
me pareces repugnante
no te enfades, porque, me gusta lo
marrano que eres: me pone cachonda leer
sobre el asunto; cuando atisbas debajo de las faldas de las
señoras
o cuando te imagino en los ascensores u olisqueando cajones…
para ponerte a tono;
en fin sé que estás preguntándote quién
te escribe esto. bueno, te diré
quién soy, liso y claro
para que no haya error
y puedas localizarme. soy el coño
suave y limpio en que piensas

cuando te jodes esos chochos arrugados
y chorreantes, soy la señora que se sienta
delante de ti en las películas
de toda la noche, y te ve dale que dale
en el bolsillo del pantalón, y lentamente
me subo la falda, esperando que me mires los muslos
cuando tú… te levantas para ir a lavarte las manos,
yo lo llamo sexo a larga distancia. pero me encanta.
me encanta sentir tu aliento pesado
en la nuca cuando intentas meterme
los dedos en el culo por la ranura
del asiento; ahora estás pensando (suena bonito
aunque no te recuerde). pero de ahora en adelante
pensarás en mí y en definitiva…
eso es lo que yo quería en realidad. mi sucio
amigo…

sin firma

el público toma de un escritor, o de un escrito, lo que necesita y deja pasar lo demás. pero normalmente suelen tomar lo que menos necesitan y dejan ir lo que más necesitan. sin embargo, todo esto me permite ejecutar mis pequeños movimientos sagrados sin molestarme si los entendieron. entonces no habría más creadores, estaríamos todos en la misma olla de mierda. tal como están ahora las cosas, yo estoy en mi olla de mierda y ellos están en las suyas. y creo que la mía apesta mejor.

el sexo es interesante pero no tiene una importancia tan total. quiero decir, no es ni siquiera tan importante (físicamente) como la excreción. un hombre puede tirar setenta años sin comerse una rosca, pero puede morir en una semana si no mueve las tripas.

aquí en Estados Unidos, especialmente, lo sexual se exagera dándosele mucha mayor importancia de la que tiene. una mujer con un cuerpo atractivo lo convierte de inmediato en un arma para el progreso MATERIAL. y no me refiero a la puta de la casa de putas, me refiero a tu madre y a tu hermana y tu mujer y tu hija. y el varón norteamericano es el mamón (mal término, sí) que perpetúa el extremismo del fraude. pero al varón norteamericano le han machacado los sesos la educación oficial norteamericana y el padre preatontado norteamericano y el monstruo Publicidad norteamericano mucho antes de llegar a los doce años. está preparado y la mujer está lista para hacerle suplicar y llevarse los dólares. por eso una puta profesional con una toalla debajo del colchón es tan odiada por su colega la otra puta profesional (el casi recordatorio de feminidad; ¡hay ALGUNAS mujeres buenas, gracias a Dios!) y por la ley. la puta abiertamente profesional constituye amenaza para toda la sociedad

norteamericana de Lucha y Roba hasta la tumba. devalúa el coño.

sí, se estima lo sexual en muchísimo más de lo que vale. fíjate alguna vez, en tu periódico (no lo encontrarás aquí en «Open City» salvo de cachondeo). un grupo de candidatas en traje de baño posando para una foto para algún concurso de belleza, o algo parecido, para la reina de esto o aquello. mira esas piernas, esos lomos largos, los pechos… hay cierta magia en ello, no hay duda. y esas chicas lo saben, más el precio de trato incorporado. LUEGO mira las ocho o diez caras, sonriendo. las sonrisas no sonríen, están talladas en rostros de papel, en papel carbón de muerte. las narices y las orejas y las bocas y las barbillas están adecuadamente moldeadas según nuestros cánones, pero las caras superan en fealdad la esencia toda de la brutalidad. no hay pensamiento alguno allí, no hay fuerza alguna, no hay densidad alguna, no hay la menor bondad… nada, nada. lisos y asesinados fulgores de piel. sin ojos. pero muestra esas caras de horror al varón norteamericano medio y dirá:

—sí, son tías de verdadera CLASE. no me las merezco.

luego ves a esas mismas ganadoras de concursos de belleza años más tarde, viejas, en los supermercados; son melindrosas, chifladas, amargadas, groseras… invirtieron en algo perecedero, las engañaron; ten cuidado con los afilados cuchillos de sus carritos de la compra… son las locas del Universo.

así pues, para algunos escritores, incluido el gloriosamente impertinente Bukowski, el sexo es sin duda la tragicomedia. no escribo sobre sexo como instrumento de obsesión. escribo sobre él como una representación cómica en la que tienes que llorar, un poco, entre acto y acto. Giovanni Boccaccio lo escribió mucho mejor. tenía la distancia y el estilo. yo estoy demasiado cerca del objetivo para lograr gracia total. la gente piensa que soy sólo un marrano. si no has leído a Boccaccio, léelo. podrías empezar con «El Decamerón».

de todos modos, aún tengo cierta distancia y después de dos mil polvos, la mayoría de ellos no muy buenos, aún soy capaz de reírme de mí mismo y de mi trampa.

recuerdo una vez en el sótano de una tienda de ropa de señora, yo era un miserable almacenero, y mi jefe (es decir, el capataz) era un tío bastante joven pero que empezaba a quedarse calvo; y a este tío le reclutaron para la Segunda Guerra Mundial. ¿le preocupaba la posibilidad de que le mataran? ¿el significado de la guerra? ¿el no-significado de la guerra? ¿lo que significaba verse destrozado por un morterazo?

se me confesó. me consideraba un buen chaval. estábamos los dos solos en aquel gran sótano (los otros empaquetadores sudaban una planta más arriba), estábamos abajo en el sótano húmedo y sucio, y andábamos hurgando en las tapas de las cajas de embalaje de cartón que se alzaban oblongas hasta dos metros de altura. buscábamos un número, un cierto tipo de ropa o vestido que había que facturar, y sólo había tres o cuatro bombillas eléctricas pequeñas para iluminar toda la zona del sótano, y allá andábamos saltando como arañas mono a cuatro patas, de caja en caja, buscando un

número mágico, un tipo especial de tela que debía convertirse en un vestido de señora.

oh Dios mío, piedad, pensé, qué modo infernal de ganarse la vida, qué modo infernal de sobrevivir y morir sólo por cuatro cuartos. no había duda de que el suicidio era lo mejor…

y aquel tipejo va y me grita:

—¿VISTE YA EL NÚMERO?

le dije, «no». a duras penas.

mierda, yo ni siquiera miraba. ¿qué interés tenía yo en encontrar el número? alguna que otra vez, cuando él volvía la vista, yo saltaba del pico de una caja de cartón a otra. por fin vino saltando hacia mí, se sentó en la caja de al lado de la mía y encendió un cigarrillo.

—Bukowski, tú eres buen chaval.

no contesté.

—me voy a la guerra, ésta es mi última semana aquí.

durante mi breve disfrute de empleo allí había hecho todo lo posible para distanciarme de aquel tío y ahora se dedicaba a hacerme aburridas confidencias.

—¿sabes lo que me fastidia del ejército? —preguntó.

—no.

—no podré joder con mi mujer. en fin, la mayoría de esos tipos no se comen una rosca. pero sólo con mirarte me doy cuenta de que tú sí…

(yo estaba en ayunas).

—… así que le digo esto a mi mujer. le digo, «querida, qué voy a hacer, no podré joderte». ¿y sabes lo que dijo ella?

»pues dijo: “por Dios, vete al ejército y sé un hombre. yo estaré aquí cuando vuelvas”, pero, maldita sea, voy a echarlo de menos. voy a echarlo de menos, sí; la mayoría de los tíos de aquí no saben lo que es. pero tú y yo sí que lo sabemos.

(no le dije que alguien jodería con su mujer por él mientras él estuviera fuera, y que si no volvía, ella se ajustaría a la siguiente posición de Cuerpo en Venta con lo que le quedase).

era un tipo insignificante, una especie de topo, que soportaría un trabajo de mierda, o la carga suicida del nipón ¡BANZAI! o, peor aún, el decidido avance ajedrecesco de los derrotados, los Hunos de las Nieves, avanzando a través de la caída blancura buscando SU número. el Huno de las Nieves, amargado, entrenado, valeroso, un último disparo de locura en la Bolsa, buscando su número. ¡ah el topo! él SOPORTARÍA estas cosas, casi como un picor o un bostezo o un pequeño catarro, sólo para seguir allí, en el lado derecho de la estructura social, esperando salir con suerte para poder volver a joder con su mujer.

existe tu sexo: se relaciona con imbéciles y con todos los movimientos de ejércitos. se condecora por su valor a hombres que sólo tienen coños por cerebro. pero ¿valor? el valor de un imbécil apenas cuenta. lo que cuenta es el valor del

hombre que piensa… exige un poco de trabajo y buen estómago.

y mezclas sexo con el resto de nosotros y obtienes algo muy complicado, y cuanto más lo estudias menos sabes. una teoría sustituye a otra, y en casi todos los casos, el perjudicado es el ser humano. quizás deba ser así. pese a todo nuestro potencial, el crecimiento más feroz es hacia abajo.

este asunto del sexo confunde incluso al gran Bukowski. recuerdo una noche que estaba sentado en un bar justo al oeste de uno de aquellos túneles del centro de la ciudad. vivía yo entonces en una habitación que quedaba justo a la vuelta de la esquina, a media cuesta. en fin, yo estoy sentado allí, bien colocado, y, demonios, pienso que soy joven y duro y puedo plantar cara a cualquiera que busque follón. deseo incluso gente que quiera follón, pues aún la vida es tan nueva para mí, digamos que tengo veintidós, veintitrés años, que soy una especie de tonto del culo romántico; la vida me parece vagamente interesante en vez de concretamente aterradora. así que pasa un rato y entonces miro a mi alrededor… ando mezclando bebidas… quiero decir tomando distintas cosas, vino, cerveza… estoy intentando liquidarme pero nada resulta y no ha llegado Dios.

luego vuelvo a echar un vistazo y veo allí a un tipo muy triste y bello de muchachita (uns diecisiete) sentado junto a mí. tiene ese pelo largo y rubio (siempre he sido blando con esos tipos de pelo largo, quiero decir cuando el pelo llega hasta el culo y agarras pelo, mechones de él mientras actúas, y la cosa resulta así bastante sinfónica en vez de la misma mierda de siempre), y es muy calmada, mucho, casi santa, oh, pero es una PUTA, y junto a ella está la protectora, la madame lesbiana y ellas preferirían NO, sabes, pero necesitan el dinero. me enzarcé con ellas en conversación más bien por mi lóbulo cerebral izquierdo. estoy seguro de que les parecía absurdo, pero no importaba, sabes: necesitaban la pasta. pedí bebidas.

el camarero puso la bebida delante de la chica de diecisiete años como si tuviera treinta y cinco. ¿y la ley? gracias a Dios, la ley se pasaba por alto por una razón u otra.

por cada trago que bebían ellas yo bebía tres. esto las animó. yo era la «marca». yo tenía la «mayúscula» marcada con tiza en la espalda. lo que desde luego ellas no sabían era que yo había ganado concursos de beber por toda la ciudad a algunos de los bebedores de más aguante de este siglo, trago gratis y la calderilla. no sé por qué tardaba tanto en quedar liquidado. quizás fuese mi rabia extrema o mi aflicción, o quizás me faltara una parte del alma-cerebro. probablemente fueran las dos cosas.

en fin, para no aburriros con esas malditas observaciones marginales, perdonadme; por fin subimos la cuesta camino de mi habitación, juntos.

he olvidado deciros que la madame lesbiana era un gordo pedazo de mierda humana con ojos de cartón y toscas masas como ancas, y que además le faltaba una mano y en vez de mano tenía aquella GARRA de acero muy muy BRILLANTE y gruesa y sumamente curiosa.

en fin, subimos la cuesta.

luego entramos en mi habitación y las miré a las dos. el polvo glorioso de mi muchachita pura y bella y grácil y mágica con el pelo cayéndole hasta el culo, y con ella la tragedia de los siglos: légamo y horror, la máquina estropeada, ranas torturadas por niños y choques de automóviles de frente y la araña atrapando a la zumbante mosca sin bolas, y la vista aérea del cerebro de Primo Carnera cayendo bajo los rudos cañones de playboy del segurísimo Maxie Baer (nuevo campeón de los grandes pesos de Norteamérica) y yo, yo me lancé a la Tragedia de las Eras: aquel gordo légamo de mierda acumulada.

la agarré e intenté echarla en mi sucia cama pero era demasiado fuerte y estaba demasiado sobria para mí. con un brazo se libró de mí. me desplazó con su puro odio lesbiano y tras librarse de mí empezó a BLANDIR AQUEL BRAZO CON AQUELLA GRANDE E INTERESANTE GARRA RELUCIENTE DE ACERO.

yo, un solo hombre, no podía cambiar el curso de la historia sexual, sencillamente no podía conseguirlo.

ella blandía aquella GARRA con amplios rápidos y maravillosos arcos y cuando me había agachado y alzaba la cabeza para ver dónde estaba la GARRA, allá venía otra vez. pero, durante toda la tentativa de matarme de la garra de hierro, yo, que soy por instinto tomador de notas, había dirigido miradas muy rápidas y oportunas a la hermosa y santa y joven puta y creo que de los tres ella era la que más sufría. se lo veía en la cara. verdaderamente, no podía imaginar por qué quería yo a aquella fea acumulación de todas las cosas negativas y muertas en vez de lo que ella tenía. pero supongo que mamá lesbiana conocía la respuesta, pues cada vez que lanza aquel chisme hacia mí, se volvía a su pequeña y decía «este tío está loco, este tío está loco, este tío está loco»… y bajo uno de sus viajes garra de hierro «este tío está loco» conseguí liberarme del acoso y llegar al otro lado de la habitación, junto a la puerta. señalé el armario y grité «EL DINERO ESTÁ EN EL CAJÓN DE ARRIBA!» y mamá L., siendo como era una auténtica mierda, picó y se volvió. cuando volvió otra vez la cabeza yo estaba casi en el pico de la colina, en el seguro refugio de Bunker Hill, mirando alrededor y respirando pesadamente, comprobando mis partes, preguntándome luego dónde estaría la bodega más próxima.

cuando volví con mi botella, la puerta estaba aún abierta, pero se habían ido. tranqué la puerta, me senté y me serví un pacífico trago. por el sexo y la locura. luego tomé otro, me acosté solo y dejé que el mundo siguiera su marcha.

a mi viejo indecente
te he escrito una vez
antes
o fueron tres
veces
resollé en tu oído
lamiendo con mi lengua

para que sintieras lo que quería decirte
y sentiste
sí, niño, sentiste algo bueno.
decías: «¡eh! ¿¿¿qué haces,
quién eres???».
y te oí coger un vaso
servirte un buen trago
apuesto.
«me caes bien, cómo te llamas».
dijiste, luego… y yo respiré hondo
y fuerte, y tú empezaste a hablarme más suave,
a susurrarme, luego a respirar
conmigo
oí bajar lentamente la cremallera de tu bragueta
contuve el aliento
luego, «plif… plaf, pulk».
«te quiero». dijiste, «slip slip slap».
mientras posabas el vaso, para
usar las dos manos, «flop, flap, flip»
más y más deprisa, y me di cuenta de que tenías las
manos allí, está seco ahora pero no por
mucho tiempo.
AAAAAHHHH —oh— AHHHHHH, silbé
«slip, flap»
él está haciéndolo… pensé, cerré los ojos
uf… ¡¡¡AHHHHH-OHOO!!!
«flip-flip» humedeciéndose, «slap, flup, flap»
muy muy resbaladizo; «¡AHHHH-OHO-YAAAAA!»
«eso es, niña», dijiste. «flip, flap».
«¡di algo!» gritaste.
OOOOOOOH-DIOS MÍO grité, luego
sentí algo en las rodillas… inundación de jugo
de amor…
alcé mis esbeltos muslos… cerré las piernas
colgué

sin firma

Querida Desconocida:
¡oh Dios mío, nena, no puedo esperar más!
sinceramente tuyo

*
*   *

todo empieza y termina con el buzón de correos, y cuando encuentran un medio de eliminar los buzones de correos, muchos de nuestros sufrimientos acabarán. de momento, nuestra única esperanza está en la bomba de hidrógeno, y aunque pueda parecer descorazonador, esto no constituye exactamente el remedio adecuado.

en fin, el buzón de correos: tras una noche sin sueño, salí a mi porche alquilado, y contemplé aquella cosa grande insensata y gris tripa con una araña subnormal colgando allí debajo sorbiendo la última oportunidad de amor de una mariposa. en fin, allí estaba yo pensando, bueno, quizás en el Premio Pulitzer o en una beca o en mi ejemplar de «Turf Digest» y abrí y allí en el buzón había una carta, conozco la letra, conozco la dirección, conozco el tono, la forma de cada letra, el fuego cruzado indirecto loco y femenino de insignificantes almas de imagen chapucera:

querido bongó:

hoy regué las plantas. mis plantas se mueren. ¿cómo estás? pronto será Navidad. mi amiga Lana enseña poesía en el manicomio. tienen una revista. envía algo tuyo si puedes. ha de ser en seguida. seguro que les encantaría poder publicar algo tuyo. pronto volverán los niños a casa. vi tu último poema en el número de octubre de *BLUE STARDUST JACKOFF*. precioso. eres el mejor escritor del mundo. los niños llegarán en seguida, tengo que irme. tengo que dejarte.

te quiere,
Meggy

meggy sigue escribiendo estas cartas. nunca he visto a meggy, como dije, pero ella envía fotos, y parece un polvo grande y saludable, y me ha mandado también poemas, sus poemas, y son un poco del lado cómodo, aunque hablan de calvario y muerte y eternidad y el mar, es una cosa cómoda grande inmensa bostezante… casi como si uno se clavase un alfiler para gritar y luego no pudiese gritar, sólo otra desilusión femenina por el proceso de envejecimiento y por el decadente marido; sólo otra mujer embotada por su propia y fácil venta desde el principio y ahora traqueteaban con los días aspiradora y pequeños problemas con junior que avanza también rápidamente hacia cero veces nada.

son sus propias mentes lo que las mujeres ingieren en un trabajo de hombre: bien tergiversando voluntariamente la tentativa o bien sintiéndose cansada víctima en la maldita cruz. de cualquier modo, la cagan, quieran o tengan que hacerlo, le da igual a la víctima. que es el hombre, claro.

si meggy hubiese vivido lo bastante cerca yo podría haber puesto fin a toda la tortura bastante fácilmente, ella misma en mi casa aspirando el delicado fulgor cadencioso de mis ojos poetas, mi paso de beodo, pantalones rotos por las rodillas en

caídas de las dos y media de la madrugada… compáreseme con, por ejemplo, Stephen Spender… me volvería y diría en un inglés no muy articulado:

—nena, de aquí a un par de minutos te voy a quitar esas jodidas bragas y te voy a enseñar un cuello de pavo que recordarás hasta la tumba. tengo un pene grande y curvo como una hoz, y más de un buen coño se ha corrido suspirando sobre mi sucia alfombra llena de cucarachas aplastadas. espera que acabe este trago y vas a ver.

luego me zamparía un gran vaso de los de agua lleno de whisky puro, rompería luego el vaso contra la pared, murmurando «Villon comía teta frita para desayunar», pararía a encender un cigarrillo y al volverme los problemas estarían resueltos… saldrían por la puerta de la calle. si quedasen se merecerían lo que recibiesen. y también tú.

pero meggy vive en un estado demasiado al norte de aquí y eso estaba descartado. pero contesté sus cartas varios años pensando que algún día se acercaría lo bastante para joder o largarse espantada.

por fin la calentura aparentemente interminable se disolvió. seguían llegando las cartas. las cartas seguían llegando pero yo no las contestaba. sus cartas eran como siempre, excelentemente torpes y significativamente deprimentes, pero el hecho de que hubiera decidido no contestarlas les arrebataba parte del veneno. era un gran plan, el plan que una mente simple como la mía necesitaría todo aquel tiempo para elaborar: no contestes las cartas y serás libre.

hubo una pausa en la correspondencia. creí que se había acabado; había utilizado el último truco del género: ser cruel con el cruel, ser estúpido con el estúpido. el cruel y el estúpido eran el mismo: nada podías hacer por ellos; sólo había cosas que podían hacer ellos, y que te harían a ti. yo había triunfado en la resolución de un problema secular; la eliminación de los no deseados. no hace falta gran número de hombres y mujeres para ahogar y desmembrar la vida de un individuo, basta con uno. y normalmente es uno. incluso cuando ejércitos se enfrentan a ejércitos, hormigas a hormigas, de cualquier modo que quieras disponerlo.

empecé a ver las cosas de nuevo con mis OJOS. advertí un cartel sobre una lavandería, algún bromista lo había colocado; EL TIEMPO HIERE TODOS LOS TALONES. jamás había visto el cartel. empecé, al fin, a ser libre. lo veía casi todo. veía las cosas disparatadas y extrañas que solía percibir, cosas boca abajo, románticas, explosivas, que parecían dar oportunidad a ninguna oportunidad. que parecían mostrar fuerzas mágicas donde antes no había nada.

MATA INVENTOR

Monterrey, 18 de noviembre (UPI)

un hombre de Carmel Valley ha sido asesinado por un artefacto que inventó para desarrugar ciruelas pasas.

esto era todo lo que decía el despacho. perfecto. de nuevo estaba vivo. luego, una

mañana salí al buzón. una carta. con las facturas del gas, las amenazas del dentista, una carta de una ex-esposa a la que apenas podía recordar, y un anuncio de una lectura de poesía de poetas sin talento.

querido bongó:

ésta es la ÚLTIMA carta. puedes irte al infierno. no eres el ÚNICO que me ha abandonado. veré a todos los que me habéis abandonado… ¡OS VERÉ A TODOS PRIMERO EN LA TUMBA!

Meggy

mi abuela solía hablarme así y nunca me lo dio tampoco. en fin, un par de días después, sacudiendo la obsesión de alegría. fui al buzón. unas cartas. las abrí. la primera:

querido mr. b:

el Consejo Nacional de las Artes ha estudiado su solicitud de una subvención individual de la Fundación Nacional Patrocinadora de las Artes. con el asesoramiento de un equipo independiente de especialistas literarios, lamentamos informarle…

otra carta:

qué hay bongó:

acuclillada en el rincón de esta habitación de hotel de fétidos olores, lo único que rompe el silencio es el clic de botellas de vino contra dientes… estoy reumática, las piernas cubiertas de llagas; cincuenta y dos ases resultaron inútiles, el cincuenta y dos en el correo… cubrí todas las esquinas ¿sabes? y resultó ser un cochino y mísero y círculo maldito… expulsada de huertos de limoneros por estar fuera demasiado tiempo. (boda de granja de cerdos: cuatro días) y cogiendo demasiado poco. vuelta a s.f. & pérdida de trabajo seguro de Navidad en correos por un día… sentada en el rincón de esta habitación luces fuera esperando por paz y alegría iglesia bautista para encender su letrero rojo de neón para que pueda yo empezar a llorar… perro en la calle resulta atropellado por un autobús… ojalá fuese ese perro, porque no sé cómo hacerlo por mí misma… hasta eso exige decisiones… dónde están esos cigarrillos… salí de la misión esta mañana. comida innombrable llenando mis entrañas buche-cerdo. miré alrededor en Calle Market a todas aquellas chicas guapas pelo como luz del sol claro invierno San Francisco… en fin… qué demonios.

M.

y otra:

querido bongó:

perdóname. seguí este camino. intenta amarme un poco. compré una regadera

nueva hoy. la otra estaba oxidada. incluso un poema de «Poetry Chicago». pensé… en mí misma… al leerlo. ahora debo irme. los niños vuelven a casa.

quiéreme,
Meggy

el poema incluido está meticulosamente mecanografiado. ni un error. doblespaciadas, las palabras que ella mecanografió están grabadas en el papel con la misma presión, la misma intensidad… amor. es un poema horrible. habla del viento y de alguna pequeña y cómoda tragedia. es siglo XVIII. siglo XVIII malo.

pero aún no contesto. voy a mi trabajo-basura. allí abajo me conocen. son mis superiores. me gusta. me dejan fluir. ellos no distinguen a T. S. Eliot de Lawrence de Arabia. llevo dos o tres días borracho. aún hago el trabajo.

tengo un sistema-timbre especial que debe funcionar antes de descolgar el teléfono. no es presunción; es simplemente que no me interesa lo que tiene que decir la mayoría de la gente, o lo que quiere hacer… sobre todo con mi tiempo. pero una noche, mientras me daba ánimos, para seguir siendo capaz de ir al trabajo-basura, sonó el teléfono. como iba a irme en un par de minutos, pensé que no podrían fastidiarme mucho. no sonó la señal pero de todos modos cogí el teléfono.

—¿bongó?

—¿eh? ¿sí?

—soy… meggy.

—ah, hola meggy.

—oye, no es que quiera imponerme. es que, sabes, perdí el control.

—oh sí. nos pasa a todos.

—no ODIES mis cartas por favor.

—bueno, meggy, te diré. en realidad, no odio tus cartas. son realmente tan cómodas que…

—¡oh me alegro TANTO!

no me había dejado terminar. me proponía decir que sus cartas eran tan cómodas que me aterraban con sus bostezos de aspiradora. pero ella nuca me dejó terminar.

—me alegro de veras.

—sí —dije yo.

—pero no me has mandado ningún poema para nuestra clase de la institución.

—estoy intentando encontrar uno que sirva.

—estoy segura de que cualquiera tuyo servirá.

—el torturador es bueno a veces en lo de las indirectas.

—¿qué quieres decir?

—olvídalo.

—bongó, ¿es que ya no escribes? recuerdo cuando salías en todos los números de *Blue Stardust*. Lilly dice que llevas años sin mandar nada. ¿has olvidado a los «pequeños»?

—nuca olvidaré a esos hijos de puta.
—qué bobo eres. en serio, ¿ya no ENVÍAS tus COSAS?
—bueno, tengo *Evergreen*.
—de veras, ¿te han ACEPTADO?
—una o dos veces. pero *Evergreen* no es una revista pequeña, recuérdalo, por favor. díselo a Lilly. dile que he desertado de las barricadas.
—oh bongó, en cuanto leí tus versos supe que estabas destinado. aún tengo tu primera antología. «Cristo se arrastra hacia atrás». oh bongó bongó.
me libré de ella diciéndole que tenía que ir a recoger basura. entretanto, yo pensaba, ¿quién QUERRÍA ahora desarrugar una ciruela pasa? desde luego no saben buenas: quizás el sabor se parezca un poco a cerote congelado y desecado. su único encanto consiste en las ARRUGAS MISMAS, las frías arrugas y esa semilla congelada y resbaladiza que resbala de tu lengua en el plato como si fuese algo vivo.
abrí una cerveza. decidí que aquel día no podía trabajar. era agradable sentarse en una silla. alzar la botella y dejar que todo se fuese al diablo. conocí a una que pretendía haberse acostado con Pound en St. Liz. me libré para siempre de ella después de una prolongada correspondencia insistiendo tontamente en que yo también sabía escribir y que los «cantos» me parecían sosos.
tenía cartas de meggy por todas partes. había una antigua en el suelo junto a la máquina de escribir, me levanté, fui y la recogí:

querido bongó,
todos mis poemas vuelven. bien, si ellos no conocen buena poesía, es culpa suya. a veces aún leo tu primer volumen *CRISTO SE ARRASTRA HACIA ATRÁS*. y todos los demás libros tuyos. en fin, que yo sepa, hasta ahora, soy capaz de enfrentar TODA la terrible estupidez de ellos. los niños llegarán pronto a casa.

quiéreme
Meggy

P.D.: mi marido se burla de mí — «bongó lleva mucho tiempo sin escribir. ¿qué le ha pasado a bongó?».

vacié la botella de cerveza. la tiré en el cubo de la basura.

lo veo ya perfectamente, su marido montándola tres veces por semana. el pelo como un abanico sobre la almohada, como les gusta decir a los escritores de temas sexuales. ella se imagina realmente que él es bongó. él se imagina que él es bongó.
—¡oh bongó! ¡bongó! —dice ella.
—vamos, mamá —dice él.
abro otra cerveza y me acerco a la ventana. el habitual oscuro y estéril día sin sentido de Los Ángeles. aún sigo vivo, en un sentido. hace mucho tiempo desde el primer libro de poemas; hace mucho tiempo de los motines de Watts. nos hemos

derrochado. John Bryan quiere una columna. podría hablarle de meggy. pero la historia de meggy está inconclusa. estará en mi buzón mañana por la mañana. si estuviese en el cine podría resolverlo.

—mira, pequeño John, tengo a esa tía, ¿sabes? está fastidiándome, ¿sabes? tú sabes lo que hay que hacer. no lo lías. dale esa polla de treinta y cinco centímetros y sácamela de encima. ¿entendido? búscala. está en esa habitación con una aspiradora con cara triste, ¿entiendes? una habitación llena de revistas de poesía, es desgraciada. cree que la vida la ha crucificado pero en realidad no sabe lo que es la vida, ¿entiendes? enderézala: dale los treinta y cinco.

—vale.

—y oye, pequeño John…

—sí.

—sin paradas en el camino.

—vale.

volví y me senté, le di a la cerveza. debería emborracharme, volar hasta allí, aparecer a su puerta en andrajos, borracho, pegando puñetazos en la puerta, toda la camisa rota llena de insignias: «PROCESO A JOHNSON». «ALTO LA GUERRA». «DESENTERRAD A TOM MITCH». cualquier cosa.

pero nada resultaba. tengo que sentarme y esperar. la subvención está descartada. he dejado de escribir poemas para *Evergreen*. sólo habrá una cosa en ese buzón:

querido bongó

bla bla bla bla bla bla bla. he regado las plantas. los niños vienen pronto a casa. bla bla bla.

quiéreme
Meggy

¿le pasó esto alguna vez a Balzac o a Shakespeare o a Cervantes? espero que no. la peor invención del hombre tiene tres cabezas. el buzón el cartero y quien escribe cartas. tengo en la estantería una lata azul de café llena de cartas sin contestar. tengo en el armario una gran caja de cartón llena de cartas sin contestar. ¿cuándo se emborrachan esas personas, joden, ganan dinero, duermen, se bañan, cagan, comer, se cortan las uñas de los pies? y meggy es la que encabeza el rebaño: quiéreme, quiéreme, quiéreme.

una polla de treinta y cinco centímetros podría sacarme, o meterme, o empeorarlo. con lo que tengo, ya ha habido problemas bastantes.

*

* *

por aquellos tiempos, solía haber siempre alguien en mi casa, estuviese allí o no.

normalmente no sabía quién iba a estar allí o quién no. pero siempre alguien. tan sólo un humano grandote y no demasiado santo. siempre había una fiesta. fiesta significaba: una extensión de suerte y los medios: dos dólares y pico proporcionaban una habitación llena de charla y luz y luz eléctrica suficiente para seis o siete.

pues bien, una noche, con todas las luces apagadas, desperté en la cama borracho pero claro, sabes, súbitamente claro las sucias paredes. la falta absoluta de objetivo, la tristeza el todo. y me apoyé en un codo y miré alrededor y parecía que todos se habían ido. sólo aquellas botellas de vino vacías tiradas, iluminadas por la luna. dura y grosera mañana esperando, y miré a mi alrededor en la cama y veo allí aquella forma humana. una tía había decidido quedarse conmigo… aquello era amor, aquello era bravura. mierda, ¿quién podía soportarme en realidad? cualquiera que pudiese soportarme tenía mucha indulgencia de alma. tenía sencillamente que RECOMPENSAR a aquel dulce y querido cervato por tener las agallas y la penetración y el valor de quedarse conmigo.

¿qué mejor recompensa que echarle un polvo por atrás?

me había tropezado con un extraño género de mujer, una extraña serie de mujeres y ninguna lo había querido por la cola así que yo nunca lo había hecho de ese modo y la idea estaba dándome vueltas en la cabeza. solía ser mi único tema de conversación cuando me emborrachaba. le decía a una mujer:

—tengo que darte por el culo, y tengo que darle por el culo a tu mamá, y le daré por el culo a tu hija.

y la respuesta era siempre:

—¡oh no, ni hablar!

hacían cualquier cosa y todo salvo esto. quizás sólo fuese el tiempo y el clima, o sólo algo matemático, porque mucho después de esto no había más que mujeres que se sentaban y decían:

—Bukowski ¿por qué no me jodes por el tubo de la chimenea? tengo un culo grande redondo y suave.

y yo contestaba:

—claro que lo tendrás, querida, pero no me apetece.

pero en aquella época, sencillamente nunca lo había hecho de ese modo, y me sentía un poco loco, como siempre, y tenía esta extraña idea de que dándoles por el culo resolvería un montón de MIS problemas espirituales y mentales.

encontré el último vaso de vino mezclado con cenizas de puro y tristeza. volví a meterme en la cama, le guiñé un ojo a la luna y deslicé mi aparatito en aquel protuberante roncante e inmaculado trasero. el furtivo ladrón no aprecia tanto el premio como el placer del robo. a mí me encantaban las dos cosas. mi pequeño bastón se alzó hasta la cima de su locura. Dios mío, feo y perfecto. venganza, en cierto modo, por todo tipo de cosas, por viejos vendedores de helados con demenciales ojos de pichón, por mi madre muerta viviendo y echándose crema por su imparcial e insípida cara de hierro.

aún duerme, pensé. lo cual mejoraba el asunto. probablemente sea Mitzi. quizá Betty. ¿qué más da? mi victoria… ¡triste, desempleada y hambrienta polla deslizándose en quicios de cosas prohibidas eternamente! ¡GLORIOSO! me sentía realmente muy dramático… el punto extremo del DRAMA, como Jesse James recibiendo la bala, como Cristo en la Cruz bajo lámparas klieg y cohetes, seguía adelante.

ella gemía y hacía AARRG UG, JO AJ, JA… me di cuenta entonces de que sólo fingía dormir. intentando salvar su honor de borracha que era tan terrible y real como todos los honores. estaba sólo sacándole las tripas con aquella gloria mía, loca y falsificada.

ella está sólo FINGIENDO estar dormida y yo soy un HOMBRE Y NADA. ¡OH, NADA PUEDE CONMIGO!

y tenía la sensación de tener mucha cuerda para variar y la gloria que aquello transpiraba y mi violencia caballo-mágico, y la de aquello, la de todo, me obsesionaba. Atravesé y embestí y machaqué y todo era puro.

luego, con la emoción, cayó hacia atrás la manta. vi más claramente la cabeza. la nuca y los hombros: ¡era un Calvo M. norteamericano VARÓN! todo se desmoronó. me eché hacia atrás sumido en indecente horror. caí atrás sintiéndome enfermo, mirando al techo, y ni un trago en la casa. Calvo M. ni se movió ni habló. por fin decidí dormir y esperar la mañana.

por la mañana despertamos y no se mencionó nada. vino alguien y reunimos algo de dinero para vino.

y los días seguían pasando y yo seguía esperando a que él se fuese. las chicas empezaban a mirarme raro. se quedó dos semanas, tres semanas.

un buque varado, como dicen. una noche después de descargar cajas de pescado congelado de vagones de tren, me corté en la mano y sangraba, tenía un pie embotado y casi roto de una caja que me cayó encima. me incorporé cojeando a una fiesta en mi casa. la fiesta estaba bien, nunca protesto por beber vino. pero la fregadera de mi casa andaba mal. habían comido todas mis latas, utilizado todos los vasos y platos y cubiertos, y todo estaba en la fregadera en el agua, el agua hedionda, la fregadera estaba atrancada y eso no tenía nada de particular, eso era casi normal, pero cuando miré en la fregadera y descubrí que habían encontrado también mis platos de papel y los habían utilizado y tirado a la fregadera y los vi flotando por allí, me pareció mal, y luego encima alguien había VOMITADO en la fregadera, y cuando lo vi, me serví un vaso de los de agua de vino, lo liquidé y destrocé el vaso contra la pared y grité:

—¡ya está bien! ¡todos fuera! ¡inmediatamente!

salieron en fila, las putas y los hombres, y Helen la fregona, la había jodido un día también, pelo blanco y todo, y allá se fueron, pues, solemne, tristemente. se fueron todos menos Calvo M.

él se quedó allí sentado al borde de la cama diciendo:

—Hank, Hank, ¿qué pasa? ¿qué pasa, Hank?

—¡cállate o te noqueo, te lo juro!

salí al teléfono del pasillo. busqué el número de su madre. era uno de esos cabrones puros e inteligentes, estúpidos, con un cociente intelectual muy alto, que viven siempre con su madre.

—oiga, señora M., venga por favor y llévese a su hijo. soy Hank.

—¡ah! ¿así que ha ESTADO ahí? lo suponía, pero no sabía dónde vivía usted. informamos de él a personas desaparecidas. es usted malo para él, Hank. óigame, Henry, ¿por qué no deja en paz a mi chico?

(su «chico» tenía treinta y dos años).

—lo intentaré señora M. ¿pero por qué no viene a llevárselo?

—sencillamente no puedo entender por qué se quedó TANTO tiempo ahí. normalmente le gusta volver a casa al cabo de un día o dos.

—usted venga y lléveselo.

le di la dirección, luego volví a la habitación.

—tu madre viene a buscarte —le dije.

—no, no quiero ir. ¡no! escucha, Hank, ¿hay algo más de vino? necesito un trago, Hank.

le serví un vaso y me serví otro.

él bebió un poco.

—no quiero ir —dijo.

—escucha, te he estado pidiendo que te fueras. y no te ibas. sólo tenía dos elecciones: arrearte una paliza y echarte a la calle o telefonear a tu madre. he telefoneado a tu madre.

—¡pero yo soy un HOMBRE! SOY UN HOMBRE. ¿ES QUE NO LO VES? ¡COMBATÍ EN CHINA! ¡DIRIGÍ A LOS SOLDADOS CHINOS A TRAVÉS DE LOS CAMPOS! ¡FUI PRIMER TENIENTE DEL EJERCITO NORTEAMERICANO EN MOMENTOS DE PELIGRO!

y era verdad. había hecho todo aquello. y le habían licenciado con honores. volví a llenar los dos vasos.

—¡por la guerra de China! —brindé.

—por la guerra de China —dijo él.

los dos bebimos.

luego él empezó otra vez:

—¡soy un HOMBRE! maldita sea, ¿es que no ves que soy un HOMBRE? pero, ¿es que no te das cuenta de QUE SOY UN HOMBRE, demonios?

ella llegó unos quince minutos después, sólo dijo una palabra:

—¡WILLIAM!

luego se acercó a la cama y le cogió de una oreja. era una vieja arrugada, y tenía lo menos sesenta años. pues bueno, le agarró, de una OREJA y le arrancó de la cama, y sin soltar la oreja le llevó por el pasillo y lo sacó fuera y llamó el ascensor, él doblado casi por la mitad y llorando, él llorando sin parar. aquellas grandes lágrimas

REALES corriendo goteando deslizándose por sus mejillas. y lo metió en el ascensor cogido de la oreja y mientras bajaban pude oírle gritar:

—¡SOY UN HOMBRE, SOY UN HOMBRE, SOY UN HOMBRE!

y luego fui a la ventana y vi cómo bajaban a la acera. ella aún le sujetaba por la OREJA, aquella vieja de sesenta años. y luego, una vez allí, le tiró al interior del coche y entró por el otro lado mientras él se tumbaba en el asiento. luego se alejó con mi única pieza de redondo ojete gimiendo:

—¡SOY UN HOMBRE! ¡SOY UN HOMBRE!

nuca volví a verle ni hice jamás ningún esfuerzo especial por buscarle.

*
*   *

la noche que vino la puta de ciento veinte kilos yo estaba preparado. nadie más estaba preparado pero yo sí, yo estaba preparado. ella era todo grasa por todas partes y además no muy limpia. de dónde había salido y qué quería y cómo había sobrevivido hasta entonces era algo que podías preguntarte de cualquier ser humano, y, en fin allí estuvimos bebe que te bebe, riéndonos un rato, yo sentado allí con ella, apretándola, olisqueándola, riendo y pellizcando.

—¡nena, nena, te voy a meter una cosa que va hacerte llorar y no reír!

—aj, jajajaja, ja —se reía ella.

—cuando te clave, llegará la cabeza hasta la tuya, pasando por el vientre, el estómago, el esófago, subiendo por la tráquea. ¡sí!

—¡aj, jajajaja, ja!

—apuesto a que cuando te sientas a cagar te pegan las carnes de las nalgas en el suelo, ¿eh? a que cuando cagas, nena, atrancas un mes la tubería, ¿eh?

—¡aj, jajajajaja, ja!

cuando cerraron salimos los dos juntos… yo dos metros de altura, cuarenta y tantos kilos, y ella uno setenta y ciento veinte kilos. el mundo de lo solitario y lo ridículo bajaba por la acera caminando unido. al fin, me conseguía una tía, ya era algo por lo menos.

llegamos a la puerta de casa. busqué la llave.

—dios mío —le oí decir— ¿qué es eso?

miré alrededor. detrás nuestro había un edificio muy sencillo y pequeño con un letrero muy simple: HOSPITAL DEL ESTÓMAGO.

—¿ah, eso? venga ríete ya, me gusta tu risa, ¡déjame que te oiga reír ahora, nena!

—es un cadáver, están sacando un cadáver.

—un amigo mío, fue jugador de fútbol, jugaba con Red Grange. le vi esta tarde. tenía buen aspecto. le di un paquete de cigarrillos. sacan a los muertos a escondidas, de noche. les veo sacar uno o dos fiambres cada noche. sería mal negocio hacerlo de día.

—¿cómo sabes que es tu amigo?

—la estructura ósea, la forma de la cabeza debajo de la sábana. una noche que estaba animado estuve a punto de robar un cadáver pero volvieron ellos antes de que me decidiera. no sé lo que habría hecho con semejante cosa. meterlo en un armario, supongo.

—¿adonde van ahora?

—a por otro cadáver. ¿cómo tienes el estómago?

—¡bien, perfectamente!

subimos, como pudimos, aunque ella dio un traspié que creí que iba a tirar toda la pared oeste.

nos desnudamos, la monté.

—¡vamos! —le dije—, ¡MUÉVETE! ¡no te quedes ahí tumbada como una gran olla de masilla! alza esas grandes piernas gigantescas como pinos que tienes… ¡demonios, no puedo ENCONTRARTE!

ella se echó a reír entre dientes:

—oh, jejejejeje, oh, jejejejeje.

—¡qué coño te pasa! —mascullé—. ¡muévelo! ¡menéalo! entonces ella empezó realmente a saltar y a moverse. yo estaba allá arriba colgado intentando localizar el ritmo: ella se movía bastante bien, pero se meneaba y subía luego y bajaba y luego se meneaba otra vez. yo cogía el ritmo del meneo, pero en el sube y baja caí de la silla varias veces. quiero decir que subía el suelo cuando llegaba a él, lo cual está muy bien en condiciones normales, pero con ella, cuando alcanzaba el suelo que venía hacia mí, ésta sencillamente me desplazaba por completo de la silla y estuvo varias veces a punto de tirarme de la cama al suelo. recuerdo que una vez casi me agarré a una de aquellas tetas gigantes, pero era una cosa de lo más horrible e indecente y, en fin, yo lo que hice fue engancharme a un lado del colchón como una chinche hambrienta, y luego echarme otra vez encima y aposentarme en el centro de aquellos ciento veinte kilos, hundirme de nuevo en el centro del «oh, jejejejeje, oh, jejejeje», y cabalgar allí colgado, encima, sin saber si jodiendo o jodido, pero en fin, eso uno pocas veces lo sabe.

—ay, Dios nos valga —susurré en una de sus calientes y sucias y gordas orejas.

como estábamos los dos muy borrachos, le dimos y le dimos, y me echó fuera varias veces, pero volví de inmediato al combate. estoy seguro de que los dos queríamos dejarlo, pero que en cierto modo no había salida. el sexo puede convertirse a veces en un trabajo de lo más horrible. incluso una vez, desesperado, agarré uno de aquellos pechos enormes y lo alcé como una especie de apacible pastel y me metí un pezón en la boca. sabía a tristeza, a goma y a dolor y a yogur rancio. solté el chisme aquel de la boca con mucha repugnancia, luego volví al asunto.

y por fin la agoté. quiero decir, ella aún seguía dándole, no estaba tumbada como muerta, había conseguido sacarla de aquello, pero la agoté, entré en el ritmo, lo localicé, le di, le di como es debido unas cuantas veces y por ultimo, como una

cámara de resistencia que no quiere ceder, cedió, se entregó, la enganché. gimió y gritó al fin como una niña y yo me fui también. fue hermoso. luego nos dormimos.

y cuando despertamos por la mañana, descubrí que la cama estaba en el suelo. habíamos roto las cuatro patas en nuestro polvo loco.

—¡oh Dios santo! —dije yo—. ¡ay Señor! ¡Señor!

—¿qué pasa, Hank?

—rompimos la cama.

—ya pensé yo que podríamos.

—sí, pero no tengo un céntimo. no puedo pagar una cama nueva.

—yo tampoco tengo dinero.

—además tengo que darte algo, Ann.

—no, por favor, ni hablar, eres el primer hombre que me hace sentir algo en muchos años.

—bueno, gracias, pero ahora no puedo sacarme de la cabeza esta maldita cama.

—¿quieres que me vaya?

—no te enfades, pero sí. es la cama. me preocupa.

—claro, Hank. ¿puedo usar antes el baño?

—claro.

se vistió y fue al cagadero. cuando salió se paró en el quicio de la puerta.

—adiós Hank.

—adiós, Ann.

me sabía muy mal dejarla irse así, pero era la cama, luego recordé la cuerda que había comprado para ahorcarme. era una cuerda gruesa y fuerte. descubrí que todas las patas de la cama estaban rotas por una veta central. era sólo cuestión de colocarlas y atarlas como piernas humanas rotas. las até todas. luego me vestí y bajé.

estaba la patrona esperando.

—vi salir a esa mujer. era una mujer de la calle, señor Bukowski. creo que estuvo arriba en la habitación de usted. conozco demasiado bien a mis otros inquilinos.

—vamos, vamos —dije—. pocos hombres pueden arreglárselas sin.

luego salí a la calle. fui al bar. el trago entraba bien, pero no me podía quitar de la cabeza aquella cama. es cojonudo, pensé, que un hombre que quiere suicidarse ande preocupándose por una cama, pero me preocupaba. así que eché unos tragos más y volví. la patrona estaba allí esperando.

—¡no puede usted engañarme con toda esa cuerda, señor Bukowski! ¡ha roto usted la cama! ¡dios mío, mucho trajín ha tenido que haber ahí anoche para romper todas las CUATRO patas de la cama!

—lo siento —dije—, no puedo pagar esa cama. perdí mi empleo de cobrador de autobús y están devolviéndome todos los relatos que mandé a *Harper's* y a *Atlantic Monthly*.

—en fin, ¡le hemos puesto una cama nueva!

—¿una cama nueva?

—sí, Lila está haciéndosela ahora.

Lila era una linda criadita de color. sólo la había visto una o dos veces porque trabajaba de día, y de día yo solía estar en el bar, dándole al trinque.

—bueno —dije—, estoy cansado, creo que voy a subir a mi cuarto.

—sí, supongo que debe estar usted cansadísimo.

subimos juntos la escalera. pasamos ante un cartel de tela de la pared: DIOS BENDIGA ESTA CASA.

—¡Lila! —dijo la patrona cuando nos acercábamos al final de las escaleras, junto a mi habitación ya.

—¿sí?

—¿cómo vas con la cama?

—ay Dios mío, ¡este maldito chisme va a acabar conmigo! ¡no consigo acabar de montarla! ¡da la sensación de que no ajusta bien!

llegamos los dos a la puerta de mi cuarto.

—miren señoras —dije— habrán de perdonarme, pero tengo que ir al baño un rato…

bajé al baño y eché una buena y lenta pero firme cagada de mierda-cerveza-vodka-vino-whisky. ¡menuda peste! descargué la cisterna y volví, camino de mi habitación. cuando me acercaba, oí un golpeteo final y luego mi patrona se echó a reír a carcajadas, luego reían las dos. entré. dejaron de reír. parecían muy serias, enfadadas incluso. mi linda chica de color salió corriendo y allá se fue escaleras abajo y luego empecé a oírla reír otra vez. luego la casera se plantó en el quicio de la puerta, mirándome.

—procure portarse como es debido, señor Bukowski, por favor. aquí sólo admitimos inquilinos de lo más distinguido.

luego, cerró la puerta lentamente y entonces me volví.

miré la cama. era de acero.

me desvestí y me metí desnudo entre las nuevas sábanas de mi nueva cama, Filadelfia, una de la tarde, el cielo extendiéndose arriba por todas partes, allí fuera, estiré la blanca y limpia sábana y la colcha hasta la barbilla y luego me dormí, solo, cómodo, en gracia, acariciado por el milagro. todo estaba bien.

*

*   *

«Querido señor Bukowski:

Dice que empezó a escribir a los treinta y cinco. ¿qué hacía usted antes, entonces?

E.R.»

«Señor E.R.
No escribir.»

Mary probó todos los trucos. ella no quería irse en realidad aquella noche. salió del baño con todo el pelo recogido a un lado.

—¡mira!

yo acababa de servirme otro vaso de vino.

—puta, puta asquerosa…

luego salió con los labios muy pintados, todo el morro embadurnado de carmín.

—¡mira! ¿has visto alguna vez a la señora Johnson?

—puta, puta, puta asquerosa…

me levanté y me tumbé en la cama, el cigarrillo en una mano, el vaso de vino temblequeando en la mesita. descalzo, en calzoncillos y camiseta sucios de una semana. se acercó y se quedó allí plantada delante de mí.

—¡ERES EL MAYOR CABRÓN DE TODOS LOS TIEMPOS!

—aj, jajajajaja —reí yo.

—¡está bien, me largo!

—eso me da igual. ¡pero quiero advertirte una cosa!

—¿qué?

—que no des un portazo al salir. estoy harto de tus portazos. si das un portazo al salir te casco.

—¡no tienes cojones!

y realmente dio un portazo al salir tan fuerte que me precipitó en un estado de conmoción nerviosa. cuando la pared dejó de temblar, me levanté de un salto, vacié el vaso de vino y abrí la puerta. no había tiempo para vestirse. ella me oyó a abrir la puerta y echó a correr, pero iba de tacones. crucé el descansillo en calzoncillos y la agarré al principio de la escalera. le di la vuelta y le aticé un sopapo bueno a mano abierta en la cara. dio un grito y cayó. al caer las piernas bajaron las últimas y pude ver la falda arriba de aquellas largas piernas torneadas tejidas en nylon, vi hasta arriba, y pensé. ¡tengo que estar LOCO, maldita sea! pero no había salida y di la vuelta y volví lentamente a la puerta, la abrí, la cerré, me senté y eché un vaso de vino. oyéndola llorar allí fuera. luego oí que se abría otra puerta.

—¿qué pasa querida? —era otra mujer.

—¡él me PEGÓ! ¡me PEGÓ mi marido!

(¿MARIDO?)

—oh, pobrecita, déjame que te ayude a levantarte.

—gracias.

—¿qué vas a hacer ahora?

—no sé. no tengo a dónde ir.

(zorra mentirosa)

—bueno, mira, consíguete una habitación para la noche, y luego, cuando él salga a trabajar puedes volver aquí.

—TRABAJAR —gritó ella—. ¡TRABAJAR! ¡ESE HIJOPUTA NO HA TRABAJADO NI UN DÍA EN TODA SU VIDA!

me hizo gracia aquello. tanta que no podía parar de reír. tuve que volverme y meter la cabeza en la almohada para que Mary no me oyese. cuando por fin pasó la risa y alcé la cara de la almohada y me levanté y salí a ver al descansillo, se habían ido ya.

volvió dos días después y fue como siempre, yo en calzoncillos cabreándome y Mary emperifollándose y arreglándose toda para irse, intentando indicarme lo que me perdía.

—¡esta vez no volveré! ¡ya estoy harta! ¡harta! lo siento muchísimo pero ya no puedo aguantarte! eres un cabrón de mierda, y nada más.

—tú eres una puta, no eres más que eso, una puta asquerosa…

—sí que debo serlo, porque si no no estaría viviendo contigo.

—vaya, nunca lo había enfocado así.

—pues enfócalo. apuré el vaso de vino.

—esta vez voy a ACOMPAÑARTE a la puerta y la abriré y la cerraré YO MISMO. ¿preparada, querida?

me acerqué a la puerta y allí me planté en calzoncillos, el vaso de vino vuelto a llenar en la mano, esperando.

—vamos vamos, no quiero perder toda la noche. acabemos esto de una vez, ¿de acuerdo? ¿qué?

no le gustaba. salió, se volvió, se me plantó delante.

—bueno, venga, venga, piérdete en la noche. puede que consigas vender algo de lo que te queda por billete y cuarto a ese quiosquero que le falta el pulgar derecho y que tiene la cara como una máscara de goma. largo, querida.

empecé a cerrar la puerta y ella alzó el bolso sobre la cabeza.

—¡CERDO! ¡hijoputa!

vi bajar el bolso y me quedé quieto con una sonrisilla tranquila en la cara. he tenido varias peleas con tíos peligrosos; un bolso de mujer era algo que no podía inquietarme lo más mínimo. cayó. lo sentí. plenamente. tenía el chisme lleno y en la parte delantera, la que me dio en la cabeza, había un tarro de crema. era como una piedra.

—nena —dije. aún mantenía mi sonrisa y seguía con la mano en el pomo de la puerta, pero no podía moverme, estaba Congelado.

volvió a atizarme con el bolso.

—oye nena.

otra vez.

—vamos, nena.

las piernas empezaron a fallar. al ir doblándome lentamente ella tenía más facilidades para atizarme en la cabeza. y lo hizo, cada vez más deprisa, como si intentase partirme el cráneo. fue el tercer noqueo de mi poco lucida carrera, pero el primero frente a una mujer.

cuando desperté estaba cerrada la puerta y yo solo. miré alrededor y había en el suelo más de dos centímetros de sangre. por suerte todo el apartamento tenía linóleo. chapoteando en aquello me dirigí a la cocina. tenía guardada una botella de whisky para una ocasión especial. aquélla lo era. la abrí y me eché un buen chorro en la cabeza, luego llené un vaso y lo bebí de un trago. ¡aquella zorra asquerosa había intentado MATARME! increíble, pensé en denunciarla a la policía, pero no me pareció buena idea. probablemente se hiciesen cargo del asunto y me encerrasen también a mí.

era una cuarta planta. bebí unos pelotazos más de whisky y me acerqué al armario. cogí sus vestidos, zapatos, bragas, medias, sostenes, zapatillas, pañuelos, ligas, toda aquella mierda y la amontoné junto a la ventana pieza a pieza, sin dejar de chupar whisky.

—quería matarme la muy puta…

una a una fui tirándolas por la ventana. había un gran solar vacío debajo junto a una casa pequeña. el apartamento quedaba junto a una excavación, así que en realidad estábamos a unos ocho pisos de altura. apunté a los cables del tendido eléctrico con las bragas, pero no acerté. luego me cabreé y empecé a tirarlo todo sin apuntar. zapatos y bragas y vestidos quedaron esparcidos por todas partes… en los matorrales, en los árboles, en la valla o simplemente en el suelo del solar. entonces me sentí mejor, le di otro tiento a la botella de whisky, encontré una bayeta y limpié todo aquello.

por la mañana me dolía mucho la cabeza. no pude peinarme, sólo mojarme el pelo y echarlo hacia atrás con cuidado con las manos. se me había formado en la cabeza una gran postilla de más de siete centímetros. serían las once. bajé por las escaleras a la primera planta y salí por la parte de atrás a recoger lo que había tirado. no estaba. no podía entenderlo. había un viejo pedo allí trabajando, en el patio de atrás de la casa pequeña, hurgando en el suelo con un desplantador.

—oiga —le dije al viejo pedo—, ¿vio por casualidad ropa por aquí?

—¿qué clase de ropa?

—ropa de mujer.

—había por todas partes. la recogí para el ejército de salvación. les telefoneé para que vinieran a por ella.

—pues era la ropa de mi mujer.

—parece que la tiró alguien.

—un error.

—bueno, aún la tengo toda en una caja.

—¿la tiene? ¿y podrá devolvérmela?

—claro, sólo que parecía que la hubiesen tirado.

el viejo pedo entró en la casa y salió con la caja aquella. me la dio por encima de la valla.

—gracias —le dije.

—de nada.

se volvió, se arrodilló otra vez y metió el desplantador en el suelo. yo volví a casa con la ropa.

ella volvió aquella noche con Eddie y la Duquesa. tenían vino. serví para todos.

—esto está muy limpio —dijo Eddie.

—oye, Hank. no riñamos más. ¡estoy harta de reñir! y sabes que te quiero, te quiero de veras —dijo Mary.

—sí, claro.

la Duquesa estaba allí sentada con todo el pelo por la cara, las medias todas rotas, e hilillos de saliva cayendo por las comisuras de los labios. tomé nota de que debía tirármela. tenía aquel aspecto repugnante tan tentador. largué a Mary y a Eddie fuera a por más vino y en cuanto se cerró la puerta agarré a la Duquesa y la tiré en la cama. era todo huesos y tenía una pinta muy dramática. la pobre probablemente llevase dos semanas sin comer. me corrí dentro. no estuvo mal. uno rápido. cuando volvieron ellos estábamos en el sofá sentados.

llevaríamos bebiendo otra hora cuando la Duquesa me miró desde detrás de aquella maraña de pelo y me apuntó con aquel dedo huesudo como el de la muerte. la conversación se interrumpió. el dedo seguía apuntándome. luego la Duquesa dijo:

—me violó, me violó cuando fuisteis a comprar el vino.

—oye, Eddie, supongo que no lo creerás, ¿verdad?

—claro, por supuesto que lo creo.

—¡oye, si no eres capaz de confiar en un amigo, lárgate inmediatamente de aquí!

—la Duquesa no miente. si la Duquesa dice que tú…

—¡LARGO DE AQUÍ! ¡CERDOS! ¡HIJOS DE PUTA!

me levanté y lancé un vaso de vino lleno contra la pared norte.

—¿yo también? —preguntó Mary.

—¡TÚ TAMBIÉN! —y apunté hacia ella también con mi dedo.

—oh Hank, creí que ya habíamos acabado con esto, estoy tan harta de riñas…

salieron en fila. Eddie el primero, luego la Duquesa, seguida le Mary.

—me violó, os juro que me violó —seguía diciendo la Duquesa—. me violó, de veras, me violó…

estaba loca.

cuando salieron ya, agarré a Mary por la muñeca.

—¡entra aquí, zorra!

la arrastré de nuevo adentro y eché la cadena en la puerta.

luego la cogí y le di un gran beso apasionado, acompañado de un buen apretón en

las ancas.

—oh, Hank…

le gustó.

—Hank, Hank, ¿no te tiraste a ese saco de huesos, verdad?

no contesté. seguí trabajándola. oí caer al suelo el bolso. una de sus manos llegó hasta mis huevos, los acarició. yo estaba agotado, necesitaba un descanso, una hora o así.

—tiré toda tu ropa por la ventana —dije.

—¿QUÉ? —apartó la mano de mis huevos, abrió mucho los ojos.

—pero bajé y la recogí, déjame que te lo cuente.

fui y serví otros dos tragos.

—sabes que estuviste a punto de matarme, ¿eh?

—¿qué?

—¿me vas a decir que no te acuerdas?

me senté con un vaso y ella se acercó y me miró la cabeza.

—oh, pobrecillo. Dios mío, cuánto lo siento.

se inclinó y besó muy tiernamente la maldita postilla. luego yo le eché mano debajo de la falda y nos enredamos otra vez. necesité unos cuarenta y cinco minutos. allí estábamos, en medio de aquella habitación de pie, debatiéndonos entre pobreza y cristal roto. no habría riña aquella noche, no habría putas ni vagabundos en ninguna parte. el amor se había impuesto. y el limpio linóleo mezclaba nuestras sombras.

*

*   *

era en Nueva Orleans, en el barrio francés, y yo estaba en la acera y vi a un borracho apoyado en la pared y el borracho lloraba, y el italiano le preguntaba «¿eres francés?» y el francés dijo, «sí soy francés». y el italiano le atizó en la cara fuerte, lanzándole la cabeza contra la pared, y luego volvió a preguntarle al borracho: «¿eres francés?» y el franchute dijo «sí» y el macarroni volvió a atizarle, diciendo al mismo tiempo, una y otra vez, «soy amigo tuyo, soy amigo tuyo, sólo quiero ayudarte. ¿no lo entiendes?» y el francés decía sí y el italiano volvía a atizarle. había otro italiano sentado en su coche afeitándose, con una linterna allí colgada y alumbrándole la cara. qué raro hacía. allí sentado con toda la cara llena de crema de afeitar y afeitándose con aquella navaja barbera tan larga. no prestaba la menor atención a los otros dos, estaba allí sentado afeitándose en mitad de la noche. todo fue bien hasta que el francés salió rebotado de la pared y fue tambaleándose hacia el coche. el tío se agarró a la puerta del coche y dijo «¡socorro!» y el italiano volvió a darle. «soy amigo tuyo, soy AMIGO tuyo!» y el francés cayó contra el coche y el coche se movió y el italiano de dentro evidentemente se cortó y salió del coche con toda aquella crema de afeitar por la cara y el corte creciéndole y dijo «¡hijo de puta!» y empezó a cortarle la cara al

francés y luego el francés alzó las manos y le cortó en las manos.

—¡hijo de puta! ¡pedazo de cabrón!

era mi segunda noche en la ciudad y resultaba duro, así que entré allí en el bar y me senté y el tipo que había a mi lado se volvió y preguntó, «¿eres francés o italiano?» y yo dije «bueno, verá, yo nací en China, mi padre era misionero y le mató un tigre siendo yo muy pequeño».

en ese momento alguien empezó a tocar un violín detrás le mí y eso me salvó de más preguntas. apuré la cerveza. cuando el violín calló, alguien se me acercó del otro lado y se sentó.

—me llamó Sunderson. pareces necesitar un trabajo.

—necesito dinero. el trabajo no me entusiasma.

—lo único que tienes que hacer es sentarte en esta silla unas cuantas horas más, de noche.

—¿cuánto?

—dieciocho billetes por semana y no tocar para nada la caja registradora.

—¿cómo vas a impedírmelo?

—pagándole a otro tipo dieciocho billetes semanales por vigilarte.

—¿eres francés?

—Sunderson. escocés… inglés. pariente lejano de Winston Churchill.

—ya me parecía a mí que tenías algo raro.

*

*   *

allí era donde iban a echar gasolina los taxis de aquella empresa de taxis. yo echaba la gasolina, cogía el dinero y lo metía en la caja. pasaba casi toda la noche sentado en una silla. el trabajo fue perfectamente las dos o tres primeras noches. una pequeña discusión con los taxistas que querían que les cambiase las ruedas pinchadas. un italiano cogió el teléfono y empezó a protestarle al jefe porque yo no hacía nada, pero yo sabía por qué estaba allí: para proteger el dinero. el viejo me había dicho dónde estaba la pistola, cómo utilizarla y hacer que los taxistas pagasen toda la gasolina y el aceite que consumieran. pero yo no tenía el menor deseo de proteger la pasta por dieciocho a la semana, ahí era donde se equivocaba Sunderson. me hubiese llevado el dinero yo mismo, pero eso de la moral es asunto jodido: alguien me había trabajado con la loca idea de que robar estaba mal, en otros tiempos, y me costaba mucho superar los prejuicios. mientras tanto, trabajaba con ellos, contra ellos, por encima de ellos, en fin, la vida.

hacia la cuarta noche, apareció por allí una negrita. se plantó allí en la puerta muy sonriente. debimos estar mirándonos cerca de tres minutos.

—¿cómo te va? —preguntó—. Me llamo Elsie.

—no demasaido bien. yo me llamo Hank.

entró y se apoyó en una vieja mesita de escritorio que había. el vestido que llevaba parecía un vestido de muchachita, tenía movimientos de muchachita y también dada la misma sensación el brillo de alegría de su mirada, pero era una mujer, una palpitante mujer milagrosa y eléctrica con un limpio vestido marrón de muchachita.

—¿me das un refresco?

—claro.

me dio el dinero y vi cómo levantaba la tapa de la caja de refrescos y, seria y meticulosa, elegía una bebida. se sentó luego en el taburetito y la observé mientras bebía. las burbujitas de aire flotaban a través de la luz eléctrica, a través de la botella. contemplé su cuerpo, sus piernas, aquella bondad cálida y marrón me inundó. resultaba solitario aquel sitio, allí sentado en aquella silla noche tras noche por dieciocho a la semana.

me dio la botella vacía.

—gracias.

—de nada.

—¿no te importa que traiga unas amigas mañana por la noche?

—si son como tú, querida, tráelas a todas.

—todas son como yo.

—tráelas a todas.

la noche siguiente vinieron tres o cuatro, y allí se pusieron a hablar y a divertirse un poco y a comprar y a beber refrescos. Dios mío, de veras, eran tan dulces, tan jóvenes, con lo que hay que tener, todas mocitas de color, era todo tan divertido y tan hermoso, lo digo en serio, me hacían sentirme así. la noche siguiente, vinieron ocho o diez, la siguiente trece o catorce. empezaron a traer ginebra y whisky y a mezclarlo con los refrescos. yo llevaba también para mí. pero Elsie, la primera, era la mejor de todas. se me sentaba en las rodillas y luego se levantaba de un salto y gritaba:

—¡ay, Dios mío, vas a sacarme los testines por la cabeza con esa CAÑA DE PESCAR que tienes ahí debajo!

se hacía la enfadada, hacía como si estuviese muy enfadada, y las otras chicas se reían. y yo no sabía qué hacer y me quedaba allí sentado, confuso, sonriendo, pero en cierto modo era feliz. tenían demasiado para mí pero era un buen espectáculo. empecé a relajarme un poco yo también. cuando pitaba un conductor, me levantaba ceñudo, terminaba mi vaso, iba a buscar la pistola, se la pasaba a Elsie y le decía:

—ahora mira, Elsie, nena, vigila esa caja, y si alguna de las chicas intenta hurgar en ella, vas y le haces un agujero en el coño por mí, ¿eh?

y dejaba allí a Elsie con aquella gran luger. era una extraña combinación. las dos, podían matar a un hombre, o salvarle, según fuese la cosa. la historia del hombre, la mujer y el mundo. y yo salía a servir la gasolina.

luego vino una noche aquel taxista italiano, Pinelli, a por un refresco. el nombre

me gustaba, pero él no. era el que más protestaba de que yo no cambiase las ruedas. yo no tenía nada contra los italianos, pero resultaba extraño que desde que había aterrizado en la ciudad, la Facción Italiana estuviese en la vanguardia de mis desdichas. pero sabía que era algo matemático más que racial. en San Francisco, una vieja italiana probablemente me hubiese salvado la vida. pero ésa era otra historia.

Pinelli entró al acecho. a la caza. las chicas estaban todas por allí, charlando y divirtiéndose. él se acercó y alzó la tapa de la caja de refrescos.

—¡CAGO EN LA PUTA, YA NO HAY REFRESCOS, CON LA SED QUE TENGO! ¿QUIEN SE LOS BEBIÓ, VAMOS A VER?

—yo —le dije.

todo estaba tranquilo. todas las chicas miraban. Elsie estaba de pie junto a mí, muy atenta. Pinelli era guapo si no mirabas demasiado tiempo o con demasiada profundidad. la nariz aguileña, el pelo negro, contoneo de oficial prusiano, pantalones ceñidos, furia de muchachito.

—¡ESTAS CHICAS SE BEBIERON TODOS LOS REFRESCOS, Y ESTAS CHICAS NO TIENEN POR QUÉ ESTAR AQUÍ, ESTOS REFRESCOS SON SOLO PARA LOS TAXISTAS!

luego, se me acercó, se me plantó delante, las piernas así abiertas un poco como los pollos cuando van a cagar:

—¿SABES LO QUE SON ESTAS, LISTO?

—claro, estas chicas son amigas mías.

—¡NO, ESTAS CHICAS SON PUTAS! ¡TRABAJAN EN TRES BURDELES DEL OTRO LADO DE LA CALLE! ESO SON: ¡PUTAS!

nadie le contestó. seguimos allí todos mirando al italiano, fue una mirada larga. luego, el italiano se volvió y se fue. el resto de la noche no podía ser ya igual, yo estaba preocupado por Elsie. tenía la pistola, me acerqué a ella y se la cogí.

—estuve a punto de hacerle a ese hijoputa un ombligo nuevo —dijo—. ¡su madre era una puta!

cuando me di cuenta, el local estaba vacío. me senté y bebí un buen trago. luego me levanté y miré la caja registradora. estaba todo allí.

hacia las cinco, llegó el viejo.

—Bukowski.

—¿sí, señor Sunderson?

—vas a tener que irte —(palabras familiares)

—¿qué pasa?

—los chicos dicen que no llevas bien esto, que se llena de putas y que tú te dedicas a divertirte con ellas. que ellas andan con las tetas al aire, sin bragas, y tú te dedicas a chupar y a lamer. ¿es ESO lo que pasa aquí por la noche?

—bueno, no exactamente.

—en fin, te dejaré seguir aquí hasta que pueda encontrar uno que sea más de fiar. tengo que saber lo que pasa aquí.

—de acuerdo, Sunderson, el circo es suyo.

creo que fue dos noches después cuando salí del bar y decidí darme una vuelta por la vieja gasolinera. había allí dos o tres coches de la policía.

vi a Marty, uno de los taxistas, me llevaba bien con él. me acerqué.

—¿qué pasa, Marty?

—apuñalaron a Sunderson, y le pegaron un tiro a uno de los taxistas con la pistola de Sunderson.

—hostias, como en las películas. ¿el taxista al que le pegaron el tiro fue Pinelli?

—sí, ¿cómo lo sabes?

—¿un tiro en la barriga?

—sí, sí, ¿cómo lo sabes?

yo estaba borracho. me alejé de allí, me fui a mi habitación. la luna de Nueva Orleans brillaba arriba, muy alta. seguí camino de mi casa y pronto llegaron las lágrimas. un gran chorreo de lágrimas a la luz de la luna. luego pararon y pude sentir el agua-lágrima secárseme en la cara, estirando la piel. cuando llegué a mi habitación no me molesté en encender la luz. quité zapatos, quité calcetines y me tumbé en la cama sin Elsie, mi linda puta negra, y luego me dormí, crucé dormido la tristeza de todo y cuando desperté me pregunté cuál sería la próxima ciudad, el próximo trabajo. me levanté, zapatos, calcetines y salí a por una botella de vino. las calles no tenían muy buen aspecto, pocas veces lo tenían. la calle era una estructura planeada para ratas y hombres y tenías que vivir y que morir en ella. pero como dijo una vez un amigo mío: «nunca se te prometió nada, no firmaste ningún contrato». entré en la bodega a por el vino.

el muy hijoputa se inclinó un poco hacia adelante, esperando sus puercas monedas.

*
*   *

garrapateado en cajas de cartón durante borracheras de dos días:

cuando Amor se convierte en una orden, Odio puede convertirse en un placer.

* * *

si no juegas, nunca ganarás.

* * *

jamás duran los bellos pensamientos ni las mujeres bellas.

* * *

puedes enjaular a un tigre pero nunca sabrás seguro si está liquidado. los hombres es más fácil.

* * *

si quieres saber dónde está Dios, pregúntale a un borracho.

* * *

en las trincheras no hay ángeles.

* * *

ningún dolor significa el fin del sentimiento; cada una de nuestras alegrías es un trato con el demonio.

* * *

la diferencia entre Arte y Vida es que el Arte es más soportable.

* * *

prefiero oír hablar de un vagabundo norteamericano de hoy día que de un dios griego muerto.

* * *

nada hay tan aburrido como la verdad.

* * *

el individuo bien equilibrado está loco.

* * *

casi todos nacen genios y los entierran tontos.

* * *

el hombre valiente carece de imaginación. la cobardía suele deberse a la falta de una dieta adecuada.

* * *

la relación sexual es darle patadas en el culo a la muerte mientras cantas.

* * *

cuando los hombres controlen los gobiernos, los hombres no necesitarán gobiernos. hasta entonces, vamos jodidos.

* * *

un intelectual es un hombre que dice una cosa simple de un modo complicado; un artista es un hombre que dice una cosa complicada de un modo simple.

* * *

siempre que voy a un funeral siento como si hubiese comido germen de trigo hinchado.

* * *

grifos que gotean, pedos de pasión, neumáticos deshinchados… son más tristes todos que la muerte.

* * *

si quieres saber quiénes son tus amigos, agénciatelas para ir a la cárcel.

* * *

los hospitales es donde intentan matarte sin explicar por qué. la fría y controlada crueldad del Hospital Norteamericano no se debe a médicos sobrecargados de trabajo o habituados a la muerte y aburridos de ella. se debe a médicos A LOS QUE SE PAGA DEMASIADO POR HACER DEMASIADO POCO y a los que admiran los ignorantes, como a brujos con poderes de curación, cuando la mayoría de las veces no son capaces de distinguir entre los pelos de su propio culo y los del apio.

* * *

un diario metropolitano antes de exponer un mal, se toma el pulso.

* * *

fin de las cajas de cartón.

*

*   *

bueno, éste es vuestro cuento de Navidad, niñitos… sentaos alrededor.

—ah —dijo mi amigo Lou—, creo que lo tengo.

—¿sí?

—sí.

serví otro vaso de vino.

—vamos a medias —continuó.

—de acuerdo.

—tú tienes mucha labia, cuentas muchas historias interesantes. da igual que sean ciertas o no.

—son ciertas.

—bueno, eso es igual, escucha, haremos lo siguiente. hay un bar elegante al final de la calle, lo conoces, Molino's. bueno, tú te vas allí y sólo necesitas dinero para el primer trago. ése lo pagaremos a medias. bueno, tú te sientas allí y haces tiempo y te buscas un tipo que se vea que es de pasta. van muchos allí. localizas al tío y te acercas a él, con cualquier disculpa. te sientas al lado y te enrollas. le largas tus cuentos. le gustarán. consigues manejar un buen vocabulario cuando estás colocado. una noche me llegaste a decir que eras cirujano. me explicaste la operación completa del masocolon. bueno, pues él te convidará a beber toda la noche, y él beberá sin parar. tienes que hacer que beba. después, cuando ya vayan a cerrar, le llevas hacia el oeste, hacia la Calle Alvarado, le haces pasar por la calleja. puedes decirle que vas a ir a buscar a una chiquita, dile cualquier cosa para llevarlo allí. yo estaré esperando en la calleja con esto.

Lou buscó detrás de la puerta y sacó un bate de béisbol. era un bate muy largo. de cuarenta y dos onzas por lo menos.

¡Dios mío, Lou! ¡le matarás!

—no, ni hablar, no se puede matar a un borracho. ¡lo sabes de sobra! si estuviese sereno puede que le matase, pero borracho sólo quedará grogui. cogemos la cartera y, bueno, a medias.

—lo último que recordará —dije— es que estaba conmigo.

—sí, claro.

—quiero decir, que me recordará A MÍ, puede que manejar el bate sea mucho mejor.

—el bate tengo que manejarlo yo, es la única manera de hacerlo porque yo no tengo la labia que tú para contar cuentos.

—no son cuentos.

—entonces tú ERES cirujano. no me digas.

—olvídalo, pero vamos a aclarar las cosas: yo no puedo hacer una cosa así, levantarte un pichón, porque en el fondo soy buen chico, no me gusta eso.

—tú no eres buen chico. eres el peor hijo de puta que conozco. por eso me gustas. ¿quieres pelea? yo quiero pelear contigo. pega tú primero. cuando estaba en las minas luché una vez con un tío con mangos de picos. del primer golpe me rompió el brazo y creyeron que me había liquidado. le liquidé yo a él con un solo brazo. no volvió a ser el mismo después de aquella pelea. se quedó tonto, hablaba en voz baja continuamente, sin decir nada. te toca el primer golpe.

y echó aquella arrugada cabeza de cocodrilo hacia mí.

—no, da tú el primer golpe —le dije—. ¡venga, so cabrón!

lo hizo. caí hacia atrás con silla y todo. me levanté y le aticé en la barriga. él me lanzó con el siguiente contra su fregadera. cayó un plato al suelo y se rompió. agarré una botella de vino vacía y se la tiré a la cabeza. se agachó y la botella estalló contra la puerta. luego se abrió la puerta. era nuestra joven patrona, linda y rubia. resultaba tan desconcertante. nos quedamos los dos allí quietos, mirándola.

—se acabó —dijo.

luego se volvió a mí:

—le vi anoche.

—no me vio.

—le vi en ese solar vacío de al lado.

—yo no estuve allí.

—claro que estuvo, lo que pasa es que no se acuerda. estuvo allí borracho, le vi con la luz de la luna.

—¡bueno y qué!

—estaba usted meando. le vi mear a la luz de la luna en el centro de ese solar vacío.

—no debía ser yo.

—era usted. como lo haga otra vez le echo. no podemos consentir esas cosas aquí.

—nena —dijo Lou—, te amo, oh, cuánto te quiero, daba los dos brazos por acostarme contigo una vez. ¡te lo juro!

—cállate, borracho imbécil.

cerró la puerta. nos sentamos. echamos un vaso.

localicé uno. uno grande y gordo. me habían echado del trabajo imbéciles gordos como aquél toda mi vida. de trabajos indignos, mal pagados, aburridos. iba a ser agradable. me lancé a hablar. no sabía exactamente de qué estaba hablando, quiero decir que sólo sentí que se movían mis labios, pero él escuchaba y reía y cabeceaba y pagaba copas. llevaba reloj de pulsera, un montón de anillos, una estúpida cartera llena. era un trabajo duro pero los tragos lo facilitaban. le conté algunas historias de la cárcel, de las brigadas ferroviarias, de las casas de putas. lo de las casas de putas le gustaba. le hablé de un tío que se metía desnudo en la bañera y la puta se tomaba un laxante fuerte y luego se colocaba allí en el borde de la bañera y le rociaba de mierda y él se subía por las paredes.

—oh no, ¿¡DE VERAS!?

—sí sí, de veras.

luego le conté de aquel tío que iba cada dos semanas y pagaba bien. lo único que quería era una puta con él en la habitación. los dos se quitaban la ropa y jugaban a las cartas y hablaban. lo único que hacían era estar sentados allí. al cabo de dos horas, él se vestía, decía adiós y se largaba. nunca tocaba a la puta.

—demonios —decía él.

—sí.

decidí que no me importaba lo más mínimo que el inmenso bate de Lou aporreara aquel cráneo. gordo asqueroso. inútil pedazo de mierda que chupaba la savia y la vida de su prójimo y de sí mismo. allí estaba sentado orondo, satisfecho, sólo con su habilidad para triunfar fácilmente en una sociedad enloquecida.

—¿te gustan las chicas jovencitas? —le pregunté.

—¡oh sí, sí sí!

—¿digamos de unos quince y medio?

—sí hombre, sí, claro.

—hay una que viene a la una y media de Chicago. estará en mi casa hacia las dos y diez. es limpia, caliente, inteligente. te advierto que corro un riesgo grande, así que tienes que confiar en mí. te pido diez billetes por adelantado y diez después de que acabes. ¿te parece demasiado dinero?

—oh no, qué va, está bien —metió la mano en el bolsillo y la sacó con uno de sus sucios billetes de diez.

—vale, cuando cierren aquí te vienes conmigo.

—bien, bien.

—la chica tiene unas espuelas de plata con rubíes incrustados y puede ponérselas y darte espuela en los muslos en el momento justo en que te explotan las bolas. ¿te gustaría eso? claro que serían cinco dólares más.

—no, prefiero que no se ponga las espuelas —dijo.

dieron por fin las dos y le saqué de allí y le llevé hacia la calleja. quizás Lou no estuviese esperando siquiera. quizás se hubiese emborrachado demasiado o simplemente se hubiese vuelto atrás. un golpe como aquél podía matar a un hombre, o dejarle lelo para toda la vida. íbamos haciendo eses a la luz de la luna, no había nadie, estaban las calles vacías.

iba a ser fácil.

llegamos a la calleja, allí estaba Lou.

pero el gordo le vio. alzó un brazo y se agachó cuando Lou lanzó el bate, y el bate me pegó a mí justo detrás de la oreja.

caí en aquel callejón lleno de ratas. (pensando un instante: por lo menos tengo los diez dólares, tengo los diez). caí en aquel callejón lleno de condones usados, periódicos viejos, lavadoras perdidas, uñas, cerillas, cajas de cerillas, gusanos secos, caí en aquel callejón de viscosas mamadas y sombras húmedas y sádicas, de gatos hambrientos, merodeadores, maricas… y pensé que la suerte y el triunfo eran míos:

los mansos heredarán la tierra.

apenas pude oír escapar al gordo corriendo, y sentí que Lou hurgaba en mí buscando la cartera. luego perdí el conocimiento.

*
*   *

era un cabrón rico y estaba en el baño de vapor, llorando, tenía todos los discos de J.S. Bach y ni siquiera esto le servía de nada. tenía ventanas de vidrio de colores en su casa más una foto de una monja meando. aún así, no le servía de nada. una vez hizo que mataran a un taxista en una noche de luna llena en el desierto de Nevada para verlo. eso… se gastó en treinta minutos. ató perros a cruces y les quemó los ojos con sus puros de dólar. nada. había jodido con tantas chicas guapas jóvenes y de doradas piernas que eso… ya no era nada para él.

nada.

hacía quemar helechos exóticos mientras se bañaba, le tiraba las bebidas en la cara a su mayordomo.

un cabrón rico, un verdadero hijoputa. un miserable. un escupitajo en las entrañas de las rosas.

y seguía allí llorando sobre la mesa mientras yo fumaba uno de sus puros de dólar.

—¡ayúdame, oh DIOS MÍO ayúdame! —gemía.

era más o menos la hora.

—un momento —le dije.

fui al armario y cogí el cinturón y entonces él se inclinó sobre la mesa, toda aquella carne papilla blanca, aquel repugnante culo peludo, y yo enarbolé el cinturón y le aticé con la hebilla fuerte una y otra vez:

¡ZAP! ¡ZAP!

¡ZAP! ¡ZAP! ¡ZAP!

cayó de la mesa como un cangrejo buscando el mar. se arrastró por el suelo y yo le seguí con el cinto.

¡ZAP!

¡ZAP!

¡ZAP!

mientras él chillaba otras dos o tres veces, me agaché y le quemé con el puro.

luego se quedó quieto y tumbado, sonriendo.

entré en la cocina donde estaba sentado su abogado tomando un café.

—¿terminaste?

—sí.

sacó cinco billetes de diez, me los echó sobre la mesa. me serví un café y me senté. aún tenía el puro en la mano. lo tiré en la fregadera.

—Dios —dije—. Dios mío.
—sí —dijo el abogado—, el último tío sólo duró un mes.
tomamos café allí sentados. era una cocina agradable.
vuelve el miércoles que viene dijo.
—¿por qué no lo haces tú por mí? —pregunté.
—¿YO? ¡soy demasiado sensible!
los dos nos echamos a reír y yo me puse dos terrones de azúcar.

*
* *

siéntese, Stirkoff.
gracias, señor.
estire las piernas.
muy amable de su parte, señor.
Stirkoff, tengo entendido que ha estado usted escribiendo artículos sobre justicia, igualdad; también sobre el derecho al gozo y a la supervivencia. ¿Stirkoff?
¿sí, señor?
¿cree usted que habrá algún día una justicia total y razonable en el mundo?
en realidad no, señor.
¿por qué escribe entonces esa mierda? ¿es que no se siente bien?
he estado sintiéndome raro últimamente, señor, casi como si estuviese volviéndome loco.
¿bebe usted mucho, Stirkoff?
por supuesto, señor.
¿y se la menea?
constantemente, señor.
¿cómo?
no entiendo, señor.
quiero decir, ¿cómo se lo monta?
cuatro o cinco huevos crudos y una libra de carne picada en un florero de cuello estrecho, oyendo a Vaughn Williams o a Darius Milhaud.
¿de cristal?
¿cómo dice, señor?
me refiero al florero, ¿es de cristal?
claro que no, señor.
¿ha estado usted casado alguna vez?
varias veces, señor.
¿qué fue mal?
todo, señor.
¿cuál fue la mejor tía que se tiró?

cuatro o cinco huevos crudos y una libra de carne picada en un…

está bien, está bien.

sí, lo está.

¿comprende que su anhelo de justicia y de un mundo mejor es sólo una pantalla para ocultar la decadencia y la vergüenza y el fracaso que hay en su interior?

sí.

¿tuvo un padre malvado?

no sé, señor.

¿qué quiere decir con eso de que no sabe?

bueno, es difícil comparar. sólo tuve uno, sabe.

¿se está usted haciendo el gracioso conmigo, Stirkoff?

oh no, señor. como dice usted, la justicia es imposible.

¿le pegaba su padre?

se turnaban.

creí que sólo tenía usted un padre.

como todos los hombres. quiero decir que mi madre también intervenía.

¿le quería ella?

sólo como una extensión de sí misma.

¿qué otra cosa puede ser el amor?

el sentido común para preocuparse muchísimo por algo muy bueno. no hace falta estar relacionado por la sangre. puede ser una pelota de playa roja o una tostada con mantequilla.

¿quiere decir que puede usted AMAR a una tostada con mantequilla?

sólo a veces, señor. algunas mañanas. con ciertos rayos de sol. el amor llega y se va sin avisar.

¿es posible amar a un ser humano?

claro, sobre todo si no los conoces demasiado bien. me gusta observarlos desde mi ventana, ver cómo bajan andando por la calle.

Stirkoff, es usted un cobarde.

por supuesto, señor.

¿cuál es su definición de un cobarde?

un hombre que se lo pensaría dos veces antes de enfrentarse a un león con las manos vacías.

¿y cuál es su definición de un valiente?

un hombre que no sabe lo que es un león.

todos los hombres saben lo que es un león.

todos los hombres suponen que lo saben.

¿y cuál es su definición de un imbécil?

un hombre que no comprende que básicamente se están desperdiciando Tiempo, Estructura y Carne.

¿quién es un sabio, pues?

no hay ningún hombre sabio, señor.

entonces no puede haber imbéciles. si no hay noche no puede haber día; si no hubiese ningún blanco no podría haber ningún negro.

disculpe, señor. creí que todo era lo que era, sin depender de otra cosa.

ha metido usted el pijo en demasiados floreros. ¿no entiende que TODO es correcto, que nada puede ser incorrecto?

comprendo, señor, que lo que pasa, pasa.

¿qué diría sí yo hiciese que le decapitasen?

no podría decir nada, señor.

quiero decir si yo hiciese que le decapitasen yo seguiría siendo la Voluntad y usted se convertiría en Nada.

me convertiría en otra cosa.

a mi ELECCIÓN.

a nuestras elecciones, señor.

¡relájese! ¡relájese! estire las piernas.

sois muy gentil, señor.

no, somos muy gentiles los dos.

por supuesto, señor.

dice usted que a menudo siente esta locura. ¿qué hace usted cuando le asalta?

escribo poesía.

¿es poesía locura?

la no-poesía es locura.

¿qué es locura?

locura es fealdad.

¿qué es feo?

algo distinto para cada hombre.

¿la fealdad es inherente?

ella está ahí.

¿es inherente?

no sé, señor.

finge saber. ¿qué es saber? ¿qué es ciencia?

saber lo menos posible.

¿cómo es posible eso?

no sé, señor.

¿puede construir un puente?

no, señor.

¿puede hacer un arma?

no, señor.

esas cosas son los productos del saber.

esas cosas son puentes y armas.

tendré que hacer que le decapiten.

gracias, señor.
¿por qué?
es usted mi motivación cuando tengo muy poca.
soy JUSTICIA.
quizás.
soy el Ganador. haré que le torturen, le haré gritar. haré que desee la muerte.
por supuesto, señor.
¿comprende que soy su amo?
es usted mi manipulador; pero no hay nada que usted pueda hacerme que no pueda hacerse.
cree decir cosas muy inteligentes pero entre alarido y alarido no dirá nada inteligente.
lo dudo, señor.
por cierto, ¿cómo puede andar oyendo a Vaughn Williams y a Darius Milhaud? ¿conoce a los Beatles?
oh, señor, todo el mundo conoce a los Beatles.
¿no le gustan?
no me disgustan.
¿le disgusta algún cantante?
no me pueden disgustar los cantantes.
bueno, ¿cualquier persona que intente cantar?
Frank Sinatra.
¿por qué?
evoca una sociedad enferma en una sociedad enferma.
¿lee usted los periódicos?
sólo uno.
¿cuál?
OPEN CITY.
¡GUARDIA! ¡LLEVE A ESTE HOMBRE A LAS CÁMARAS DE TORTURA INMEDIATAMENTE Y EMPIECE A ACTUAR!
¿una última petición, señor?
sí.
¿puedo llevarme conmigo el florero?
no, ¡lo usaré yo!
¿señor?
quiero decir que lo confiscaré. vamos, guardia, ¡llévese a ese idiota! y vuelva usted con, vuelva con…
¿sí, señor?
media docena de huevos crudos y un par de libras de ternera picada…
salen guardia y preso. el rey se echa hacia adelante, sonríe malévolamente mientras Vaughn Williams suena por el intercomunicador. fuera, el mundo avanza

como un perro comido de pulgas meando en un hermoso limonero que vibra al sol.

*
* *

Miriam y yo teníamos la cabaña pequeña del centro, no estaba mal, y yo había plantado un mato de arvejillas, delante, y además tulipanes alrededor. el alquiler no era casi nada y nadie se molestaba porque te emborracharas. tenías que buscar al casero para pagar el alquiler y si ibas retrasado una o dos semanas decía, «vale vale», tenía además un negocio de venta y reparación de automóviles y disponía de cuanto dinero necesitaba. «pero no le dé el dinero a mí mujer, es una derrochona y estoy intentando frenarla».

parecía una época tranquila. Miriam trabajaba. escribía a máquina para una gran empresa de muebles. yo no era capaz de acompañarla al autobús por la mañana por la resaca, pero el perro y yo siempre estábamos esperándola en la parada del autobús cuando volvía. teníamos un coche, pero ella no era capaz de ponerlo en marcha, y esto no me importaba. despertaba alrededor de las diez y media, me arreglaba tranquilamente, echaba un vistazo a las flores, tomaba un café, luego una cerveza, luego salía y me plantaba allí al sol a rascarme la barriga, luego jugaba con el perro, un monstruo grande, más grande que yo, y cuando me cansaba de eso entraba y, lentamente, arreglaba un poco la casa, hacía la cama, recogía las botellas, lavaba los platos; otra cerveza, echaba un vistazo a la nevera para ver si había algo para la cena del día. por entonces era hora de coger el coche e irme al hipódromo. solía volver a tiempo justo para recibirla en la parada del autobús. sí, la cosa iba muy bien, y como no había sido nunca el hombre de una dama era agradable que le mantuvieran a uno, aun admitiendo que aquello no fuese exactamente Montecarlo, y que, además de ser el amante, tenía que lavar los platos y hacer otras tareas degradantes.

pensaba que no iba a durar, pero entretanto me sentía mejor, tenía mejor aspecto, hablaba mejor, caminaba mejor, me sentaba mejor, dormía mejor, jodia mejor que nunca. era estupendo, realmente estupendo.

luego resultó que conocí a la mujer de enfrente, la que vivía en la casa grande de enfrente. estaba yo sentado en las escaleras bebiendo mi cerveza y echándole la pelota al perro y ella salía y estiraba la manta en la yerba y tomaba el sol. llevaba puesto un biquini, sólo dos tiras de tela. «hola», decía yo. «hola», decía ella. y la cosa siguió así varias semanas. sin mucha conversación. por mi causa. tenía que andar con ojo. había vecinos por todas partes y Miriam los conocía a todos. pero aquella mujer tenía un CUERPO, señores, de vez en cuando la naturaleza o Dios o lo que sea decide hacer UN CUERPO, sólo UNO, para variar. si miras la mayoría de los cuerpos encuentras que las piernas son demasiado cortas o demasiado largas, o los brazos; o el cuello es demasiado grueso o demasiado flaco, o las caderas son demasiado anchas o demasiado bajas y, lo más importante: el culo. el culo casi siempre desentona, es

una desilusión. demasiado grande, demasiado liso, demasiado redondo, no redondo, o cuelga como una pieza separada, un pegote añadido allí cuando ya casi era demasiado tarde.

el culo es la cara del alma del sexo.

aquella mujer tenía un culo a tono con todo lo demás. gradualmente, fui descubriendo que se llamaba Renie y que era bailarina de striptease de uno de los pequeños clubs de la Avenida Western. pero su casa era Los Ángeles-duro, mundo-duro. tenías la sensación de que la habían enganchado unas cuantas veces, de que la habían utilizado y usado los muchachos ricos cuando era un poco más joven, y que ahora no bajaba la guardia y te jodía a ti, hermano, yo voy a lo mío, hermano.

una mañana me dijo:

—he tenido que tomar baños de sol atrás. ese hijo de puta viejo de la casa de al lado pasó un día cuando estaba delante y me pegó un pellizco, me metió mano.

—¿de veras?

—sí, ese viejo chiflado, debe tener setenta años y me largó un pellizco. tiene dinero, pero puede guardárselo. hay un tío que le lleva la mujer todos los días. deja que el viejo se la tire todos los días, y anda por allí jodiendo y bebiendo y luego el marido viene y se lleva a su mujer por la noche. creen que se va a morir y va a dejarles el dinero. me da asco la gente. allí donde trabajo, por ejemplo, el propietario del local, un italiano gordo y grande, Gregario, dice: «nena, tú trabajas para mí, tienes que entenderlo, en el escenario y fuera del escenario». y le dije: «mira, George, yo soy una Artista. si no te gusta mi actuación, ¡me largo!» y llamé a un amigo mío y lo empaquetamos todo y en cuanto llegué a casa que empieza a sonar el teléfono: Gregario. y va y me dice: «mira, querida, ¡tienes que volver! esto no es lo mismo sin ti, esto está muerto. todos preguntaron por ti esta noche. ¡vuelve, por favor, nena, te respeto como artista y como dama. ¡eres una gran dama!».

—¿quieres una cerveza? —le pregunté.

—claro.

entré y saqué un par de cervezas y Renie subió las escaleras del porche y bebimos.

—¿y tú qué haces? —preguntó.

—nada por ahora.

—tienes una chica guapa.

—está bien.

—¿qué hacías antes de no hacer nada?

—todos trabajos malos. ninguno del que merezca la pena hablar.

—hablé con Miriam. ella dice que pintas y escribes, que eres artista.

—soy artista muy raras veces. la mayor parte del tiempo no soy nada.

—te gustaría ver mi actuación.

—no me gustan los clubs.

—tengo un escenario en mi dormitorio.

—¿qué?

—ven, te lo enseñaré.

entramos por la puerta de atrás y me hizo sentarme en el dormitorio. y sí, no había duda, allí estaba aquel escenario circular elevado. ocupaba casi todo el dormitorio. había una zona encortinada justo fuera del escenario. me sirvió un whisky con agua y luego se subió allí. se metió detrás del telón. me senté y eché un trago. luego oí música. «Matanza en la Décima Avenida». el telón se abrió. y allí salió ella, deslizándose, deslizándose.

terminé el vaso y decidí no ir al hipódromo aquel día. empezó a caer la ropa. ella empezó a moverse y a menear las caderas. había dejado la botella de whisky junto a mí. la cogí y me serví un buen vaso, y ella llegó entonces a la cuerdecita con las cuentas. cuando meneaba las cuentas veías la caja mágica. la soltó, siguió la música hasta la última nota. estuvo muy bien.

—¡bravo! ¡bravo! —aplaudí.

se bajó de allí y encendió un cigarrillo.

—¿de veras te gustó?

—claro. sé lo que quería decir Gregario con lo de que tenías clase.

—muy bien, ¿qué quería decir?

—déjame echar otro trago.

—por supuesto. yo beberé también.

—bueno, clase es algo que tú ves, sientes, más que definir. puedes verlo también en los hombres, en los animales, lo ves en algunos artistas del trapecio cuando andan por la pista. es algo en el andar, en los ademanes. tienen algo dentro y fuera, pero es sobre todo dentro y eso hace el trabajo exterior. tú lo haces cuando bailas; el interior hace el trabajo exterior.

—sí, yo también lo siento así. en mi caso no es sólo una cosa sexual, es un sentimiento: yo canto, hablo, cuando bailo.

—no te quepa la menor duda. capté todo eso.

—pero escucha, quiero que me critiques, quiero que me hagas sugerencias, quiero mejorar. por eso tengo este escenario, por eso practico. dime cosas mientras bailo, no te dé miedo hablar.

—vale, unos cuantos tragos más y me soltaré.

—bebe lo que quieras.

volvió al escenario, pero detrás del telón. salió con un atuendo distinto.

«cuando una chica de Nueva York dice buenas noches
es por la mañana temprano
buenas noches querido».

yo tenía que hablar muy alto para que se me oyera con la música. me sentía como un director famoso con un cerebro Hollywood subnormal.

—NO SONRÍAS AL SALIR, ES VULGAR. ERES UNA DAMA. ES UNA CASUALIDAD QUE ESTES AQUÍ. SI DIOS TUVIESE COÑO TU SERÍAS DIOS. CON UN POCO MÁS DE GENEROSIDAD. ERES SAGRADA, TIENES CLASE, QUE SE ENTEREN.

seguí dándole al whisky, encontré cigarrillos en la cama, empecé a fumar en cadena.

—ESO ES, ESO ES. ¡ESTÁS SOLA EN UNA HABITACIÓN! NO HAY PÚBLICO. ¡TÚ QUIERES AMOR A TRAVÉS DEL SEXO, AMOR A TRAVÉS DE AGONÍA!

las piezas de su atuendo empezaron a caer.

—¡AHORA, AHORA, DI DE PRONTO ALGO! DILO COMO SI TE ALEJASES DE LA PARTE DELANTERA DEL ESCENARIO, SÍLBALO, LÁNZALO POR ENCIMA DEL HOMBRO, DI CUALQUIER COSA QUE SE TE VENGA A LA CABEZA, COMO «PATATAS LANZAN CEBOLLAS MEDIANOCHE».

—¡patatas lanzan cebollas medianoche! —susurró.

—¡no! ¡tienes que decir algo tú, hacerlo tuyo!

—¡chipi chipi chupabolas! —susurró.

estuve a punto de correrme. más whisky.

—¡dale ahora, dale! ¡sácate esa maldita cinta! ¡déjame ver el ROSTRO DE LA ETERNIDAD!

lo hizo. todo el dormitorio estaba en llamas.

—¡AHORA SIGUE DEPRISA, RÁPIDO, COMO SI HUBIESES PERDIDO LA CABEZA. ABANDONADA POR COMPLETO!

lo hizo. por unos momentos quedé sin habla, el cigarrillo me quemó los dedos.

—SONRÓJATE —grité.

se sonrojó.

—¡AHORA LENTO; LENTO, LENTO; MUÉVETE HACIA Y PARA MÍ! ¡LENTO, LENTO, LENTO, HAS CONSEGUIDO QUE SE EMPALME TODO EL EJERCITO TURCO! ¡HACIA MÍ, LENTO, OH DIOS!

estaba ya a punto de saltar al escenario cuando ella susurró:

—chipi chipi chupabolas.

entonces fue demasiado tarde.

bebí otro vaso, le dije adiós, fui a casa, me bañé, me afeité, lavé los platos, cogí al perro y conseguí llegar justo a la parada del autobús.

Miriam estaba cansada.

—vaya día —dijo—. una de esas chicas tontas se dedicó a echar aceite a todas las máquinas. dejaron de funcionar todas. tuvieron que llamar al reparador. «¿quién demonios echó aceite a estos chismes?» nos gritó. luego Conners pensó que teníamos que aprovechar el tiempo perdido y nos largó facturas. tengo los dedos muertos de pegarle a aquellas teclas de mierda.

—estás muy guapa aún, nena, date un buen baño caliente, echa unos cuantos tragos y te sentirás como nuevas. tengo unas patatas en el horno, tomaremos también filetes y tomates, y pan francés caliente con ajo.

—¡estoy tan cansada!

se sentó en un sillón, tiró los zapatos y le llevé un trago. suspiró y dijo mirando afuera:

—esas matas de arvejilla son muy hermosas cuando les da el sol como ahora.

no era más que una buena chica de Nuevo México.

en fin, vi a Renie unas cuantas veces después de esto, pero nunca fue como la primera vez. y no volvimos a hacerlo. primero, yo procuraba ser cuidadoso pensando en Miriam, y segundo, había montado tal número con lo de que Renie era una Artista y una Dama que casi llegamos a creérnoslo nosotros mismos. cualquier actividad sexual habría obstaculizado la relación estrictamente imparcial artista-crítico, y habría creado una pugna poseer-no poseer. en realidad, era muchísimo más divertido y anormal del otro modo. pero no fue Renie quien me fastidió, fue el ama de casa gordita del mecánico de la casa de atrás. vino a pedirme prestado un poco de café o un poco de azúcar o algo así sobre las diez de la mañana. llevaba puesta una bata de vestir floja o lo que fuese, y se agachó para coger el café o lo que fuese de una alacena baja y se le salieron los pechos.

fue terrible. ella se puso toda colorada, luego se incorporó. yo pude sentir calor por todas partes. era como verse encerrado con toneladas de energía que te manipulasen a voluntad. cuando me di cuenta estábamos abrazados mientras su marido rodaba debajo de algún coche y maldecía y daba vueltas a una grasienta llave inglesa.

era una muñeca de manteca gorda y chiquitina. nos acostamos y fue bueno. resultaba extraño verla entrar en el baño que siempre usaba Miriam. luego se fue. ninguno de nosotros había dicho nada desde las primeras palabras de ella, cuando me pidió prestado lo que fuese que quería que le prestara. a mí, probablemente.

unas tres noches después, cuando estábamos bebiendo, Miriam dijo:

—oí que estabas jodiéndote a la gorda de atrás.

—en realidad no es gorda —dije yo.

—bueno, está bien. pero eso no puedo consentirlo, y menos cuando estoy trabajando. en fin, se acabó.

—¿puedo quedarme esta noche?

—no.

—pero ¿adonde voy a ir?

—puedes irte al infierno.

—¿después de los ratos que hemos pasado juntos?

—después de los ratos que hemos pasado juntos.

intenté camelarla. no hubo forma. se puso peor.

me fue fácil hacer el equipaje. sólo poseía andrajos que cabían en media maleta

de cartón. tenía, por suerte, un poco de dinero y encontré un apartamento agradable en Kingsley Drive por un alquiler muy razonable. pero no podía entender cómo Miriam había descubierto lo de la gordita y no sospechaba de Renie. entonces reconsideré detenidamente las cosas. eran todas amigas. se comunicaban, directa o espiritualmente, o de algún modo por el que se comunican las mujeres entre sí y que los hombres no pueden entender. añade un poco de información exterior a esto y el pobre hombre está perdido.

a veces, bajando en coche a Western, echaba un vistazo al cartel del club. allí estaba, Renie Fox. sólo que no era cabeza de cartel. estaba en grandes letras de neón el nombre de la primera bailarina de striptease y debajo el de Renie y una o dos más. no entré nunca.

a Miriam la vi otra vez, a la puerta de una tienda. llevaba el perro. el perro se me echó enseguida encima y le di unas palmaditas y le acaricié:

—vaya —le dije a Miriam—, por lo menos el perro me echa de menos.

—sí, ya lo sé. le llevé una vez a verte, una noche. pero antes de que pudiese tocar el timbre oí la risilla de una zorra dentro. no quise interrumpir nada, así que nos fuimos.

—debiste imaginarte todo eso. no ha ido nadie por casa.

—no me imaginé nada.

—oye, voy a hacerte una visita una noche de éstas.

—no, ni hablar. tengo un novio estupendo. tiene un buen trabajo. ¡trabaja! ¡él no le tiene miedo al TRABAJO!

con eso, mujer y perro se volvieron y se alejaron de mí meneando el culo; de mí y de mi vida y de mis miedos. me quedé allí viendo pasar a la gente. no había nadie allí. estaba en la esquina. el semáforo estaba rojo. miré. cuando se puso verde crucé la dura calle.

*

* *

uno de mis mejores amigos (yo al menos le considero amigo), uno de los mejores poetas de nuestra Época, está afligido, en este momento, en Londres, con eso, y los griegos lo conocían y los Antiguos, y puede caer sobre un hombre a cualquier edad, pero la edad más propicia es finales de los cuarenta camino de los cincuenta, y yo lo concibo como Inmovilidad: una debilidad de movimiento, una creciente falta de cuidado y de asombro; lo concibo como La Actitud del Hombre Congelado, aunque difícilmente pueda considerarse una ACTITUD, pero podría permitirnos enfocar el cadáver con CIERTO humor; de otro modo, la negrura sería demasiado. todos los hombres se ven afligidos, a veces, con la Actitud del Hombre Congelado, y esto queda mejor indicado por frases tan lisas como «sencillamente no puedo conseguirlo», o: «que se vaya todo a la mierda», o: «dale recuerdos míos a

Broadway». pero normalmente se recuperan enseguida y siguen pegando a sus mujeres y dándole al reloj de fichar.

pero para mi amigo, La Actitud del Hombre Congelado no puede tirarse debajo del sofá como el juguete de un niño. ¡ojalá fuese posible! ha consultado a médicos de Suecia, Francia, Alemania, Italia, Grecia, España e Inglaterra y nada pudieron hacer. uno de ellos le trató de lombrices. otro le clavó pequeñas agujas en las manos, el cuello, la espalda, miles de agujas. «quizás esto resulte», me escribió. «es muy probable que las agujas resuelvan el asunto». en la siguiente carta me enteré de que estaba probando con un chiflado del vudú. en la siguiente me decía que ya no intentaba nada. el Hombre Congelado Definitivo. uno de los mejores poetas de nuestro tiempo, paralizado allí en su cama en una pequeña y sucia habitación de Londres, muriéndose de hambre, sobreviviendo a duras penas de limosnas; mirando al techo de su cuarto incapaz de escribir ni de pronunciar palabra, y al fin sin preocuparse por ello. su nombre es conocido en todo el mundo.

yo podía y puedo entender muy bien esta caída del gran poeta en un barril de mierda, pues, curiosamente, por lo que recuerdo, yo NACÍ con la Actitud del Hombre Congelado. uno de los ejemplos que puedo recordar es cuando mi padre, un hombre, brutal, malvado y cobarde, me estaba pegando en el baño con aquel largo asentador de navajas de cuero. me pegaba con mucha regularidad; yo había nacido antes del matrimonio y creo que él me echaba la culpa de todos sus problemas. solía canturrear: «¡ah cuando yo era soltero, entonces tenía siempre el bolsillo lleno!» pero no cantaba muy a menudo. estaba demasiado ocupado atizándome. durante algún tiempo, digamos antes de que yo llegase a la edad de siete u ocho años, a punto estuvo de imponerme este sentido de culpa. y es que yo podía entender por qué me pegaba.

él buscaba denodadamente una razón. me obligaba a cortar la yerba del pradillo una vez por semana, primero transversalmente y luego a lo largo, y después debía igualar la yerba con tijeras. y si se me pasaba UNA hoja de yerba en algún sitio, en el pradillo delantero o en el trasero, me zurraba de lo lindo. después de la paliza, tenía que salir y regar la yerba. mientras, los otros chavales jugaban al béisbol o al fútbol e iban convirtiéndose en humanos normales. siempre llegaba el momento decisivo en el que el viejo se tumbaba en el prado y ponía el ojo a ras con la yerba. siempre conseguía encontrar una. «¡allí, YA LA VEO! ¡TE OLVIDASTE UNA! ¡TE OLVIDASTE UNA!» luego gritaba hacia la ventana del baño donde, a aquellas alturas del proceso, estaba siempre mi madre, una delicada señora alemana.

—¡olvidó UNA! ¡LA VI! ¡LA VI!

luego oía la voz de mi madre:

—ah, así que SE OLVIDO UNA… ¡qué vergüenza, qué VERGÜENZA!

creo que también ella me echaba a mí la culpa de sus problemas.

—¡AL CUARTO DE BAÑO! —me gritaba él—. ¡AL CUARTO DE BAÑO!

y yo entraba en el baño y salía a relucir el asentador y empezaba la paliza. pero

aunque el dolor era terrible, yo, yo mismo, me sentía completamente al margen de él. quiero decir que, realmente, aquello no me interesaba; no significaba nada para mí. no tenía ningún lazo con mis padres y así no sentía que hubiese ninguna violación de amor o confianza o cariño. lo más difícil era el llanto. no quería llorar. era trabajo sucio, como segar el pradillo. como cuando me daban el cojín para que me sentara después, después de la paliza, después de regar el pradillo. yo tampoco quería el cojín, así que, no queriendo llorar, un día decidí no hacerlo. lo único que podía oírse era el chasquido del asentador de cuero contra mi culo desnudo. era un sonido extraño, carnoso y horrendo en el silencio y yo miraba fijamente los azulejos del baño. llegaban las lágrimas pero yo no emitía sonido alguno. dejó de pegarme. normalmente me atizaba entre quince y veinte golpes. paró cuando me había dado sólo siete u ocho. salió corriendo del baño:

—¡mamá, mamá, creo que nuestro chico está LOCO, no llora cuando le pego!

—¿crees que estás loco, Henry?

—sí, mamá.

—oh, ¡qué fatalidad!

no era más que la primera aparición IDENTIFICABLE de El Muchacho Congelado. yo sabía que tenía algún problema pero no me consideraba loco. era sólo que no podía entender cómo otras personas eran capaces de enfadarse con tanta facilidad, luego olvidar su enfado con la misma facilidad y ponerse alegres, ni cómo podían interesarse tanto por TODO cuando todo era tan aburrido.

yo no era gran cosa en los deportes ni jugando con mis compañeros porque tenía muy poca práctica. no era el típico cobardica, no tenía ningún miedo ni tampoco era melindroso, y, a veces, hacía cualquier cosa y todas mejor que ellos… pero sólo a ráfagas… no parecía importarme en realidad. cuando me liaba a puñetazos con uno de mis amigos, jamás conseguía enfadarme. sólo peleaba como algo inevitable. no había otra salida. yo estaba Congelado. no podía entender la CÓLERA ni la FURIA de mi adversario. me veía estudiando su cara y su actitud, desconcertado por lo que veía, en vez de intentar pegarle. de vez en cuando, le atizaba un buen golpe para ver si podía hacerlo, luego volvía a caer en la letargia.

entonces, como siempre, mi padre salía corriendo de casa:

—¡se acabó! aquí no se pelea. se acabó. ¡kaput! ¡se acabó!

los chavales temían a mi padre. todos escapaban corriendo.

—vaya hombre estás hecho, Henry. ¡te pegaron otra vez!

yo no contestaba.

—¡mamá, nuestro chico dejó que le pegara Chuck Sloan!

—¿nuestro chico?

—sí, nuestro chico.

—¡qué vergüenza!

supongo que mi padre reconoció por fin en mí al Hombre Congelado, pero aprovechó la situación en beneficio suyo cuanto pudo. «los niños han de verse pero

no oírse», solía decir. esto para mí era perfecto. no tenía nada que decir. nada me interesaba. estaba Congelado. antes, después y siempre.

empecé a beber hacia los diecisiete con chavales mayores que andaban holgazaneando por las calles y robaban en las gasolineras y en las bodegas. interpretaron mi repugnancia hacia todo como falta de miedo, pensaron que mi indiferencia era valor. yo era popular y no me importaba serlo o no. estaba Congelado. me ponían delante grandes cantidades de whisky y cerveza y vino. y lo bebía todo. nada podía emborracharme, de modo palpable y definitivo. los otros caían al suelo, se peleaban, cantaban, se tambaleaban y yo me quedaba tranquilamente sentado a la mesa bebiendo otro vaso, sintiéndome cada vez menos con ellos, sintiéndome perdido, pero no había en ello nada doloroso. sólo luz eléctrica y sonidos y cuerpos y poco más.

pero aún vivía con mis padres y era la época de la Depresión, 1937, y a un muchacho de diecisiete años como yo le resultaba imposible encontrar trabajo. volvía a casa de las calles, tanto por hábito como por imposición de la realidad. y llamaba a la puerta.

una noche mi madre abrió la mirilla de la puerta y gritó:

—¡está borracho! ¡está borracho otra vez!

y oí la gran voz al fondo de la habitación:

—¿está borracho OTRA VEZ?

mi padre se acercó a la mirilla:

—no te dejaré entrar. eres una desgracia para tu madre y para tu país.

—aquí fuera hace frío. como no abras la puerta la echo abajo. vine hasta aquí para entrar. así que no hay más que hablar.

—no, hijo mío, tú no mereces entrar en mi casa. eres una desgracia para tu madre y para tu…

fui hasta el fondo del porche, bajé el hombro y cargué. no había en mi actitud ni en mi actuación cólera alguna, sólo una especie de cálculo matemático, como si al llegar a cierta cifra tuvieras que seguir trabajando con ella. me lancé contra la puerta. no se abrió pero apareció una gran raja justo en el centro abajo y, al parecer, la cerradura quedó medio rota. volví otra vez al fondo del porche, bajé otra vez el hombro.

—está bien, entra —dijo mi padre.

entré.

pero entonces la expresión de aquellos rostros estériles, huecos, odiosa acartonada y pesadillesca hizo que mi estómago lleno de alcohol diese un vuelco, me puse malo y vomité sobre su magnífica alfombra que estaba decorada con *El Árbol de la Vida*. vomité a gusto.

—¿sabes, lo que le hacemos a un perro que se caga en la alfombra? —preguntó mi padre.

—no —dije yo.

—¡bien, pues le metemos la NARIZ allí! ¡para que no lo haga MÁS!

no contesté. mi padre se acercó a mí y me puso la mano en la nuca.

—tú eres un perro —dijo.

no contesté.

—¿tú sabes lo que les hacemos a los perros, no?

seguía apretando hacia abajo, bajándome la cabeza hacia mi lago de vómito sobre *El Árbol de la Vida*.

—les metemos las narices en su mierda para que no caguen más, nunca más.

allí estaba mi madre, la delicada señora alemana, en camisón, mirando en silencio. yo siempre pensaba que ella quería estar de mi parte pero era una idea totalmente falsa, fruto de chuparle los pezones en otros tiempos. además, yo no tenía parte.

—oye, papá —dije—, QUIETO.

—¡no, no, tú sabes lo que le hacemos a un PERRO!

—te digo que pares.

siguió apretando, bajándome y bajándome la cabeza. tenía casi la nariz en la vomitada. aunque yo era el Hombre Congelado, Hombre Congelado significa Congelado, no fundido. sencillamente no podía ver que hubiese motivos para meterme la nariz en mi propio vómito. si hubiese habido una razón yo mismo habría metido allí la nariz. no era cuestión de HONOR o RABIA, era cuestión de verse desplazado de la MATEMÁTICA particular de uno. yo estaba, para usar mi término favorito, disgustado.

—quieto —le dije— ¡te lo digo por última vez, estate quieto!

casi me metió la nariz en el vómito.

giré, me agaché, y le enganché con un gancho perfecto y majestuoso, le aticé de lleno en la barbilla y cayó hacia atrás pesada y torpemente, todo un imperio brutal se fue a la mierda, por fin, y él se derrumbó en su sofá, bang, los brazos abiertos, los ojos como los de un animal drogado. ¿animal? el perro se había rebelado contra el amo. avancé hacia el sofá, esperando que se levantara. no se levantó. se quedó simplemente mirándome. no se levantaría. pese a toda su furia, mi padre había sido un cobarde. no me sorprendió. luego pensé, si mi padre es cobarde, probablemente yo sea un cobarde. pero al ser un Hombre Congelado, esto no me producía ningún dolor. no importaba, ni siquiera cuando mi madre empezó a arañarme la cara con las uñas, chillando y chillando:

—¡le pegaste a tu PADRE! ¡le pegaste a tu PADRE! ¡le pegaste a tu PADRE!

no importaba, y por fin volví la cara del todo hacia ella y la dejé rasgar y chillar, tajar con sus uñas, arrancarme carne de la cara, la jodida sangre goteando y deslizándose por mi cuello y mi camisa, salpicando el jodido *Árbol de la Vida* con gotas y trozos de carne. esperé, sin interés ya.

—¡LE PEGASTE A TU PADRE!

luego fue dándome los arañazos más abajo. esperé. pero cesaron. luego empezó

otra vez, uno o dos.

—le… pegaste… a… tu… padre…

—¿acabaste? —pregunté; creo que fueron las primeras palabras que le dirigí aparte de «sí» y «no» en diez años.

—sí —dijo ella.

—vete a tu dormitorio —dijo mi padre desde el sofá— te veré por la mañana, ¡por la mañana hablaremos!

sin embargo, por la mañana El era el Hombre Congelado, aunque imagino que no por elección.

*
* *

he dejado muchas veces a amigotas y putas tajarme la cara como hizo mi madre, y esto es un hábito muy malo; estar congelado no significa dejar que los chacales te dominen, y, además, los niños y las viejas, y algunos tipos duros, pestañean ahora cuando ven mi cara. pero, para seguir, y creo que estas historias del Hombre Congelado me interesan más que a vosotros (interés: forma matemática de tabulación), intentaré abreviar. Dios mío, creo que una muy divertida (humor: forma matemática de tabulación. y soy serio en estas cosas) fue la vez que estaba yo en el Instituto de Enseñanza Media de Los Ángeles. ¿1938? ¿1937? ¿o quizás 1936? ingresé en el Centro de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva, sin ningún interés por el Ejército ni por lo militar. yo tenía aquellos inmensos forúnculos como pomelos, enormes, que me brotaban por todo el cuerpo y un muchacho tenía dos posibles elecciones en aquella época: ingresar en el CEOR o hacer gimnasia. bueno, en realidad todos los chicos buenos y decentes hacían gimnasia. los mierdas y los raros y los locos como yo, los Hombres Congelados, los que eran así, iban al CEOR. la guerra aún no era una cosa humana. Hitler era sólo un Charlie Chaplin parloteante haciendo payasadas divertidas en RKO-Pathe News.

yo fui al CEOR porque con el uniforme del Ejército no podían ver mis forúnculos; con el uniforme de atleta se veían perfectamente. pero, dejémoslo bien claro, lo que importaba no eran mis forúnculos respecto a Mí, sino mis FORÚNCULOS respecto a ELLOS. desequilibraba sus glándulas. para un hombre que está encerrado en una cueva, un Hombre Congelado como yo, los forúnculos no tienen importancia, lo que hace que la tengan son cosas que no cuentan: como las masas de gente común. estar Congelado no significa no ver la realidad; estar Congelado significa permanecer Congelado; todo lo demás es locura.

hay que procurar estar lo menos jodido posible para poder así entrar donde te propones entrar. así que yo no quería estar jodido por las miradas humanas a mis disparatados forúnculos. así que vestí el uniforme militar para bloquear los rayos X. pero no me atraía lo más mínimo el CEOR. yo estaba CONGELADO.

en fin, el caso es que un día estábamos allí, todo el condenado batallón o como quieras llamarle, y yo soy aún soldado raso y todo el grupo está en algún tipo de competición de manual de armas, las gradas están atestadas de imbéciles y aquí estamos nosotros, ejecutando los movimientos, y yo estoy Congelado, amigo, me da igual todo, y seguimos las órdenes, y pronto sólo el cincuenta por ciento aguanta y pronto sólo el veinticinco y pronto sólo el diez por ciento, y yo sigo aún allí de pie, los grandes forúnculos rojos y horrorosos en la cara, no hay uniforme para la cara, y hace calor calor, e intento conseguir que mi mente piense, haz un error, haz un error, haz un error, pero soy maquinalmente un perfecto artesano, no hay nada que pueda hacer mal aunque todo me sea indiferente, pero no puedo forzar el error y esto TAMBIÉN se debe a que estoy ¡CONGELADO! y pronto quedamos sólo dos, yo y mi amigacho Jimmy. bueno, Jimmy es un mierda y él NECESITA esto, será magnífico para él. esto es lo que yo pensaba realmente. pero Jimmy se fue al carajo. fue con la orden, «¡Presenten armas!», no, la cosa fue así: «Presenten…» luego, pausa… «¡Armas!», ya no me acuerdo de la maniobra concreta que correspondía a esta orden, soy una mierda como soldado. se relacionaba más o menos con meter cerrojo en la recámara. pero Jimmy la cagó con el cerrojo. y allí me quedé solo, los forúnculos abultando y sobresaliendo por el cuello de lana verdeoliva, forúnculos alzándose por todo mi cráneo, incluso en la cabeza, arriba, en el pelo, y hacía mucho calor al sol y allí estaba yo, indiferente, ni triste ni feliz, nada, sólo nada, las chicas guapas gemían en las gradas por su pobre Jimmy y su madre y su padre bajaron la cabeza, sin entender cómo podía haber pasado aquello. yo también conseguí pensar, pobre Jimmy, pero eso fue lo máximo que pude pensar. el viejo que dirigía el CEOR era un tipo llamado coronel Muggett, un hombre que había dedicado toda su vida al Ejército. se acercó para colocar la medalla sobre mi camisa rasposa, con una cara muy triste, mucho, a mí me consideraba un inadaptado, el chico de la cabeza hueca, y yo a él le consideraba un loco. me clavó la medalla y luego tendió la mano para estrechar la mía. tomé su mano y sonreí. un buen soldado jamás sonríe. la sonrisa significaba decirle que entendía que habían salido mal las cosas y eso quedaba por encima de mí. luego volví a mi compañía, mi escuadrón, mi pelotón, mi lo que fuese. luego el teniente nos convocó otra vez. el apellido de Jimmy era Hadford, o algo así. y no te lo vas a creer, pero pasó. el teniente dijo a los soldados:

—quiero felicitar al soldado Hadford por llegar tan lejos en la competición.

luego dijo: «¡descansen!».

luego: «¡rompan filas!» o algo parecido.

vi a los otros muchachos hablando con Jimmy. a mí nadie me decía nada. luego vi que el padre y la madre de Jimmy salían de las gradas y le abrazaban. mis padres no estaban allí. salí a la calle. me quité la medalla y caminé con ella en la mano. luego sin rencor, miedo, gozo, sin cólera ni razón directa, tiré la medalla a una alcantarilla a la puerta de una tienda. a Jimmy le derribaron años después en el Canal de la Mancha. su bombardero resultó alcanzado y él ordenó a sus hombres tirarse mientras

él intentaba volver con el aparato a Inglaterra. no lo consiguió. por entonces, yo vivía del cuento en Filadelfia y me jodí a una puta de 120 kilos que parecía un cerdo gigante y ella rompió las cuatro patas de mi cama, saltando y sudando y tirando pedos durante la cosa.

podría seguir y seguir narrando incidentes dentro del contexto del Hombre Congelado. no es totalmente cierto el que yo nunca ME PREOCUPASE o que nunca me enfureciese o que nunca odiase o que nunca sintiese esperanza o que nunca sintiese alegría. no pretendo decir que careciese POR COMPLETO de pasiones o sentimientos o lo que sea; sólo que me resulta un poco extraño que mis sentimientos, mis pensamientos, mis actitudes sean tan extrañamente distintas y opuestas a las del prójimo. al parecer, nunca puedo conectar CON ellos, dado que estoy congelado tanto por mi propia elección como por mi carácter. no os durmáis, por favor, y dejadme terminar esto con una carta, una carta de mi amigo poeta de Londres que describe sus experiencias como. Hombre Congelado. me escribió lo siguiente:

«… estoy en esta pecera, comprendes, un inmenso acuario, y mis aletas no son lo bastante fuertes para recorrer esta gran ciudad submarina. hago lo que puedo, aunque la magia sin duda ha desaparecido. parece simplemente que no puedo arrancarme a mí mismo de este estado de congelación y conseguir la “inspiración”. no escribo, no jodo, no hago maldita cosa. no soy capaz de beber, ni de comer, he de conectarme. sólo congelación. de ahí la tristeza, pero nada parece funcionar en este momento. va a ser un largo período de hibernación, una noche larga y oscura. estoy acostumbrado al sol, a la luminosidad y la claridad mediterránea, a vivir en el maldito borde del volcán, como en Grecia, donde al menos había luz, había gente, había incluso lo que se llama amor. ahora, nada. rostros de media edad. caras jóvenes que nada significan, que pasan, sonríen, dicen adiós. oh, fría y gris oscuridad. viejo poeta clavado en las estacas. los hedores. de médicos a hospitales, con muestras de mierda, muestras de orina, y siempre los mismos informes… análisis de hígado y de páncreas anormales: pero nadie sabe qué hacer. sólo yo sé. lo único que se puede hacer es escapar de esta celda, y conocer a alguna joven belleza mítica… algún dulce objeto doméstico que se cuide de mí, que exija poco, que sea cálida y tranquila, que no hable demasiado. ¿dónde está? de ningún modo podría darle lo que ella quiere. ¿¿¿o podría??? sin duda es posible, por supuesto, que esto sea todo cuanto yo necesite. pero, ¿cómo, dónde encontrarlo? me gustaría ser duro. habría sido capaz de sentarme y empezar todo de nuevo, desde el principio, ponerlo en el papel, más fuerte, más limpio, más agudo que nunca. pero algo se me ha ido en este momento, y estoy contemporizando, dando largas. el cielo es negro y rosa y colorado a las cuatro cuarenta de la tarde. la ciudad aúlla fuera. los lobos pasean por el zoo. las tarántulas están acuclilladas junto a los escorpiones, la abeja reina es servida por los zánganos. el mandril gruñe maliciosamente, arrojando sucios plátanos y manzanas de su entrepierna a los niños chiflados que le molestan. si voy a morir, quiero salir hacia California, más abajo de Los Ángeles, costa abajo, en la playa, en cualquier sitio, cerca de México. pero eso es

un sueño. querría hacerlo de algún modo, pero todas las cartas que recibo de Estados Unidos son de poetas y escritores que han estado aquí, en este lado del Atlántico, y me cuentan la mierda que es todo ahí, en casa, lo puerca que es la situación, etc., no sé, nunca podría hacerlo, financieramente, puesto que mis respaldos están aquí, y me abandonarían si regresase, pues les gusta más o menos mantener un contacto más estrecho conmigo. sí, el cuerpo cede, pero aguanta, y perdona el espantoso torpor de esta carta. no consigo inspirarme, no consigo trabajar. no hago más que mirar las facturas del médico y otras facturas, y el cielo negro, el sol negro. quizás algo cambie, pronto. así están las cosas. tra la la, afrontémoslo sin lágrimas. ánimo, amigo». firmado: «X» (un famoso poeta… editor).

en fin, mi amigo de Londres lo dice mucho mejor que yo, pero qué bien, qué maravillosamente entiendo lo que él dice. y un montón de dinámicos farsantes con la mente desintegrada por el ritmo sólo nos condenarían por holgazanería o una especie de desdichada vagancia o autocomplacencia. pero no se trata de ninguna de estas cosas. sólo el hombre congelado en la jaula puede conocerlo. pero no tendremos más remedio que salir de nuestro camino y esperar. ¿y esperar qué? en fin, ánimo, amigos. hasta un enano puede conseguir empalmarse, y yo soy Mataes Platch y Nichlas Combatz al mismo tiempo, y sólo Marina, mi niñita, puede traer luz en pleno mediodía, pues el sol no hablará. y arriba en la plaza, junto a la Union Station, los viejos sentados en círculo miran a las palomas, sentados en círculo horas y horas mirando a las palomas y sin ver nada. congelados. pero yo podría llorar. y de noche cruzaremos sudando sueños insensatos. sólo hay un sitio a donde ir. tra la la la. la la. la.

*

*   *

la conocí en una librería. llevaba una falda muy corta y ceñida, altísimos tacones, y sus pechos se veían patentemente bajo el jersey azul y suelto. tenía la cara muy afilada, austera, no llevaba maquillaje, el labio inferior no parecía colgar bien del todo. pero con un cuerpo como aquél podías olvidar gran número de cosas. sin embargo, resultaba muy extraño que no tuviese algún matón grande y protector acechando por allí. luego vi sus ojos —Cristo, parecían no tener pupilas— sólo aquel relampagueo profundo profundo de oscuridad. allí me quedé viendo cómo se inclinaba una y otra vez. buscando libros, o estirándose de puntúas para alcanzarlos. la falda corta se alzaba enseñándome gordos y mágicos muslos. revisaba libros de misticismo. yo dejé mi *Cómo ganar con los caballos* y me acerqué.

—perdona —dije—, me siento arrastrado como por un imán. me temo que son tus ojos —mentí.

—el destino es Dios —dijo ella.

—Dios eres tú, Tú eres mi Destino —contesté—. ¿puedo invitarte a tomar algo?

—claro.

fuimos al bar de al lado y nos quedamos allí hasta la hora de cerrar. le hablé de las cosas que le interesaban, imaginando que sería el único medio. lo era. la llevé a mi casa y fue un polvo maravilloso. nuestro noviazgo duró unas tres semanas. cuando le pedí que se casara conmigo me miró tan largo rato que creí que había olvidado la pregunta.

por fin habló:

—bueno, de acuerdo. pero no te quiero. sólo siento que debo… casarme contigo. si sólo fuese amor, rechazaría el amor solo. porque sabes… eso… no resultaría bien; sin embargo, lo que debe ser debe ser.

—de acuerdo, querida —dije yo.

después de casarnos desaparecieron todas las faldas cortas y los zapatos de tacón. y ella andaba con aquella bata larga y roja de pana que le llegaba hasta los tobillos. no era una bata muy limpia. y llevaba unas zapatillas azules rotas, salía incluso a la calle con esta indumentaria, al cine, a cualquier parte. y en especial durante el desayuno le gustaba meter las mangas de la bata en la tostada untada de mantequilla.

—¡eh! —decía yo— ¡estás manchándote toda de mantequilla! —ella no contestaba, miraba por la ventana y decía:

—¡OOOOOHHHH! ¡un pájaro! ¡un pájaro allí en el árbol! ¿VISTE el pájaro?

—sí.

o:

—¡OOOOHHHHH! ¡una ARAÑA! ¡mira qué linda criatura de Dios! ¡me encantan las arañas! ¡no puedo entender que haya gente que odia a las arañas! ¿tú odias a las arañas, Hank?

—en realidad no pienso mucho en ellas.

había arañas por toda la casa. y chinches, y moscas. y cucarachas. criaturas de Dios. era un ama de casa espantosa. decía que el cuidado de la casa era algo que no tenía importancia. yo pensaba que simplemente era vaga, y empezaba a creer que algo chiflada. tuve que contratar a una doncella para todo el día, Felica. mi mujer se llamaba Yevonna.

una noche llegué a casa y las encontré a las dos olisqueando una especie de ungüento en la parte de atrás de unos espejos, moviendo las manos sobre ellos y pronunciando extrañas palabras. las dos saltaron con sus espejos, gritaron, escaparon corriendo y los escondieron.

—¡pero bueno! —dije—, ¿qué es lo que pasa aquí?

—nadie más que uno mismo puede mirar el espejo mágico —dijo mi mujer Yevonna.

—así es —dijo la doncella Felica.

Felica dejó de limpiar la casa. decía que no importaba. y yo tenía que conservarla porque era casi tan buena en la cama como Yevonna, y, además, cocinaba muy bien, aunque yo nunca sabía exactamente con qué me alimentaba.

mientras Yevonna estuvo preñada con nuestro primer hijo, hube de darme cuenta de que se comportaba de modo más extraño que nunca. seguía teniendo aquellos locos sueños y me decía que un demonio intentaba aposentarse dentro de ella. me describía al muy cabrón. el tipo se le aparecía en dos formas: una de ellas era un hombre muy parecido a mí. la otra una criatura de rostro humano, cuerpo de gato y patas y garras de águila y alas de murciélago. aquella cosa nunca la hablaba pero ella tenía extrañas ideas mientras la miraba. le asaltaba la extraña idea de que yo era responsable de su desgracia y eso creaba en ella un ansia sobrecogedora de destruir. no cucarachas o moscas u hormigas o la basura amontonada en los rincones… sino cosas que me habían costado dinero. destrozó los muebles, rasgó las persianas, quemó las cortinas y el sofá, sembró de papel higiénico la habitación, dejó desbordarse la bañera e inundarse la casa, y puso interminables conferencias a gente a la que apenas conocía. y cuando se ponía así, lo único que yo podía hacer era irme a la cama con Felica e intentar olvidar, hacer tres o cuatro asaltos utilizando todos los trucos del libro.

por fin conseguí que Yevonna fuese a un psiquiatra.

—claro —dijo—, me parece muy bien, pero todo esto es absurdo. está en tu cabeza: ¡tanto tú como el demonio estáis locos!

—de acuerdo, nena, pero vayamos a ver a ese tipo ¿quieres?

—espérame en el coche. salgo en seguida.

esperé. cuando salió, vestía una falda corta, tacones altos, medias de nylon nuevas e incluso se había maquillado. y se había peinado por primera vez desde la boda.

—dame un beso, nena —dije—. estoy que ardo.

—no. vamos a ver al psiquiatra.

con el psiquiatra no podría haber actuado de forma más normal. no mencionó al demonio. se rió de chistes estúpidos y nunca desvarió, dejando siempre que fuese el médico el que dirigiese. el médico la declaró físicamente sana y mentalmente equilibrada. yo sabía que estaba físicamente sana. regresamos en el coche y luego ella entró corriendo en la casa y se cambió la falda corta y los zapatos de tacón por la sucia bata roja. volví a la cama con Felica.

incluso después de nacer nuestro primer hijo (mío y de Yevonna), ésta siguió creyendo en el demonio, que siguió apareciéndosele. la esquizofrenia progresaba. estaba tranquila y afectuosa un momento y al siguiente se ponía áspera, gruñona, torpe, desconsiderada y más bien malévola.

y se ponía a divagar y a perorar, deshilvanadamente.

a veces, ella estaba en la cocina y yo oía aquel grito horroroso, muy fuerte, era como la voz de un hombre, muy áspera.

entonces iba y le preguntaba:

—¿qué pasa, querida?

en fin, debo ser un sucio cabrón, decía yo.

luego me servía un buen trago, iba a la habitación delantera y me sentaba.

un día conseguí meter a un psiquiatra en casa secretamente cuando ella estaba en un arrebato de aquéllos. el psiquiatra dijo que efectivamente se hallaba en un estado psicótico y me aconsejó ingresarla en una institución para locos. firmé los documentos necesarios y me concedieron una audiencia. una vez más, volvieron a salir la falda corta y los tacones. sólo que esta vez no interpretó el papel de tía vulgar y torpe. se convirtió en una intelectual. habló brillantemente en defensa de su salud mental. me retrató como al marido malvado que intenta desembarazarse de su esposa. consiguió desacreditar el testimonio de varios testigos, confundió a dos médicos del tribunal. el juez, después de consultar a los médicos, dijo:

este tribunal no halla pruebas suficientes para recluir a la señora Radowski. en consecuencia, se rechaza la petición.

la llevé a casa en el coche y esperé a que se cambiase de ropa y se pusiese la sucia bata roja. cuando volvió a salir, le dije:

—¡maldita sea, conseguirás que YO me vuelva loco!

—¡tú ESTÁS loco! —dijo ella—. vamos, ¿por qué no te acuestas con Felica e intentas liberarte de tus represiones?

hice exactamente aquello. esta vez Y. se quedó observando, allí de pie, junto a la cama, sonriente, fumando un cigarrillo extralargo en una boquilla de marfil. quizás hubiese alcanzado la frialdad definitiva. yo disfruté bastante.

pero al día siguiente, cuando volví a casa del trabajo, el casero me abordó en el camino:

—¡señor Radowski! señor Radowski, su esposa, su… ESPOSA se ha peleado con todos los vecinos. ha roto todas las ventanas de su casa. ¡no tengo más remedio que pedirles que se vayan!

en fin, hicimos el equipaje. y, yo, Yevonna y Felica, nos trasladamos a Glendale que era donde vivía la madre de Yevonna, la vieja disfrutaba de una posición bastante acomodada, pero todos los encantamientos y espejos mágicos y la quema de incienso la desconcertaban, así que sugirió que fuésemos a una granja que tenía cerca de San Francisco. dejamos al niño con la madre de Yevonna y allá nos fuimos, pero cuando llegamos allí la casa principal estaba ocupada por un aparcero, un tipo grande de barba negra que apareció de pronto allí plantado, a la puerta, un tal Final Benson, según dijo llamarse, que dijo también:

—¡llevo toda mi vida en esta tierra y no habrá quien me eche de aquí! ¡NADIE!

medía más de dos metros, pesaba más de ciento cuarenta kilos y no era muy viejo, así que, mientras se iniciaba el proceso legal, alquilamos una casa que quedaba justo al borde del terreno.

la primera noche misma fue cuando pasó. estaba yo con Felica probando la cama nueva, cuando oí terribles gemidos, quejidos, de las otras habitaciones, y rumores como si estuviese rompiéndose el sofá de la habitación delantera.

—Yevonna parece alterada —dije, me deslicé de la cama—. vuelvo en seguida.

claro que estaba alterada, allí estaba Final Benson montándola. era sobrecogedor.

tenía el equivalente a cuatro hombres. volví al dormitorio y seguí con mi chismito.

por la mañana no pude encontrar a Yevonna.

—¿dónde demonios se habrá ido esa tía?

hasta que Felica y yo empezamos a desayunar y miré por la ventana no vi a Yevonna. allí estaba a cuatro patas con aquellos vaqueros azules y una camisa verdeoliva de hombre, trabajando la tierra. y Final estaba allí con ella y estaban arrancando cosas y echándolas en cestos, parecían nabos, Final se había agenciado una mujer.

—Dios mío —dije—, vámonos. ¡vámonos de aquí en seguida!

Felica y yo hicimos el equipaje. cuando volvimos a Los Ángeles cogimos una habitación en un motel mientras buscábamos vivienda.

—demonios, querida —dije—, han terminado mis preocupaciones. ¡no tienes ni idea de lo que he tenido que aguantar!

compramos una botella de whisky para celebrarlo, luego hicimos el amor y nos tumbamos a dormir en paz.

de pronto, la voz de Felica me despertó:

—¡ah malvado torturador! —decía—. ¿no hay descanso para ti de este lado de la tumba? ¡te has llevado a mi Yevonna y ahora me has seguido hasta aquí! ¡sal de aquí, Satanás! ¡vete! ¡déjanos para siempre!

me incorporé en la cama. miré hacia donde miraba Felica y creo que lo vi: aquella cara grande, una especie de brillo rojizo con una mancha anaranjada debajo, como un carbón al rojo, y labios verdes, y dos largos dientes amarillos sobresaliendo, una masa de pelo de un brillo fosco. y aquello se reía. los ojos miraban hacia nosotros como un chiste sucio.

—bueno, debo ser un asqueroso hijo de puta —dije.

—¡vete! —dijo Felica— ¡por el Sagrado Nombre del Todopoderoso Ja y en el nombre de Buda y en el nombre de un millar de dioses te maldigo y te ordeno que te apartes de nosotros para siempre y diez mil años más!

encendí la luz.

—fue sólo el whisky, nena. un whisky muy malo. y el cansancio del viaje hasta aquí.

miré el reloj. era la una y media y yo necesitaba beber algo en seguida. lo necesitaba muchísimo. empecé a vestirme.

—¿adonde vas, Hank?

—a la bodega. tengo el tiempo justo. sólo bebiendo puedo sacarme de la cabeza esa cara. es demasiado.

acabé de vestirme.

—¿Hank?

—¿sí, querida?

—hay algo que debo decirte.

—claro, querida. pero suéltalo. tengo que llegar a la bodega y volver.

—soy hermana de Yevonna.

—¿ah sí?

—sí.

me agaché y la besé. luego salí y cogí el coche y empecé a conducir. alejándome. conseguí la botella en Hollywood y Normandie y seguía viaje hacia el Oeste. el motel quedaba atrás, al Este, casi junto a la Avenida Vermont. en fin, uno no encuentra a un Final Benson todos los días, a veces tienes que largarte sin más y abandonar a esas tías chifladas para conseguir recuperarte. las mujeres exigen a veces cierto precio que ningún hombre está dispuesto a pagar; por otra parte, siempre hay otro imbécil que recogerá lo que tú has tirado, por lo cual no tienes por qué tener ninguna sensación de culpa o de deserción.

paré en una especie de hotel que había cerca de la Calle Vine y me agencié una habitación. cuando recogía la llave vi aquella cosa allí sentada en el vestíbulo con la falda subida alrededor del culo. demasiado. no hacía más que mirar la botella que yo llevaba en la bolsa. yo no hacía más que mirar su culo. demasiado. cuando subí en el ascensor ella estaba allí a mi lado.

—¿quiere beberse toda esa botella solo, señor?

—espero no tener que hacerlo.

—no tendrá.

—magnífico —dije.

el ascensor llegó a la última planta. ella salió delante y yo observé sus movimientos, temblando y resbalando; temblando y estremeciéndome de arriba abajo.

—la llave dice habitación 41 —dije.

—vale.

—por cierto, ¿no te interesarán por casualidad el misticismo, los platillos volantes, los ejércitos etéreos, las brujas, los demonios, las ciencias ocultas, los espejos mágicos?

—¿interesarme QUÉ? ¡no entiendo nada!

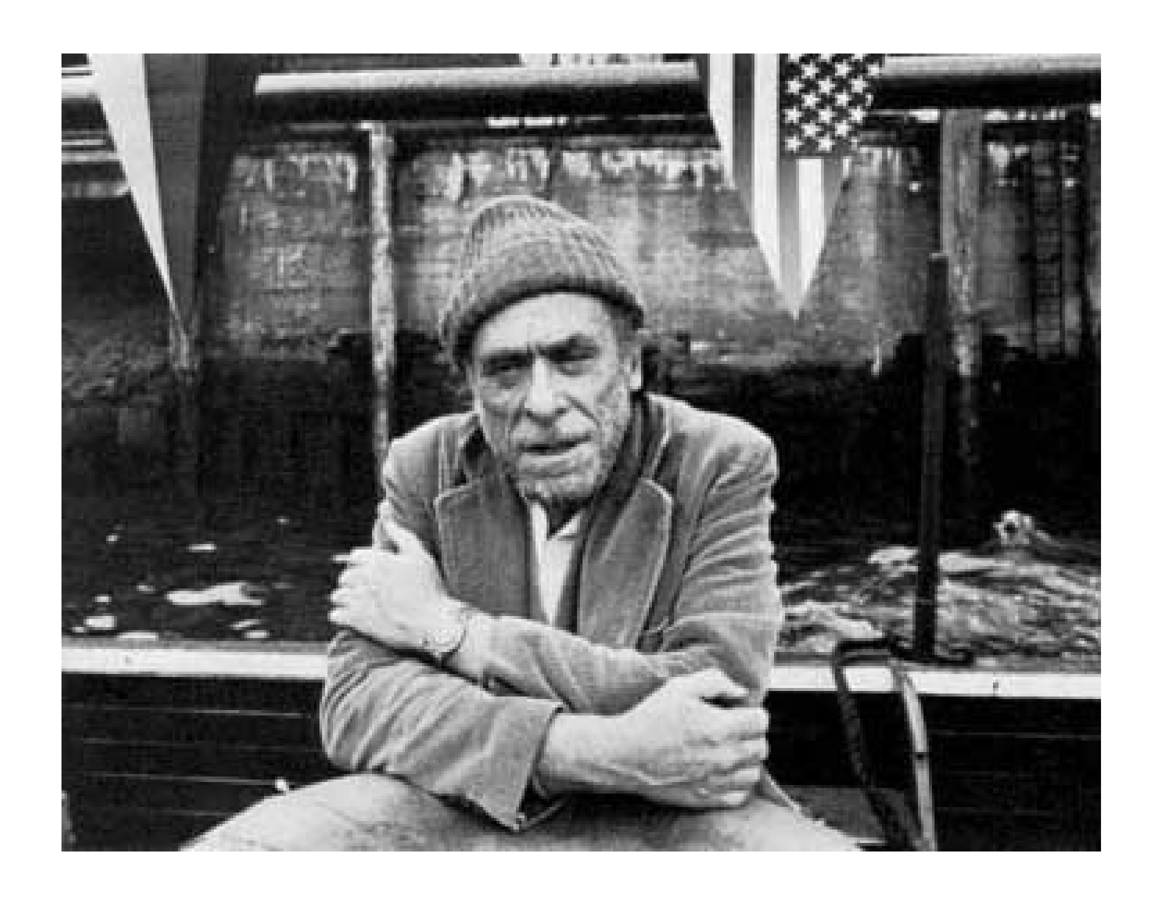
—¡olvídalo, nena!

siguió caminando delante de mí, los altos tacones repiqueteando, todo su cuerpo balanceándose a la difusa luz del pasillo. no podía contenerme. localizamos la habitación 41 y abrí la puerta. localicé la luz, localicé los vasos, los enjuagué, serví el whisky, le pasé un vaso. ella se sentó en el sofá, las piernas cruzadas altas, sonriéndome por encima del vaso.

todo iba a ir perfectamente.

al fin.

por un rato.



CHARLES BUKOWSKI (1920-1994) fue el último escritor «maldito» de la literatura norteamericana. Ha sido comparado con Henry Miller, Céline y Hemingway, entre otros autores, y ha inspirado numerosas películas como *Barfly* de Barbet Schroeder y *Ordinaria locura* de Marco Ferreri.

NOTAS

[1] Neal C: Neal Cassady, personaje legendario de los cincuenta y sesenta, que tuvo una gran influencia sobre Kerouac, Ginsberg y el movimiento beatnik. Es el «Dean Moriarty» de *En el camino* de Kerouac. Aparece también, entre otros muchos libros, en *Acid test* de Tom Wolfe. Recientemente se ha editado en España su único libro *El último tercio* (Star, Barcelona). (*N. de los Ts*.) <<

[2] *Headsbrinkers*, psiquiatras. (*N. de los Ts*.) <<

[3] N.A. y L.: Anaïs Nin y Henry Miller, presumiblemente. (*N. de los Ts*.) <<



[4] Taylor Meade: actor, poeta, cineasta; célebre personaje neoyorquino vinculado a la Factory de Andy Warhol, en varios de cuyos filmes ha participado. (*N. de los Ts*.) <<

[5] Milton Berle, célebre actor cómico, una estrella de la T.V. (*N. de los Ts*.) <<



[6] Matt Weinstock: famoso periodista de Los Ángeles, autor del libro *My Los Angeles* (*N. de los Ts*.) <<